

VIAJE
AL CONGO

Y AL INTERIOR
DEL AFRICA EQUINOCCIAL,

VERIFICADO

EN LOS AÑOS DE 1828, 29 Y 30,

por J. V. Ocuille,

*Secretario de la Sociedad de Geografía de Paris, y
miembro de muchas sociedades sabias, nacionales y
extrangeras.*

TRADUCIDO AL ESPAÑOL

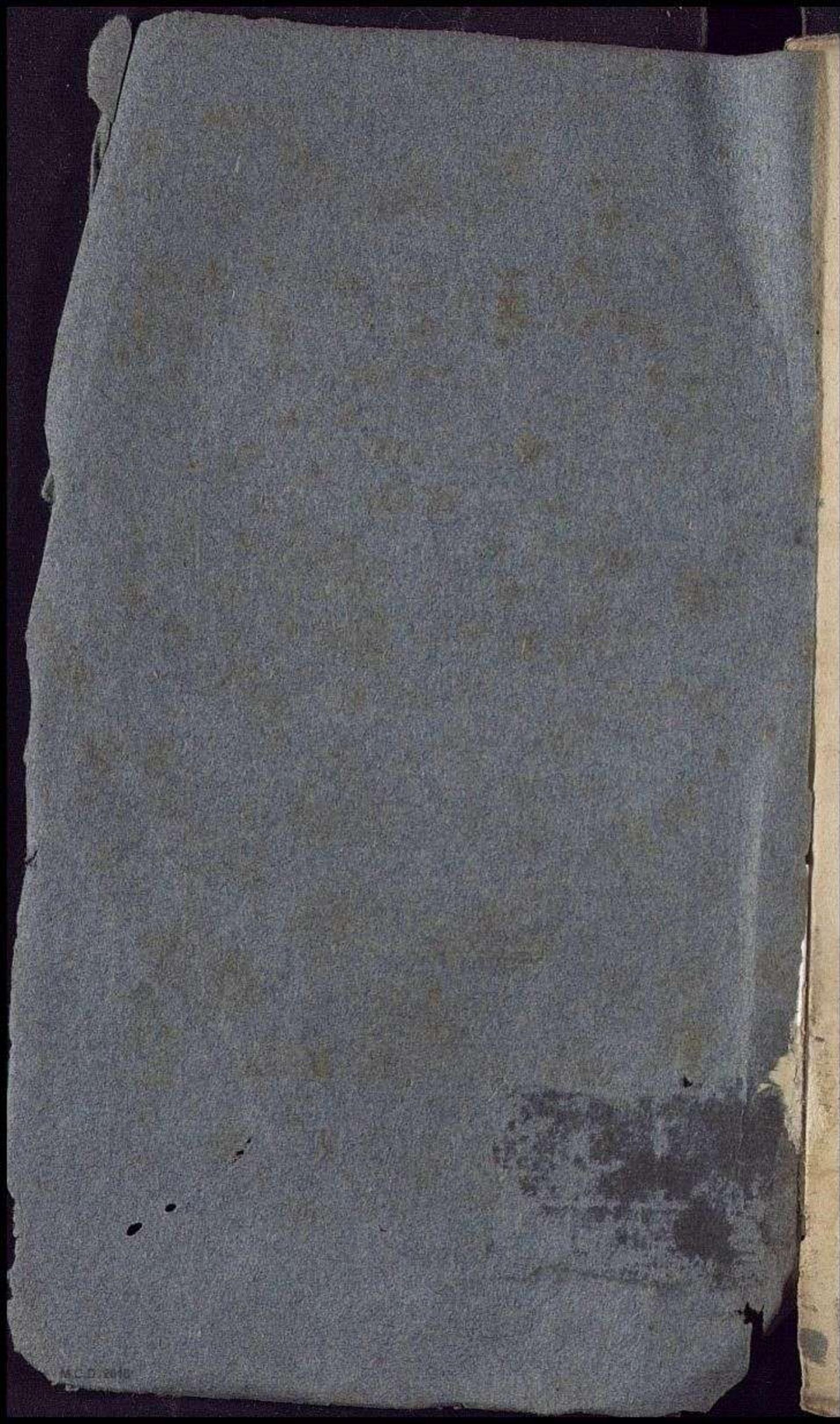
por D. Francisco Perez de Anaya.

TOMO III.

MADRID:

IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN,

1835.



IV

2817

NUEVA BIBLIOTECA

DE

VIAJES MODERNOS,

UTILES É INTERESANTES

á la juventud española.

D 1246808

L 1246809

~~78~~

*Esta obra es propiedad de DON TOMAS
JORDAN, y se hallará en su librería, Puer-
ta del Sol, acera de la Soledad, frente á
la fuente, á 6 rs. en rústica y 8 en pasta.*

VIAJE AL CONGO
Y AL INTERIOR
DEL AFRICA EQUINOCCIAL

VERIFICADO EN LOS AÑOS DE 1828, 29 Y 30.

Por J. B. Douville,

*Secretario de la Sociedad de Geografia de Paris,
y miembro de muchas sociedades sabias nacionales
y extranjeras.*

Obra á que la Sociedad de Geografia ha adjudicado
un premio en su sesion de 30 de marzo de 1832.

TRADUCIDO AL ESPAÑOL

Por D. Francisco Perez de Anaya.

TOMO TERCERO.



MADRID:

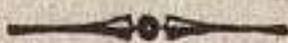
*Imprenta de DON TOMAS JORDAN, calle del
Prado.*

R.7825

VIAJE AL CONGO

Y AL INTERIOR

DEL AFRICA EQUINOCCIAL



CAPÍTULO PRIMERO.

Partida para el país independiente. — Paso del Co-
venza. — Salida para Biringa. — Macota desgracia-
do. — Biringa. — Calunga Cavungi. — Aspecto del ter-
reno. — Raíces medicinales. — Llegada á casa de
Bambia Cavungi, soberano del Haco.

El 15 de junio de 1828, aunque muy de-
licado todavía, tomé el camino del Bihé
por complacer á mi esposa, que creía se
habia de restablecer mas pronto mudan-
do de aires. Su estraordinaria debilidad
me hacia temer una próxima catástrofe.
Habia sufrido tan frecuentes y terribles
ataques de fiebres que, en el deseo ar-
diente que sentia por marchar, reconocí
los efectos de una irritacion producida por
la violencia del mal: no me atreví, sin
embargo, á oponerme á sus deseos por

no aumentar sus padecimientos. La coloqué en su tipoï sobre unos almohadones, para que fuese como en una cama sin sentir ningun movimiento.

Mientras caminaba llevaba el corazon lleno de tristeza, cuya penosa situacion se aumentaba con la presencia de los muchos sepulcros de negros que á cada paso se encuentran á la orilla de los caminos. Andaba á pie por disipar, en algun modo, la melancolía que me devoraba; pero de tiempo en tiempo se fijaban mis ojos sobre algunos objetos, que en vez de disminuirla la aumentaban hasta el extremo.

Al salir del presidio de Pungo Andongo me interné en un pais salvage. La profunda soledad que reinaba en aquellos parages solo me ofrecia ideas funestas. Su silencio era para mí como un anuncio de la muerte que amenazaba á mi compañera. La cruel idea de verme separado para siempre de la muger que por mi amor se habia espuesto á tan grandes peligros, hasta sacrificar su vida, llenaba mi corazon de amargura.

Ya sentia haber salido del presidio, en que tal vez habria tenido mas medios para conservar su vida de los que podia encontrar en adelante. Quise volver atrás, á lo que ella se opuso, diciéndome que la

mudanza de aires le habia proporcionado una respiracion mas espedita y reanimado sus fuerzas.

Continuando mi camino se aumentaba sin cesar mi tristeza. De cuando en cuando al llegar á alguna altura ví á lo lejos montañas cubiertas de humo y llamas, semejantes á las que he descrito antes, y cuyo aspecto me parecia tan imponente. No tenian ya para mí ningun interes, pues parecia que me anunciaban alguna desgracia, y que de aquel dilatado incendio debia sacar funestos presentimientos. Pensaba que al atravesar aquellas montañas mi compañera, objeto de mis cuidados, se veria ya reducida á una ceniza inanimada.

Su tipoï, de donde no separaba la vista ni un momento, me parecia el ataúd que para siempre la separaba de mis brazos. Por haber querido tomar parte en mis trabajos, y aliviarme en mis fatigas, hallaba la muerte en un pais salvage, lejos de su patria, que habia esperado volver á ver: este era el premio que habia merecido una muger que, haciéndose superior á su sexo, habia arrostrado los rigores del clima, las privaciones y las enfermedades. Este cruel pensamiento no me dejaba un instante.

Despues de cuatro horas de camino por una soledad, en que nada se encontraba que pudiese distraerme de la pena cruel que me afligía, paramos en medio del bosque, cerca de un pequeño arroyo que nos proveyó de agua clara. El aire estaba fresco, y hacia la temperatura deliciosa: se respiraba libremente. El termómetro marcaba 23° á la sombra á las dos de la tarde; despues bajó.

Cortó mi gente mucha yerba seca para cubrir mi tienda, y que no la penetrase la humedad de la noche. Una familia negra, que cerca de allí cultivaba un pedazo de tierra, nos vendió algunas bananas, naranjas y aves: vivía esta familia retirada en aquel sitio por librarse de las vejaciones de los Sobás y regentes. Si aun tratasen de turbar su tranquilidad podrian, con poco trabajo, ocultar su existencia en lo mas espeso de los bosques.

Solo nos hallábamnos á una legua del Covenza, que separa las posesiones portuguesas de los paises independientes. Me faltaba muy poco para llegar á un pueblo que no obedecia mas que á sus gefes indígenas, y que despreciaban al negro vasallo del blanco, creyéndose por lo menos igual á este.

Al anocheecer nos encontramos mejor

mi muger y yo , y con algun apetito , y me figuré que la mudanza de aires iba á hacer milagros. La noche fue tranquila: un sueño profundo reparó nuestras fuerzas, y al dia siguiente nos encontrábamnos mucho mejor.

Partimos temprano , y apenas llegamos á las orillas del rio principiamos á pasarlo , sin que acabásemos hasta la noche , pues solo habia un botecillo muy malo , de diez pies de largo y dos de ancho , donde solo cabian dos personas. Entretanto estuvo á mi lado el Sobá encargado de cuidar este punto para que nada se perdiese. Pasé el último despues de doscientos setenta y ocho negros que llevaba entonces.

Esta jornada fue muy molesta , aunque , sin embargo , no esperimenté ninguna incomodidad. Recobraba mis fuerzas, y las ideas funestas principiaban á dar lugar á la esperanza. El Sobá pasó el rio despues que yo , y vino á ofrecermne carne de monte seca al sol , aves y judías. Con este regalo no tuve que tocar á mis provisiones , y en recompensa dí al Sobá aguardiente de caña, pólvora, y una pieza de pañuelos. Quedó tan contento de esta fineza que volvió á traerme dos pichones, solo para probarme su gratitud.

No pisaba ya un territorio sometido á los portugueses , sino el de un gefe negro independiente. Aun no sabia lo que debia practicar para ganarme la estimacion de los nuevos potentados que debia encontrar. Las noticias que me habian dado eran vagas, y poco satisfactorias. En las posesiones portuguesas habian sido los Sobás humildes y pacíficos. Me habian pintado á los de los paises independientes como orgullosos, duros, y mal intencionados. El miedo que mostraban los que conducian mis cargas, no era capaz de asegurarme un buen éxito en mi viaje.

Mis negros, á proporcion que iban desembarcando, habian ido formando cabañas, y las hacian con tal cuidado que manifestaba que tenian intencion de permanecer en aquel sitio. Me insinuaron al otro dia que era preciso descansar bien para proseguir despues el camino con mas comodidad, y me costó mucho trabajo hacerlos partir.

Habíamos parado en un terreno arenoso. A pocas pulgadas de profundidad se encontraban masas de roca, semejantes á las que forman las dos orillas del rio.

Tomamos el camino de Biringa atravesando una campiña inculta, poblada de árboles que no eran ni altos ni gruesos,

pero que estaban cubiertos de una yerba florida.

A media legua de Biringa, en los huecos de una de las rocas por donde se baja para ir á la campiña, encontré una familia compuesta de cinco personas. Estaban vestidas de unas pequeñas pieles, y parecían huir de la vista de los hombres. La caverna que les servia de asilo era tan estrecha que no podian acostarse. Esta sería en Europa una guarida de ladrones, y en Africa es el albergue de unos hombres desgraciados. Queriendo saber los motivos que habian conducido á esta familia á refugiarse á semejante habitacion, dejé pasar mi caravana, y me quedé atrás solo con un intérprete. Mi presencia pareció que les causaba algun sobresalto, y su semblante espresaba un miedo que no tardé en disipar. El de mas edad dijo con voz tranquila, y dirigiéndose á su familia: "No debemos temer nada, porque el blanco no puede hacer traicion al negro desgraciado." Dirigiéndose á mí añadió: "Veis á uno de los macotas del Sobá Quigné, condenado á esclavitud con toda su familia por haber defendido con bastante calor los intereses de los hombres de su color, á quienes se queria vender para aprovecharse de los últimos momentos del tráfi-

co de negros. Salvé la vida de mis compatriotas; pero el Sobá, que solo anhelaba por víctimas á cualquier precio que fuese, creyó que no podria escoger otra mejor que la que le habia quitado tantos hombres, destinados á enriquecer los almacenes de los portugueses.

„Habia yo salido de la banza despues de haber ganado la causa que defendia. Se aprovecharon de mi ausencia para urdirme una trama. De acuerdo los cortesanos con el Sobá me acusaron de haber querido adquirirme popularidad para usurpar el poder: se formaron pruebas de estas imputaciones, y sin oirme fuí condenado con toda mi familia á la pena de ser vendidos como esclavos. Se dió orden de atarme.

„No tardé en saber esta sentencia, pues tenia un gran número de amigos. Me escapé, y antes de anocheecer ya estaba fuera de los estados del Sobá: pero era menester alejarse para evitar las persecuciones ulteriores. Algunos de mis amigos se encargaron de prenderme: uno de ellos me alcanzó á poca distancia de aquel sitio. Me creí perdido, porque su calidad de enviado del Sobá me lo hacia sospechoso, cuando tan poco era yo ya igual á él desde que pesaba sobre mí una sentencia. Sin faltar á la amistad podia entre-

garme, pues no hay lazo que no se rompa entre un hombre libre y un esclavo. Pero los servicios que le habia yo prestado en otro tiempo tuvieron mas influjo sobre él que el deseo de adquirir la recompensa prometida al que me prendiese. Se ofreció á ayudarme para librarme de las persecuciones de mis enemigos: me informó de que aun no se habian apoderado de nadie de mi familia: trajo aquí las que veis conmigo, y se encargó de hacerlo igualmente con las demas: me trae los comestibles que necesito, y me libra del peligro que correria de que me encontrase alguno si saliese de aqui. Lo estoy esperando, no tardará en venir, y me retiraré mas lejos.”

Sentí no poder dar nada á estas pobres gentes, porque mi caravana se habia adelantado. Insté al negro á que me buscase por la noche donde iba á parar, y aun le ofrecí mi proteccion. La aceptó, sin perjuicio de esperar á las demas personas de su familia, pues mas queria verse espuesto en aquel parage que dejar de verlas para siempre. Despues que me separé de él, viendo que descansaba mi caravana á la sombra, á poca distancia de alli, envié á mi intérprete á que trajese víveres, y los hice dar á aquellos infelices, que hacia dos dias que carecian de ellos.

No sin trabajo bajé de lo alto de las montañas. Mis negros, por llegar antes á Biringa, habian tomado un camino mas corto en línea recta, atravesando precipicios horrorosos.

Ví con placer que, á pesar de las fatigas del viaje, mi muger recobraba sus fuerzas, y aun quiso permanecer sentada un rato en lo que restaba de la jornada.

Unas miserables cabañas formaban la pequeña aldea de Biringa, situada en las faldas de las montañas. No es ya aqui el negro como en el reino de Angola, indolente y perezoso. En guerra continuamente con sus vecinos, está siempre temiendo que se le acerque algun enemigo. Sus hijos, que aprenden desde que nacen los peligros que á cada paso los amenazan, no se atreven á alejarse de sus cabañas: siempre queda en la aldea una fuerza suficiente para defenderla contra cualquiera invasion: no van al campo las mugeres sino en gran número, y acompañadas de un hombre por lo menos que las proteja. Los habitantes de Biringa, al vernos, quisieron leer en nuestros semblantes las intenciones que llevábamos.

Me parecieron estos negros independientes muy diversos de los sometidos á los portugueses. En su frente se vé mar-

cado un carácter decidido : con frecuencia van á guerrear con los pueblos vecinos para robarles sus mugeres , sus hijos , y aun los hombres si pueden.

La montaña de Biringa , cortada perpendicularmente , se prolonga algunas leguas de Este á Oeste , y parece haber formado en otro tiempo con la que está enfrente las dos orillas de un gran rio. Son de Schita Micacea , que se divide en hojas muy delgadas. La campiña que rodean es pantanosa.

Se halla la aldea de Biringa á cuatrocientas sesenta y una toesas sobre el nivel del Océano. No tiene cerca ningun arroyo : se ven reducidos los habitantes á beber el agua cenagosa é hedionda de los pantanos que la calor no ha secado , y que tienen que buscar muy lejos. Se encuentra limitada la vista por dos lados. Concentrado el aire entre aquellas dos montañas , que son perpendiculares á manera de murallas , no puede renovarse , y las exhalaciones que se elevan desde en medio de la campiña , en que el agua está corrompida de mucho tiempo , lo hacen muy malo. Desde las orillas del Covenza hasta Biringa el terreno es muy árido : se encuentra siempre roca á uno ó dos pies de profundidad , y en la campiña guijarros y

arena bastante fina: esto impide á los árboles que crezcan. La imposibilidad de tener abundantes cosechas aumenta la pobreza de sus habitantes. Sin embargo, conocí bien pronto que el terreno es bastante fértil para subvenir á las cortas necesidades de los que lo cultivan, pues para su subsistencia cuentan mas con el robo que con su trabajo.

Muchos negros de Biringa vinieron aquella noche, y me ofrecieron pollas y algunos pequeños cerdos. Quedaron tan satisfechos de los regalos que les hice que tres de ellos me ofrecieron sus servicios, y acompañarme en mi viaje: los destiné á mi cuerpo de reserva para reemplazar á los que cayesen enfermos. Me pareció que era útil al buen éxito de mi empresa contar con algunos hombres que se ofreciesen voluntariamente á servirme.

Aun tuve aquella noche muchas visitas de gentes que no querian perder la ocasion de adquirir algunos efectos en cambio de gallinas que tanto abundan allí.

El paso de un blanco con una numerosa caravana causa mas impresion en los pueblos negros, que el viaje de un soberano europeo por una de sus provincias. Su nombre resuena desde lejos, y le merecen respeto y consideracion, aun

cuando el blanco no sea mas que un simple mercader; pero segun los africanos un blanco que viajaba por su pais solo por observarlo, no podia ser aun entre los mismos blancos, sino un príncipe poderoso.

Supe despues que desde que pasé el rio donde termina el territorio portugués salian emisarios á diversos puntos para anunciar á los soberanos mi próxima llegada.

Aun no nos hallábamos muy lejos de Biringa cuando oimos el ruido de las aguas del Gaugo, cuyo rio se une al Couenza cerca del puerto Hunga. Su cauce está lleno de grandes rocas, que oponiéndose á su corriente, forman de trecho en trecho cataratas, cuyo ruido, repetido á lo lejos por los ecos de las montañas, hace creer que corren muchos rios en aquel distrito.

Desde Biringa hasta el Sobetta Calunga Cavungi todo está inculto. Despues de haber atravesado un bosque caminábamos por una campiña cubierta de yerba muy alta y seca: despues por medio de un terreno arenoso que solo produce juncos muy delgados; por último, entramos en una campiña en que no se veian mas que rocas planas á flor de tierra, y poblada de ca-

maleones, de grandes culebras y de un sin número de ratas. Vive allí únicamente una familia negra que se ejercita en coger de estos últimos animales para venderlos á los pasajeros, lo que ha dado á este sitio el nombre de *Ytanda Mabengu* (mercado de ratones). Mi cocinero compró algunos que eran muy grandes: los compuso, y me presentó un plato en la comida que me pareció excelente y de un gusto muy delicado: no es de admirar que á los negros les guste tanto.

Encontré hipecacuana que se producía sin cultivo en varios parages. Me hicieron coger los negros una florecita azul, que no olía cuando estaba fresca, y que comunicaba un olor muy agradable cuando por algunos días se la liaba en un lienzo, cuidando que no la penetrase el aire.

En los bosques no encontré ninguna fruta que se pudiese comer hasta cerca de la Banza de Calunga Cavungi en que hay dos bosquecillos de *debole*, cuya fruta madura es como ya he dicho de un ácido muy agradable: bien lo saben los monos que habitan aquellos bosques. El árbol llamado *panda*, que es una especie de quina africano, de un uso muy comun contra los dolores de intestinos, fiebres y toda especie de irritacion producida por

el calor, y que es al mismo tiempo un excelente aperitivo, abunda mucho en aquellos bosques.

Apenas llegué á la banza de Calunga Cavungi, vino este Sobetta á hacerme visita. Le dí gracias por su política, y como sin embargo no me presentaba ningunos comestibles, no pude menos de hacerle algunas reconvenciones. Se quedó por algun tiempo como admirado de mis quejas; pero no tardó en tomar una resolucion mandando á uno de sus nobles que fuese por un trozo de búfalo que habian matado la víspera. Se lo pagué con generosidad, y se separó de mi muy satisfecho. La banza es bastante mezquina. Prometí al Sobetta un regalo si me daba á conocer los niños que habia de menos de doce lunas. Mandó á todos sus parientes que los tragesen, y conté 45 varones y 77 hembras. Me dijeron que hacia seis lunas que habian muerto siete niños y cinco niñas. Se halla situada esta banza á las orillas del Gango, á 390 toesas sobre el nivel del mar: nunca se encuentra el aire muy caliente. El termómetro marcaba á las dos de la tarde á la sombra 23º y al sol 31.

Este pequeño gefe, sometido á Bambia Cavungi, Sobá del Haco, solo manda en

un corto número de aldeas. Sus súbditos son bastante laboriosos, y se alimentan principalmente de la raíz del yuca, que tuestan sobre las ascuas, ó que comen cruda.

El terreno que se encuentra sobre la otra orilla del Gango, parece inculto. Me digeron los negros que no habia ninguna aldea sino á una muy larga distancia. Las panteras y otros animales feroces que vagaban por aquella soledad, pasaban el rio á nado para ir á cazar á la orilla derecha donde se encuentran muchas reses. Son los bosques tan espesos, y estan tan llenos de enredaderas, que es muy difícil perseguir á las fieras. Es preciso esperarlas á la orilla del rio, donde van á beber.

La vasta estension de tierra que no se halla cultivada, y las inmensas llanuras que hay que atravesar para encontrar algun habitante, manifiestan la poquísima poblacion de aquel pais.

Al dia siguiente salí temprano para la Banza de Bambia Cavungi, soberano del Haco. Con este nombre se designa la ciudad y todas las tierras de su dependencia. Los bosques que atravesé me interesaron en extremo por la admirable variedad de colores que presentan los troncos de sus árboles. Unos eran de encarnado escar-

lata , otros amarillos , algunos de verde claro con vetas negras , y muchos de un blanco hermosísimo. No ofrecen las hojas menos variedad que la que se notaba en el color de los troncos. Los bosques del interior del Congo igualan en magestad y belleza á los de las demas regiones equinocciales. La naturaleza ha desplegado tal riqueza de vegetacion que admira al habitante de las zonas templadas. Estos sitios encantadores no tienen otros habitantes que monos muy feos , buhos y ratones que se suben por los árboles con la ligereza de una ardilla.

En aquella jornada anduvimos mucho tiempo , y adelantamos muy poco. Habia mandado á los que conducian nuestros tipos que fuesen muy despacio para que no se molestase mi esposa , y aun los hice parar muchas veces para darla algunas medicinas. Tomé la precaucion de amarrar á mi tipo al negro que llevaba el botiquin , que de otro modo se hubiera ido delante para soltar la carga lo mas pronto posible.

Ví con placer que se sentia mi muger bastante bien , y pude reconocer los bosques. Descubrí en muchas partes el *gagna* y el *donga* , de cuyos arbustos he hablado antes. Conocen bien los negros las virtudes

de sus raíces, de que hacen fuertes decociones, que son muy útiles para el estómago y para las convalecencias. Se puede beber con abundancia sin experimentar ninguna incomodidad.

A las tres de la tarde llegué al Haco, donde se hallaban mis negros desde las diez de la mañana. Mandé colocar mi tienda fuera de la banza para que no me molestase el ruido de los negros. Me situé cerca de un mulato que hacia algun tiempo que habitaba alli para cambiar sus mercaderías por esclavos que envian los soberanos de los cantones distantes, mediante un tributo que pagan al Sobá.

CAPÍTULO II.

Visita del Sobá Bambia Cavungi. — Ocurrencias. — Temperatura de Haco. — Producciones. — Habitantes. — Usos. — Ciudades. — Negros. — Vida del Sobá del Haco. — Tributo. — Desprecio con que se mira al negro vasallo. — Nuevo ataque de fiebres.

Apenas hacia una hora que estaba descansando en mi tienda cuando me avisaron que llegaba el Sobá del Haco con todos sus nobles. Estas visitas de gefes negros no suelen ser muy agradables á causa de los regalos que exigen, y de lo que molesta la multitud de gentes. Se echa de ver desde luego que solo el interes conduce á estos hombres en casa de un blanco, sin que el respeto tenga ninguna parte en este rasgo de política. No tardé en conocerlo, y esto mismo me impidió recibir á Bambia Cavungi de otra manera que como correspondia al motivo de su visita.

Hay que hacer regalos no solo al Sobá sino tambien á los nobles y á cuantos lo acompañan. Desde luego el gefe distribuye al pueblo lo que se le da: depues pide para sí alguna cosa, y reparte entre sus nobles este segundo regalo, bien persua-

dido de que al fin no se volverá con las manos vacías.

Sabiendo la obligacion que me imponia la costumbre, traté de cumplir con generosidad, creyendo salir en un dia de todas estas importunidades; pero me equivoqué, pues al otro dia y en todos los demas cada vez que el Sobá y su gente venian á verme era siempre con las mismas pretensiones, y sin que se marchasen hasta despues de haber bebido aguardiente con abundancia.

Sin embargo de esto al dia siguiente de mi llegada pagué la visita al Sobá, y le hice el regalo de costumbre. Conocí despues que mi liberalidad habia aumentado su avaricia. Acostumbrado á tratar con los mercaderes que para echarle unos vasos de aguardiente sostenian antes una disputa, habia discurrido aprovecharse de mi llegada á sus estados. Le habian dicho los mercaderes que como yo no viajaba para comerciar, poco me importaba que diese á este ó al otro cuanto llevaba. Se prometian quedar libres por mucho tiempo de la necesidad de sostenerle sus vicios. Pero el mismo Sobá me vengó del perjuicio que me causaban, pues habiéndole tomado el gusto al aguardiente, no los dejaba vivir, y tuvieron que dejar su banza.

Los mandó seguir y fueron robados en el camino.

A los tres dias de haber llegado estaba durmiendo tranquilamente cuando vinieron á anunciarme la cuarta visita del Bambia Cavungi. Fastidiado de tanta política, mandé cerrar mi tienda, y que le digesen que dormia. Respetó mi sueño, pero se sentó, y mandó á sus músicos que tocasen aires nacionales: el ruido me obligó á recibirlo. Sufrí la visita muy poco tiempo, me quejé de su conducta, y me levanté para irme á pasear. Irritado de que me marchase sin darle nada, se levantó tambien jurando por sus dioses de que me habia de arrepentir. Me hallaba en el caso ó de dejar de hacer regalos, ó de no seguir mas adelante.

Mis negros, que no habian cesado de divertirse con los habitantes del Haco, trataron de descansar. La cuarta noche debia ser tranquila: á las nueve todo el mundo dormia, y aun los fuegos principiaban á apagarse. Me acosté, y á muy poco me dormí. A la una se oyó un grito en mi campo: me levanté corriendo, y salí prevenido con mis pistolas. Mis negros gritaban "ladrones." La oscuridad de la noche no me permitia distinguir nada por un descuido inconcebible, no habian con-

servado fuego. No bien se oyó el grito de ladrones cuando el Sobá seguido de sus nobles y de una multitud de gente, se presentó con teas encendidas, á cuya claridad descubrí dos hombres que corrían á toda prisa. No se habían llevado nada, porque el ruido que hicieron levantando la paja que cubria las cargas, despertó al centinela que dormia cerca de una hoguera casi apagada.

Lo pronto que se presentó el Sobá con teas encendidas me hizo creer que estarían preparadas de antemano, y que él mismo enviaria los ladrones, ya para que se llevasen alguna cosa, si era posible, ó ya para hacer méritos conmigo, volando á mi defensa. Las amenazas del dia anterior me confirmaban en esta idea.

No me tocaba averiguar este hecho, ni me hallaba en posicion de poder descubrir á los autores de aquella tentativa, de que debia quejarme, principalmente si procedia del gefe del estado. Pero en todos los paises es peligroso acusar al que gobierna, aun cuando lo merezca, mucho mas por un extranjero. Al otro dia por la mañana vino el Sobá á cumplimentarme, y no dejó de celebrar la prontitud con que habia volado á mi socorro, añadiendo que no lo hubiera hecho por nadie.

Le hice nuevos regalos, como igualmente á sus nobles y comitiva, y en fin, á todo el mundo. Estaba viendo que mientras permaneciese en aquella banza, hácia cualquier parte que me dirigiese, no me encontraria menos obligado á dar.

El Haco está situado á los $10^{\circ} 15'$ de latitud Sur y 16° ó $30''$ de longitud Este de París. Su elevacion sobre el nivel del Océano es de 491 toesas. La calor es generalmente escesiva. El 22 de junio, que es invierno en aquel pais, marcaba el termómetro 20° á las ocho de la mañana, 20° á mediodia, 26° á las 2, 23° á las 8, 19° á las 10, y 14° á las cuatro de la mañana, que fue el tiempo mas frio de la noche.

Los negros del Haco cultivan el maiz, el yuca y las judías: no tienen muchas aves ni ganado menor: dos años antes les habian destruido casi enteramente las guerras. Pero se encuentra con facilidad carne de ciervo, de vaca, de viadi (1) y

(1) Es muy comun este animal: es del tamaño de un carnero; tiene el pelo encarnado, la cabeza redonda como la de un gato, y las piernas muy delgadas y muy ligeras para correr. Tiene dos uñas en los pies delanteros y cuatro en los de atras. Tiene 28 dientes, 18 molares y 10 incisivos, cinco en cada mandíbula. Sus orejas son muy largas, y no

de otras muchas reses de monte. Los naturales son apasionados por la caza, en lo que son muy diestros, siendo raro que se les escape un animal que vean, pues conocen perfectamente las sendas y veredas de los bosques.

Por lo demas me parecieron estos negros de un carácter suave y manso. Las mugeres tenian cercada mi tienda desde por la mañana hasta la noche, y no se cansaban de mirarme. Por tener un motivo de acercarse á mi, venian á traerme huevos para cambiarlos por adornos. No querian tratar con ninguno de los míos, y se daban por muy contentas con hablarme, y que yo les contestase. Por esta circunstancia tuve en tal abundancia los víveres que necesitaba, que por último me negué á recibir mas.

Tienen los negros del Haco un respeto extraordinario á los muertos. Toda enemistad, todo motivo de queja, y hasta el odio mas encarnizado desaparecen apenas deja de existir la persona que era el objeto de estas terribles pasiones. Todos los sepulcros forman igualmente una capillita de

tiene cuernos: es muy tímido, y sería muy difícil cogerlo si no le gustase mucho las vainas de las judías.

ramas de árboles y paja, donde se guardan los dioses del difunto.

Son muy reconocidos á los beneficios que creen recibir de sus dioses. Si caen enfermos, imploran la asistencia de aquellos, de quienes esperan su curacion. Cuando recobran la salud les levantan una capillita en el camino real, donde depositan sus imágenes, y unos pequeños vasos de barro con los medicamentos de que han hecho uso. Esperan de este modo preservarse para siempre de aquellas enfermedades. El temor de verse atacados de estas mismas no permite á los pasajeros que toquen semejante monumento.

Los negros, vasallos de Portugal, viven bajo la proteccion de los blancos, y no tienen que temer ningun ataque, teniendo bien guardadas las fronteras. Por el contrario, los negros independientes, espuestos á continuas invasiones, tienen que pensar en los medios de defensa.

Sus ciudades estan cercadas de una empalizada de gruesas estacas de 12 á 15 pies de alto, clavadas en la tierra, unidas unas con otras, y sostenidas por puntales que estan afianzados en fuertes travesaños. Las casas del Sobá, de sus mugeres é hijas, los almacenes del Estado y el de la pólvora estan en medio de la ciudad, cer-

cados igualmente de una estacada. Estan siempre situadas estas ciudades cerca de un bosque, y generalmente á la orilla de algun rio que por medio de un puente se pase con facilidad, y asegure la retirada, en caso que el enemigo triunfe.

La ciudad del Haco goza de esta doble ventaja. El Gango la defiende por un lado, y una pequeña isla ofrece un segundo medio de resistencia. Un bosque que se halla sobre la orilla opuesta proporciona un asilo seguro. Tan prudentes los negros como los blancos, cuando el enemigo los persigue, destruyen los puentes despues que pasan para evitar que los siga el enemigo.

Los negros del Haco saludan á sus superiores con una palmada. Son muy curiosos, y mirándome parecia que no se hartaban de ver á un blanco. Las mugeres se hacen del cabello unas trenzas muy delgadas, que parece que llevan peluca. Los hombres solo se dejan en medio de la cabeza un mechon de pelo semejante á la cola de caballo que adorna el casco de los dragones, y todo lo demas de la cabeza raspado. Algunos se dejan sobre una oreja ó sobre las dos otro mechon de pelo que forma un semicírculo, y se termina en la nuca. Son altos y bien formados,

tienen aire marcial, y no salen nunca sin su fusil ó sus flechas.

La codicia es una de las razones mas poderosas que provocan las continuas guerras que debastan aquellos paises. Penetran en las tierras de los gefes vecinos para apoderarse de alguno. A veces cinco ó seis hombres tienen osadía y arrojo para sorprender una aldea, y no se marchan sin llevarse mugeres y niños, y en algunas ocasiones hasta hombres.

El que queda hecho prisionero en estas expediciones tiene que sufrir la esclavitud, que es la suerte que preparaba á los que queria coger; pero son tan diestros que rara vez sucede que sucumban los que se empeñan en estas aventuras. Muchas veces el desgraciado que corre tras del que le ha arrebatado su muger ó sus hijos, da en una emboscada que le tenian preparada.

Esta circunstancia esplica suficiente-mente por qué no se encuentran nunca lugares ni aldeas en los confines de las posesiones de un Sobá. Se conoce que mientras mas se acerquen las aldeas al centro del territorio, mas dificil debe serle al ladrón huir con el robo. La ley del mas fuerte, con todas sus consecuencias, forma el derecho público de las poblaciones negras.

En los actos de ceremonia y dias festivos usa el Sobá una peluca con tres órdenes de bucles. Se hace trenzas del cabello, poniéndose en cada una de ellas cuentas de coral. Regularmente lleva este potentado la cabeza descubierta, y va vestido muy ligeramente. Pasa muchas horas de la mañana entre sus nobles alrededor de una gran hoguera en medio de su casa. La muger que lo ha acompañado aquella noche se sienta detras, y no deja nunca de recibir un trago cuando traen al Sobá la calabaza ó *ouala*. Al mediodia sale á visitar á los mercaderes que habitan alrededor de su banza, de quienes espera algunos vasos de aguardiente. De vuelta á su casa come y duerme algunas horas, y no se levanta hasta la hora de asistir á las danzas y diversiones. Cuando se siente cansado, cena y se acuesta. De esta manera pasa dias tranquilos sin ningun género de cuidado.

Sus súbditos le pagan un tributo: le dan la cuarta parte de lo que cazan. De esto envia regalos á las personas que quiere distinguir, y principalmente á los mercaderes que le dan aguardiente. Abunda tanto la caza que se mata cada semana lo que se necesita para tener siempre carne fresca. Tambien tiene derecho este gefe á

una parte de lo que roban sus súbditos á sus vecinos: el que infringe esta ley sufre la pena de esclavitud.

En otro tiempo era este Sobá tributario de Portugal: compró la paz, consintiendo en pagar siete esclavos todos los años. Posteriormente sacudió este yugo, y quedó como un aliado y amigo de los portugueses. Hoy, por último, parece que no hace gran caso de su amistad, porque sin declararles la guerra los ataca, y casi siempre impunemente.

Presencié, estando allí, que habiendo concluido siete mercaderes de la provincia de Ambacca de cambiar por cera el aceite que llevaban, tuvieron la imprudencia de anunciar su marcha para el otro día. Salieron unos habitantes de la banza á esperarlos al camino, los pararon, y les robaron la cera, que con mucho desca-ro vendieron despues en los confines de Angola.

No se tardó en saber en este pais el nuevo ataque que acababan de sufrir unos habitantes del reino. Pero el regente de la provincia de Pungo Andongo que, como ya he dicho, es mejor cocinero que guer-rero ó administrador, no se atrevió á pedir al Sobá satisfaccion de este ultrage. Por otra parte no olvidaban los portugueses

que el año anterior, cuando habian querido obligar á este gefe á que respetase á los habitantes de las posesiones portuguesas, habia mostrado que no temia ya á la artillería, pues habia quitado á sus enemigos el cañon que enviaron contra él. Usando de una escelente política lo devolvió con los prisioneros que hizo, y de su parte y en nombre suyo dijeron sus emisarios al gobernador: "Si mi pueblo sabe sacrificar su vida por defender la patria, yo sé economizarla cuanto puedo. Te devuelvo, pues, tu cañon porque me harias la guerra mas bien por volverlo á ver, que por recobrar los hombres que te he quitado."

A los ocho dias de hallarme en la ciudad del Haco se sentia ya mi muger bastante restablecida para poder ir sentada muchas horas seguidas: todo me anunciaba que pronto podria levantarse: no me separaba de su lado sino cuando se dormia. Cuando salia le dejaba un criado que estaba destinado á servirla, y un intérprete pronto á ejecutar sus órdenes. Podia descansar en la eficacia que tenian estos por satisfacer todos sus deseos.

En los momentos mas terribles de la fiebre que la habia atormentado, repetidas veces me habia manifestado el deseo

que tenia de que la pusiese al sol, pues le parecia que habia de encontrar alivio. Atribuía mi oposicion al deseo de contradecirla. Esta reconvencion me hirió vivamente, pues la contemplaba con la mayor resignacion, sabiendo por esperiencia que un solo momento de imprudencia podria causarla una muerte casi repentina. Ella misma podia conocer los funestos efectos que debian resultar de lo que deseaba. Pero el estado en que se hallaba habia debilitado su razon.

Apenas me separé de ella se le volvió á renovar el empeño de hacerse llevar al sol. Mandó que la colocasen á la entrada de la tienda, y que descorriesen las cortinas para gozar libremente del placer que se prometia. No se atrevieron los negros á negarse: sin embargo, uno de ellos le manifestó que el calor del sol podia matarla: fue inútil cuanto le hizo presente este hombre juicioso. Obedecen á mi muger; pero apenas recibió los rayos del sol perdió el conocimiento, y cayó sobre la almohada. Salieron á buscarme, y volví al momento. Me refirieron los negros cuanto habia pasado. Hallé que el rostro y las manos de mi muger estaban negras. Habia recibido un golpe de sol terrible. En vano la prodigué todos los auxilios posibles. Aquella

noche se declaró una fiebre nerviosa , recayó de la pútrida , de que aun no estaba enteramente libre , y en dos dias se vió reducida á un estado de debilidad horrosa. Me manifestó quanto deseaba salir de alli , y que tenia esperanza de recobrar sus fuerzas mudando de aires. Pero ya era demasiado tarde. Su salud , cansada con tantas recaidas y débil en extremo , no podia resistir este último ataque. Con todo quise complacerla , y partimos. Habia proporcionado cuarenta y dos negros para reemplazar á los que , cansados de mi larga residencia en aquella ciudad , se habian marchado á sus casas. Al momento me los proporcionó el Sobá , bajo la condicion de que les pagaria lo que me pidiesen , y que á él le haria un buen regalo. Convine en todo por marchar quanto antes.

CAPITULO III.

Salida del Haco. - Llegada á Cambacca. - Ladron. - Naturaleza del terreno. - Quicusu. - Costumbres. - Naturaleza del suelo. - Salida para Megna Candouri. - Huida de mis negros. - Se agrava la enfermedad de mi muger. - Conducta de los negros. - Muerte de mi muger. - Su entierro. - Picardías con este motivo.

El 6 de julio salí de la capital del Haco para la de Tamba. Quise hacer jornadas muy cortas para evitar el cansancio. Llegué temprano á Cambacca, aldea situada á la orilla del Gango.

Apenas hacia una hora que me hallaba en esta senzala cuando ya se sabia mi llegada en todas las cercanías. No tardaron en llegar tres pequeños gefes que venian á cumplimentarme, ofrecirme sus servicios, y recibir mis órdenes: tal era el language de estos mendigos. Ya se conoce que sería imposible despedir á tales gefes sin hacerles algun regalo, á menos de quedar espuesto á ser robado.

Beben estos hombres el aguardiente de caña como agua. Dicen que es el alimento del gefe negro, y segun este principio para pedir un trago se valen de la espre-

sion "tengo hambre." Creen, tanto estos como sus súbditos, que el aguardiente se saca de un gran río que corre por las tierras de los blancos.

Queriendo hacer entender á estos gefes cuán ridículo es que piensen que el blanco está obligado á darles cuanto se les antoje, propuse á uno de ellos que queria algunas telas, que me diese en cambio una cachiporra, y una caja de tabaco. Convino en ello con admiracion mia, y me pidió dos pañuelos, que le mandé dar. Al recibirlos manifestó tanto placer que comprendí que estaba persuadido de haber ganado en el cambio, pues temiendo que me arrepintiese desapareció al momento.

Me admiraba tanto mas, quanto que era la vez primera que veía á un negro cambiar un objeto de su uso. Solo por sorpresa he podido adquirir lo que he traído á Europa. Cuando el negro tiene tiempo de reflexionar, jamas conviene en lo que un blanco le propone, pues está tan convencido de la superioridad de talento que distingue á este que presume, cuando le hace una proposicion, que toda la ventaja está de su parte.

No pude comprar nada en la senzala, situada en la otra orilla del Gango. Temian los habitantes que no les habia de

pagar lo que me trajesen, porque el número de mis negros escedia al de la poblacion de la aldea. Curiosos, sin embargo, como todos sus semejantes, vinieron á pasar algunas horas alrededor de mi tienda. He observado que nada les gustaba tanto como que les permitiese asistir á mis comidas. Accedí á este capricho con tanto mas gusto, quanto que me proporcionaba la ocasion de conocer su modo de pensar, sin que ellos lo echasen de ver.

Sentados delante de la puerta de mi tienda se ocupaban en adivinar lo que yo comia. Cada uno á su vez pretendia conocer los platos que me servian á la mesa. Les daban nombres, disputaban sobre la manera de prepararlos, y cada uno pretendia tener razon. En estas discusiones es donde me proponia yo conocer la extension de sus ideas, pues cuando hablaban conmigo se conducian de otro modo, y puede decirse que no sostenian su opinion: no era ya el negro sino el esclavo el que hablaba.

Pasamos el dia tranquilamente. Nadie me causó la menor incomodidad. Pero por la noche tuvo un negro la osadía de penetrar dentro del recinto donde se hallaban mis efectos, y habiéndose dormido los centinelas tomó un paquete, y se marcha-

ba con él, cuando por acaso se le enredó el pie entre las ramas que cercaban el campo, y que tenían correspondencia con una campanilla que habia en mi tienda. Salí corriendo, y disparé al ladron una pistola que llevaba. Lo asustó el tiro, y huyó dejando el paquete que llevaba.

En la travesía de la capital del Haco á Cambacca solo habia encontrado tierras áridas y yermas, ó solamente con algunos árboles. El terreno es escabroso, y las sendas estan abiertas por entre las yerbas secas por el sol.

El 7 salí temprano queriendo llegar á Quicusu antes que hiciese mucha calor. Es esta ciudad la segunda del territorio del Haco. En la campiña solo se encontraban troncos de grandes árboles, de nueve á doce pies de alto, que habian escapado del incendio causado por los negros. Estos gruesos troncos protegian contra la fuerza del sol una gran variedad de plantas, adornadas de flores de los mas vivos colores, que habian abierto con las últimas lluvias.

A media legua de la banza se descubre al Sur una colina que se estiende á muchas leguas, y que está infestada de ladrones y fieras. Los primeros se hallan en emboscadas para robar á los mercaderes que van mas lejos á comprar esclavos.

En este sitio principié á ver bosques africanos, verdaderamente dignos de admiracion. Los que hasta entonces habia visto solo eran unos trozos imperfectos de los que ahora contemplaba mi vista. No hay en el mundo mayor variedad que la que se encuentra en el color de las hojas de sus árboles. El terreno por otra parte me pareció poco fértil. Los maices no suben mucho, las raices del yuca eran muy chicas y de poco jugo, los plátanos, en fin, crecian con dificultad, y producian una fruta bastante mezquina.

Paramos cerca de la ciudad de Quicusu, que es bastante grande, bien poblada, y rodeada de tres senzalas, dos de las cuales se hallan en la orilla opuesta del Gango. En este punto se divide este rio en muchos brazos que se reunen un poco mas lejos. Supe con placer que estaba ausente el Sobá de Quicusu, aunque no tardó en volver. Apenas llegué dejaron sus casas los habitantes, y cercaron mi tienda. Estas ceremonias me fastidiaban, pero era imposible remediarlo.

Algunos de estos negros habian ya visto mercaderes mulatos que viajaban casi como ellos, y dormian tambien en medio de ellos sin ninguna precaucion. Estos hombres y su pobre equipage jamas ha-

bian despertado la curiosidad de los negros, mientras que mi tienda, mi muger, y todo el tren de camas, sillas, mesas é instrumentos que me rodeaban, y el considerable número de negros cargados de efectos, escitaban vivamente su atención. Quanto veian por la primera vez les parecia extraordinario. Antes de mi llegada ya me precedia la fama de mi espedicion.

El terreno de las cercanías de esta banza es muy arenoso. A muy poca profundidad se encuentran bancos de arena gruesa. Los habitantes habian abierto agujeros para sacar la tierra que necesitaban para construir sus casas. Observé que en todas partes á un pie de profundidad se encontraba arena, y que el mantillo que la cubria se hallaba mezclado de casquijo, como ya habia observado en otra parte. No es de admirar que sea poco fértil este campo.

El 8 salí dos horas antes de amanecer para la banza de Megua Cadouri, adonde llegué entre ocho y nueve de la mañana, y me acampé delante de la entrada. Se habia aumentado de tal modo la debilidad de mi muger que determiné permanecer allí hasta que se restableciese, sin embargo del deseo que me manifestaba de mudar de sitio todos los dias, pues me temia

que se muriese en el camino si proseguíamos nuestra marcha.

Los negros que habia traído del Haco conocieron la intencion que tenia de permanecer allí, me dejaron sus cargas, y se marcharon. Los que llevaba del reino de Angola se fueron también á la noche siguiente, á escepcion de cuatro. Aunque todos estos negros habian recibido su paga bajo la condicion de ir mucho mas lejos, no me incomodó que se marchasen porque esperaba disfrutar de la tranquilidad que deseaba.

Al dia siguiente supe, por casualidad, el motivo de la huida precipitada de los del reino de Angola. Un macota, que ignoraba que yo supiese la lengua bembá, refirió en mi presencia á algunos de sus amigos de que manera habia asustado á los negros del *moüené poutou*, gente tan tímida que se les hace huir amenazándolos con un enemigo que ni aun se acuerde de ellos.

“Ayer, dijo, cuando llegó el blanco (mundele) vino á la banza uno de sus negros. Le eché mano á su cuchillo; quiso defenderse, y entonces le hice presente que reservase toda aquella fuerza para resistir á un enemigo poderoso, y le dije: Los ejércitos del Sobá de Tamba estan ya

sobre las fronteras, y mañana probablemente tendrás que batirte. Los prisioneros quedarán hechos esclavos porque el Sobá de Tamba, justamente indignado contra los blancos que tienen prisionero uno de sus hijos, les ha declarado la guerra. Se llenó este hombre de miedo, enteró á sus compañeros de cuanto le habia yo referido, y resolvieron volverse á sus casas por la noche.”

Me quejé de esta impostura, y me dijo: “No tengas cuidado, nosotros mismos te serviremos, y no perderás nada en el cambio.”

El dia que llegué á esta banza se sintió mi muger por la noche bastante peor: se le aumentó la calentura, y no le dejó ni un momento de descanso. No quiso tomar ninguna especie de alimento: una sed ardiente la devoraba, únicamente le gustaba y la aliviaba el agua panada. Desde este momento se negó á tomar las medicinas. El calor se aumentaba con la multitud de gentes que rodeaban mi tienda. Me valí de los ruegos y de las amenazas; pero todo fue inútil: ni aun los regalos produjeron en esta ocasion ningun efecto. Si se separaba de mi tienda esta multitud de curiosos, volvian al momento corriendo y haciendo tanto ruido que hubiera inco-

modado á cualquier persona en buena salud.

Sorprendidos estos negros de cuanto veian daban á veces gritos de alegría, y á poco gritos de admiracion. Cada uno de ellos llamaba á sus amigos para que viniese á ver lo que le llamaba la atencion. Podria haber corrido la cortina de mi tienda, pero nos hubiéramos sofocado, y era preciso renovar el aire.

La noche fue muy mala: sin embargo, al otro dia por la mañana durmió la enferma dos horas, al cabo de las cuales se despertó muy tranquila. Le sobrevino una ligera transpiracion que daba motivo para esperar alguna mejoría. Estaba en todo su conocimiento, pero nada la interesaba de cuanto la rodeaba. No tenia ya deseos ni esperanzas: parecia que nada existía para ella: no conocia su mal, pero me hablaba de tiempo en tiempo. Pensaba, sin embargo, en las fatigas que me causaba.

La debilidad fue en aumento todo aquel dia: no pudo tomar nada. Se disminuyó la calentura, y por la noche experimentó una agitacion terrible: no pudo descansar en toda la noche.

El 10 por la mañana desapareció la calentura: tenia todo su conocimiento, y me hablaba de cuando en cuando. A me-

diodia la abandonaron las fuerzas completamente: perdió el uso de la palabra; se cerraron sus ojos, aunque no estaba privada de sentimiento: algunos sonidos inarticulados se hacian sentir sobre sus labios.... Pocos minutos antes de las tres hizo un esfuerzo, me tomó la mano.... y espiró.....

Supo el Sobá que mi muger estaba agonizando, y llegó con toda su gente delante de mi tienda. En el momento en que dió el último suspiro se oyeron por todas partes gritos de alegría. Manifestaron con gestos estravagantes el placer que les causaba una desgracia que no podia menos de proporcionarles muchas funciones.

El Sobá, que hacia tres horas que esperaba con impaciencia el instante fatal, se levantó, vino hasta el lecho de mi muger, y la saludó dando palmadas. Despues se dirigió á mí, y me pidió un barril de aguardiente y otro de pólvora para principiar las fiestas funerales. Se deja entender que recibiria yo muy mal su solicitud: le dije que se retirara.

Obedeció, y á poco me quedé solo: todo el pueblo se marchó tambien. Lleno de dolor no eché de ver la soledad en que me hallaba hasta que llegó el primer ma-

cota, que me pasó recado. Venia á pedirme trescientos *pannos* ó doscientas veinte anas de tela, por el *quitouche* (crimen) de muerte.

Entre los negros los parientes de todo extranjero que muere estan obligados á pagar una multa al soberano, por el crimen que ha cometido el muerto espirando en su territorio: esta multa consiste en tres esclavos. Se echa mano de sus parientes, si estan presentes, y si no se da cuenta á su gefe, que lo hace prender para dar cumplimiento á la ley, que se ejecuta en todas sus partes.

Hacia tiempo que conocia yo aquella ley tan singular. Sin negarme á su cumplimiento hice contestar al macota, que hablaríamos despues que el cuerpo, por quien se reclamaba la multa, hubiese recibido honrosa sepultura. Añadí que le rogaba se fuese á hacer los preparativos necesarios para los funerales. Al mismo tiempo mandé á mis criados que nadie me incomodase.

Pasé tristemente el dia al lado del cuerpo inanimado de la que por un efecto de su cariño me habia acompañado con tanto valor por paises bárbaros; que se hubiera considerado feliz ayudándome en mis trabajos hasta el fin de mi viaje, y á

quien le costaba la vida en la flor de su edad la pasión que me tenía.

A las ocho de la noche rodearon mi campo todos los habitantes de la banza, cubiertos de lianas, y coronados de hojas de árboles. Los unos bailaban, los otros daban los gritos de alegría que se acostumbra en los entierros, algunos entonaban el himno de muerte; cada uno, en fin, desempeñaba las funciones que juzgaba pertenecerle. El Sobá y los nobles estaban sentados á la puerta de mi tienda, que se hallaba cerrada. Estaban vestidos de pedazos de tela azul, y llevaban en la mano un gran baston. A solicitud mia se marcharon á la banza á las diez de la noche.

Me acosté, y en vano buscaba el descanso del sueño: hacia ocho dias que no habia dormido ni un instante.

El 11 á las seis de la mañana mandé distribuir trescientos cartuchos á los negros que se habian presentado para asistir al entierro. Las muchas descargas de mosquetería anunciaron á gran distancia el momento de los funerales, y á poco se reunió un gentío inmenso en la ancha plaza que se encuentra delante de la ciudad. Los llorones principiaron sus ceremonias: se colocó el cuerpo en el tipoï que habia usado en vida: las mugeres é hijas del So-

bá, cubiertas de lianas, y coronadas de hojas de árboles, se pusieron alrededor. El Sobá se colocó á mi lado, y acompañó á la comitiva hasta el parage en que debia darse sepultura al cuerpo. Los músicos abrian la marcha, y tocaban el himno de muerte. Detras iba una grande multitud de gentes bailando. Todos ellos iban armados de una caña larga y delgada, y cubiertos de lianas. Cuatro nobles, rodeados de sacerdotes, conducian los dioses del reino, á quienes rogaban que no descargasen sobre el pueblo el peso de su cólera, como habian hecho con el extranjero. Iban delante del tipoï, en que se hallaba depositado el cadáver, que rodeaban las mugeres é hijas del Sobá y los nobles. Seguia yo con el Sobá, que iba vestido de un pedazo de tela azul. Detras de nosotros iba su guardia; en seguida los Horones, y despues todo el pueblo dando gritos horrorosos á cada estancia del himno de muerte.

En el momento de llegar cerca del sitio destinado para dar sepultura al cadáver se suspendieron las descargas de mosquetería, que no habian cesado desde que les reparti la pólvora. El Sobá pronunció en lengua bundá el discurso siguiente:

“Pueblo mio, Muta Calumbo nos fa-

vorece, Quibucu nos protege. Os está preparada una vida feliz en el otro mundo, pues los blancos vienen á morir entre vosotros. Aquella, cuya memoria celebramos hoy, es ahora vuestra madrina, y os servirá en vuestra muerte. Decidle un *bogougou*.”

El grito de *bogougou* significa en lengua *bunda*: “¡A Dios, nuestra amiga! ¡Pronto, pronto nos volveremos á ver; vive en paz, y protégenos!!! Estos gritos, repetidos por todas partes, resonaron á gran distancia. Por mucho tiempo se conservará su memoria, y se hablará de este acontecimiento; por largo tiempo referirá el padre á su hijo un hecho que ilustra á su nacion, por poseer los restos de un blanco. Pasarán siglos, y no se olvidará nunca la memoria de aquel dia, que hará época en sus anales.

Mandé por señas que se bajase el cuerpo á la tumba, y que se enterrase dentro de su *tipoi* con todos sus adornos: mucho sintió el Sobá esta última circunstancia, pues pensaba apropiárselo. El gefe, los nobles y todo el pueblo, dieron vuelta alrededor de la huesa bailando, y arrojando cada uno en ella un puñado de tierra: el principal noble barrió y amontonó la que se hallaba esparcida por allí, para que no

se dispersase. Se terminó la ceremonia colocando una cruz sobre la sepultura. Por este símbolo, que mirarán los negros como el dios de la difunta, su sepulcro será inviolable. En efecto, en estas naciones cuando se ha colocado sobre la tumba de un muerto el dios que lo protegía en vida, no hay ya que temer que se sustraiga nada. Ningun motivo sería suficiente para que un negro cometiese un crimen que, según su creencia, le causaría una muerte próxima, y el enojo de un dios.

Me volví á mi tienda en un profundo silencio, acompañado del Sobá y de toda su comitiva. Cuando entré en ella se volvió el Sobá á la tumba con toda su gente: cada cual puso sobre ella las lianas de que estaba cubierto.

Esta muestra de honor solo se usa con el príncipe que ha mandado en aquel país ó en otra parte. La mereció mi muger porque la miraban como una reina, que habia reinado ó debia reinar. Juzgaban que solo un príncipe podia como yo sacrificar su fortuna para viajar por los estados de otro príncipe.

No tardaron en volver el Sobá y los suyos, y todos me acometieron pidiéndome. El Sobá reclamaba el valor de ocho esclavos: cuatro por el quitouche de muer-



te, y otros cuatro por el terreno de la sepultura. Los nobles hablaban de sus derechos; el pueblo de su salario por haber abierto la huesa; las mugeres, que guardaban los utensilios que sirven en los entierros de los príncipes, exigian que se les pagase el uso de las palas, de que se habian servido; los llorones, los que habian conducido el cadáver, y un sinnúmero de empleados subalternos vinieron, con un desvergüenza sin igual, á pedirme lo que pretendian debérsetes.

Es claro que no acabaria nunca si hubiese de atender á tanta gente. Hice entrar al Sobá, transigí con él, y para conseguir una completa tranquilidad le di, ademas del considerable regalo que le hice, un barril de aguardiente y diez libras de pólvora.

Pero no me ví libre como habia esperado. Apenas se bebieron el barril de aguardiente, y distribuyeron mis regalos, volvieron á la carga. Rodearon mi tienda medio borrachos pidiéndome á gritos otro barril de aguardiente, y amenazándome con robarme. Conocí entonces que era preciso tomar un partido vigoroso. Salí de mi tienda con las pistolas en la mano, y dije al Sobá que se adelantase. Un profundo silencio sucedió al tumulto y á los ahu-

llidos. Declaré á este gefe que si alguno tenia la temeridad de querer acercarse á mi tienda para hacer daño, le levantaría la tapa de los sesos.

Me aseguró el Sobá su respeto y la su-
mision de su pueblo, que debia hallarse
contento; pero, añadió, que solo faltaba
una cosa para que todo se terminase en
regla, que era distribuir los vestidos de la
difunta. Le correspondia por derecho el
sombbrero y el relox: los nobles designaron
lo que mas les agradaba: todo el pue-
blo, en fin, significó los objetos que re-
clamaba.

Yo estaba sin hablar ni una palabra.
Despues que todos hablaron impuso silen-
cio el Sobá para que se oyese lo que yo
decia. Mi contestacion fue lacónica. Me
pasé la mano por el cuello, y con un dedo
hice dos líneas paralelas en el suelo. Al
punto todo el pueblo se retiró, pues me
habia valido de un juramento que usan
los negros, y que significa que el que pide
una cosa no lo conseguirá, sin que antes
muera el que la niega.

A las cuatro de la tarde vino el Sobá
á cumplimentarme, precedido de la mú-
sica, y seguido de todos sus nobles, de sus
mugeres, y de una multitud de pueblo. El
Sobá y los nobles se sentaron á la entrada

de mi tienda, y el pueblo dió principio á los bailes mas indecentes. Me hallaba á punto de que me faltase la paciencia, y cualquiera conocerá que era una cosa muy natural; pero recordándome que estaba en una nacion bárbara y grosera, me contenté con rogar al Sobá que hiciese cesar los bailes, asegurándole que no olvidaria esta fineza. Le regalé al mismo tiempo una botella de aguardiente. Al momento se marchó, como igualmente todos los demas que lo acompañaron para distribuir este nuevo regalo.

A las ocho, hora determinada para dar principio á los bailes de por la noche en honra de los muertos, volvieron los músicos á colocarse cerca de mi tienda. El Sobá se llegó á mí con la mas bonita de sus hijas, que me efreció, y que dejó á mi lado. Cansado de tantas impertinencias no pude contenerme, olvidé la situacion y el parage en que me encontraba, y solo pensé en el medio de librarme de tan continuas molestias. Eché mano á mi sable, que se hallaba sobre la mesa, me fuí hácia el Sobá, y le dí un sablazo en el hombro.

Todo el pueblo como asombrado de mi estremada osadia se levantó de repente, y se refugió en la banza con el Sobá.

Unicamente permaneció cerca de mi tienda el primer noble para pedirme el valor de un esclavo, que es la suma en que está valuado el delito de haber pegado el príncipe. Pagué sin decir nada, y principié á disfrutar de la tranquilidad que acababa de comprar. Este movimiento que no pude contener, podia haberme costado la vida en cualquiera otra nacion; pero en la presente sintieron muy poco los negros el insulto hecho al Sobá, pues en cierto modo deseaban que se cometiese cualquier atentado contra él para obtener las multas establecidas.

El 12 vino á verme al amanecer el primer macota; al entrar me presentó las palas que habian servido para abrir la huesa, y me dijo que á pesar de la costumbre se concluirian en aquel dia las fiestas funerales para dejarme descansar. Añadió que por la ceremonia de limpiar las palas, venia á pedirme seis botellas de aguardiente, una de aceite, una de harina y un cabrito.

Tomé de sus manos las palas, y las tiré bien lejos; si las hubiera roto, tenia que haber pagado conforme á la ley del pais un esclavo por cada una.

El testo de la ley dice: "El que rompa

ó robe la taza , asiento , plato, instrumento ó útil de su vecino , será condenado á esclavitud , ó pagará el valor de un esclavo por cada uno de estos delitos.”

Cuando me informaron de que segun costumbre los parientes de un difunto daban aceite para limpiar las palas que habian servido para abrir la huesa , y un animal para hacer un sacrificio á los dioses, pagué lo que se me pedia , y de este modo se concluyeron los funerales que me han dejado tan dolorosos recuerdos.

El 13 vino el Sobá á presentarme un regalo , que consistia en judías , harina de yuca y algunas gallinas , y se marchó al momento. Encargó á mi intérprete que le escusase de todas las molestias que me habia causado , y que habian sido contra su voluntad , porque estaba obligado á hacer observar las ceremonias de uso.

Para distinguir mejor el sepulcro de mi esposa de los que habia alrededor , hice levantar un monumento de piedras cubierto de un techo sostenido por cuatro columnas. Se cercó todo esto de una empalizada de estacas y de plantas que producian flores. Sin la cruz que habia en medio , los negros hubieran colocado allí el ídolo de Muta Calumbo. En la fachada del

sepulcro habia una tabla que pinté de negro, y en la que se leia esta inscripcion:

DOUVILLE
A SU ESPOSA.

ANA ATALIA PILAUT-LABOISSIERE.

Cómo queria que se conservase este monumento, dí al Sobá, como gefe del estado, treinta piezas de telas. Se convino por consecuencia del pago en cuidar y conservar el sepulcro. El respeto que tienen estos pueblos á los muertos, y el temor que les inspiran los espíritus, me aseguraban el puntual cumplimiento de esta obligacion. Era esta la única muestra que podia dejar de mi cariño y reconocimiento á la que me habia dado una prueba tan convincente de su pasion.

Envié negros á Tamba para pedir á este gefe los que necesitaba para pasar á sus estados.

Mientras estos volvian me retiré á los bosques para entregarme tranquilamente á mis reflexiones, que me producian algun consuelo en medio de la tristeza que me devoraba. Me encontraba solo en pueblos casi salvages sin una persona á quien con-

fiase mis penas, y que con los encantos de su conversacion me hiciese olvidar mis fatigas : no tenia una persona que se tomase por mí un verdadero interes. Mi existencia era ya para mí una carga pesada, y me veia en peligro á cada paso. Sin embargo no queria renunciar á mi proyecto.

CAPITULO IV.

Descripcion del pais. - Manera de saludar. - Vuelta de mis enviados al pais de Tamba. - Nueva maquina del Sobá Megna Candouri. - Salida del Haco. - Llegada al pais de Tamba. - Desavenencia entre mis negros. - Me salva la vida un mono que llevaba. - Llegada á la capital de Tamba.

Desde el 1.º de julio cubria la tierra por las noches una espesa niebla que no disipaba el sol hasta las diez del dia. La temperatura habia variado poco (1). El terreno es poco fértil en aquella parte del Haco: cubre por todas partes una roca eschitosa, y solo tiene dos pies de profundidad: los árboles suben poco, y tienen poca fuerza.

Los dioses protectores de la ciudad se hallan colocados delante de la puerta principal. Las puertas de las ciudades consisten en 5 ó 6 tablas colgadas por arriba, y reunidas por un travesaño que pasa por

(1) Observaciones hechas á la sombra á las 8 de la mañana de 18 á 19º, al mediodia de 22 á 24º, á las 2 de 27 á 28º, á las 8 de la noche de 20 á 21º, á las 4 de la mañana de 14 á 15º. Observaciones hechas al sol á mediodia 31º, á las 2 36º.

detras de ellas. Cuando se quiere entrar, hay que empujar una de las tablas.

Los dioses que adora Megna Candouri se hallan delante de la puerta de su casa. Todos los pueblos de esta parte del Congo siguen la misma costumbre. Miran á sus ídolos como unos custodios que los preservan de la invasion de sus enemigos. Cerca de dos meses antes de mi llegada faltaron á su deber los dos custodios tutelares de aquella banza. Un gefe vecino llegó de noche y con un puñado de hombres robó la banza, y se llevó un gran número de mugeres, sin que los dioses lo echasen de ver. Cuando muere un Sobá, se entierra con él á sus dioses, á quienes reemplaza su sucesor con los que le parecen mas poderosos: es esta una de las atribuciones de su soberanía.

Alguna vez al saludar los negros de este pais, pronuncian la palabra *boquedon*, que significa en esta ocasion, sed bien venido, protegedme, yo os protegeré. Las mugeres del Háco son mas coquetas que las que habia visto hasta entonces. Se ocupan mucho en su adorno, y gustan sobre todo de ponerse flores en la cabeza, y en forma de collar. Rara vez se ve venir una del campo sin este adorno y sin un ramo en la mano. Demasiado indolentes solo

cultivan el pedazo de tierra que les proporciona la precisa subsistencia. Habitan por dicha suya un pais en que nunca faltan las cosechas, pues de otro modo sufririan los horrores de la miseria.

Los negros que habia yo enviado á buscar gente en los estados de Tambo, volvieron solos, y me dijeron que no podia enviármelos el Sobá hasta que se concluyesen las fiestas que celebraba.

Pensé en pedir negros á los gefes vecinos, pero se me ocurrían dos grandes dificultades. Desde luego era imposible encontrar el número suficiente; y además sabiendo los negros que los necesitaba me habian de pedir un salario equivalente á seis francos diarios. Es cierto que los traficantes de esclavos, que para guardarlos toman gente en estas ciudades, dan esta suma á cada hombre, porque les basta una sola persona. Pero yo que necesitaba 280 hombres no pude conformarme con semejante precio.

Formé un nuevo proyecto, y seguido de solo un intérprete fui á casa de un Sobá vecino. El dialecto de esta provincia tenia tanta analogía con la lengua bunda, que entendí toda la conversacion que tuvo el príncipe con mi intérprete. Este bribon le instaba á que me negase los negros que

iba á pedirle, haciéndole presente que si permanecía mucho tiempo en aquel pais, moriria tal vez, y podrian repartir mis efectos.

En vista de que por todas partes me negaban los negros que pedia, sospeché alguna intriga, cuando era bien sabido que yo pagaba bien. Esta idea me estimuló á arrostrar á pie los ardores del sol, y las fatigas de subir la montaña en que estaba la banza de aquel Sobá. El resultado de esta aventura me probó la realidad de mis sospechas: me decidí pues á buscar por mí mismo los negros que necesitaba.

Al otro dia me dijo un negro de Tamba que se habian concluido las fiestas del *onanga*, y que el Sobá habia dado orden á sus vasallos de que fuesen á cargar mis fardos para conducirlos á sus estados.

El *onanga* ó juramento de verdad tiene lugar cuando un individuo es acusado de algun crimen. Compareciendo en presencia del Sobá debe confesar ó negar. En este último caso puede el acusador emplazarlo para ante los dioses. Cada uno de los dos presta juramento de que es verdad lo que propone, y se obliga á probarlo por medio de las copas.

Cuando alguno es citado para prestar juramento ante los dioses, se da principio

por celebrar fiestas que duran ocho dias, y que se costean del pructo de trece esclavos, que son el resultado del descubrimiento de la verdad.

Aunque supiese que estaban concluidas las fiestas del onanga, como sin embargo ignoraba el dia en que habian de llegar los negros que me enviaba el Sobá de Tamba, determiné ir yo mismo á pedirselos al *Galombolé* de aquel Estado. *Galombolé* es entre los negros independientes el gefe de mas consideracion despues del Sobá. La banza del *Galombolé* distaba solo tres leguas de la en que yo estaba. Mientras que me ocupaba en este proyecto, vino un incidente á apresurar mi marcha.

Cansado de perseguir por un bosque á un hermoso leon sin melena, á quien habia herido de un tiro, me acosté temprano. Estaba durmiendo, cuando á las nueve de la noche entró á despertarme uno de mis intérpretes, y me dijo que uno de los hijos del Sobá queria comunicarme una cosa importante. Lo hice entrar, y me propuso si le queria comprar un negro joven. Incómodo por aquella impertinencia le pregunté con seriedad si habia esperado á aquella fecha para saber que yo no era mercader. Le dije sin embargo que vol-

viese al día siguiente, porque sería posible que nos conviniésemos si fuese el negro bien formado.

El hijo del Sobá, cuya idea era sacarme un nuevo regalo, oyó mi respuesta, y me dijo: que sentia tanto mas que me negase á tratar con él, cuanto que necesitaba un poco de aguardiente para el otro día por la mañana temprano.

Efectivamente, tenia que ir el Sobá á verse con el Galombolé de Tamba para rescatar á una parienta suya que habia sido hecha esclava, y su hijo deseaba proporcionarle una botella de aguardiente para que con este confortativo pudiese soportar la fatiga del viaje.

Fastidiado de las contínuas impertinencias del Sobá, que no contento con atormentarme de dia, no me dejaba dormir de noche, negué terminantemente á su hijo lo que me pedia. Se marchó este, y envió á mi intérprete á que me hiciese nuevas instancias. Debo advertir que el hijo del Sobá no tenia ningun esclavo que vender, y que su padre habia inventado aquella fábula solo por arrancarme una botella del licor que estaba siempre deseando. Con este motivo traté de que se arrepintiese este hombre de las incomodidades que me habia causado.

Encargué á mi intérprete que averiguase la verdad de lo que me habia referido el hijo del Sobá, y que se manejase con mucha discrecion. Aunque este intérprete era el mismo que habia querido engañarme, cuando me acompañó en busca de los negros que necesitaba, creí sin embargo que en este caso no debia desconfiar de él, pues se trataba de una cosa que no le ofrecia ninguna ventaja. Los continuos regalos que le hacian los habitantes de Megna Canduri podian en cierto modo escusar su primera falta, pues era consiguiente que tratase de permanecer allí por mas tiempo.

Cuando estuve seguro de que era una parienta del Sobá la esclava que iba este á rescatar, que tendria cuando mas de diez á doce años, que era alta, bien formada, y sobre todo que pasaba por una belleza, determiné comprarla para de este modo obligar al Sobá á tratar despues su rescate conmigo.

Al otro dia acompañado de solo un intérprete salí á las cuatro de la mañana para la banza del Golambolé de Tamba. Estaba seguro de llegar antes que cualquier príncipe negro, porque nunca estas gentes se ponen en camino antes de salir el sol. Mis criados y los demas negros quedaron

en la mayor incertidumbre sobre el motivo y objeto de mi viage, para que no me hiciesen traicion por grangearse alguna recompensa.

A las 9 de la mañana entré en la banza. Encontré al Golambolé sentado á la puerta de su casa, y rodeado de mas de doscientos negros que se divertian en beber alegremente, y cantar canciones licenciosas. Le sorprendió mucho mi llegada; pues no podia concebir cómo me atrevia á andar solo entre hombres que debia temer.

Le espliqué en cuatro palabras el objeto de mi visita, y concluimos un ajuste concerniente al salario de los negros que le pedia. Mandé echar un vaso de aguardiente; bebí la mitad, y le ofrecí la otra mitad en señal de quedar ratificado el trato que acabábamos de hacer. Lo hizo así, y designó á los que habian de aprovechar aquella feliz ocasion de adquirir algunos efectos. Todo se verificó en el mejor orden y sin ninguna reclamacion.

Le rogué despues que mandase traer la esclava que queria vender. Vino en efecto, y era una negra tan hermosa, que no me parecian exagerados los elogios que habia oido de ella.

Sin esperar á que me digese el precio

que queria por ella, le dije que era mia, si se contentaba con 300 beiramés ó 600 anas de telas. Creyó que me chanceaba, y me contestó en tono de broma que necesitaba cuatrocientos. Al punto le dije: es mia; y le mandé dar á cuenta quince beiramés que habia traído mi intérprete. Convenimos en la especie de mercaderías que le habia de dar, accediendo yo á todo, pues lo que mas me importaba era allanar las dificultades en vez de suscitarlas, porque sabia que Megna Candouri me daría los mismos objetos en cambio de la esclava, no pudiendo dejar en la esclavitud á una de sus parientas mas próximas.

Salí de la banza del Golambolé acompañado de veinte negros y de la negra que conducian á mi habitacion para recibir en ella el resto del precio convenido. No habíamos llegado á media legua de la banza cuando encontramos al Sobá Megna Candouri. Se quedó como asombrado viéndome dueño de su parienta, de que pensaba hacer la principal de sus mugeres. Aparentó ignorar que estaba ligado á ella por los vínculos de la sangre, é inmediatamente me propuso rescatarla, á pesar del perjuicio que debia sufrir, pues en efecto cuando se rescata una esclava debe darse el doble del precio que ha costado, en

:

cuyo caso está obligado á venderla el que la posee.

Le dije que no perderia nada, pues yo renunciaba la ventaja que me concedia la ley, contentándome con percibir lo que me habia costado.

Principió á manifestarme toda su gratitud, cuando le interrumpí rogándole que reservase aquellas espresiones para una ocasion mas oportuna. Siguiendo el camino me propuso que pagaria á los negros que acompañaban á la esclava para que se pudiesen marchar, pues creia que solo venian para recibir el precio de la esclava. Consentí en ello, y le dije que ya habia dado á cuenta dos piezas de género.

Hicimos alto, y principió á medir sus telas. Los negros que venian con nosotros se reían de ver esta operacion, pues los géneros que el Sobá llevaba, no podian cubrir ni la tercera parte del precio convenido; pero lo dejaron continuar hasta que casi hubo concluido su operacion, que me preguntó si habia convenido en pagar por la esclava algunos beiramés menos del precio comun. Cuando le dije que el Golumbolé no habia querido recibir menos de 400 beiramés, se quedó como una estatua, y me preguntó si estaba loco cuando convine en semejante precio. Se aumentó

su enfado cuando le dije que hubiera dado mucho mas si me lo hubiesen exigido. Le dije en seguida: “¿Crees tú que el honor de poseer la esclava mas bella de este pais no valga 400 beiramés? (1600 francos). Solo te la cedo á causa de ser una parienta tuya. De otro modo no la tendrías sin satisfacer completamente el precio de la ley.”

Acusó á la pobre muchacha de haber revelado el secreto de su parentesco que el creía ignorado, y que debe ocultar un esclavo, pues se aumenta la dificultad del rescate cuando es pariente de un gefe. La ley obliga á un Sobá á pagar el cuadruplo del precio comun por el rescate de uno de sus parientes, pues se supone que cometiendo un delito son estos cuatro veces mas culpables que otros. Entonces conoció el motivo de haberseme pedido tan alto precio, y no volvió á acusarme de profusion. La suma que yo debia era mucho mayor que lo que el Sobá tenia, y que no podia proporcionar desde luego. Tampoco tenia los efectos que yo habia convenido en dar. No le quedaba, pues, otro partido que adquirir esclavos.

Me pidió un plazo de 8 dias, y se lo concedí, prometiéndole entregarle la jóven negra en el mismo estado que la ha-

bia yo recibido, porque no permitiria que nadie la tocase.

Al llegar á mi tienda pagué á los negros, puse la esclava en sitio seguro, y despues de haber dado de beber á cuantos se hallaban presentes, segun se acostumbra cuando se concluyé un negocio, me retiré.

Mis intérpretes, los negros que de buena voluntad me habian seguido desde Biringa, y los otros cuatro del reino de Angola que se habian quedado quietos, como tambien mis criados, rodearon á los reciénvenidos, y les refirieron las vejaciones que me habia hecho sufrir Megna Candouri. Infirieron estos que habia yo querido vengarme, dando un precio tan subido por su parienta, estando seguro de que la habia de rescatar. Digeron que me habian creido loco oyéndome ofrecer 300 beiramés por una esclava, cuyo precio comun era de 40; que su gefe solo me habia pedido 400 por exagerar lo que miraba como una burla por parte mia; pero que viendo que yo convenia en ello, habia declarado que habia perdido la cabeza: digeron que cuando supiese los motivos que habia tenido para obrar de aquella manera, se reiria mucho de mi ocurrencia.

Me llamó bastante la atencion ver

llegar algunos negros á las dos de la tarde. Al verlos por la mañana con grandes calabazas de *onalo* alrededor de su príncipe, creia que iban á emborracharse, y que no podrian llegar adonde yo residia hasta el otro dia; pero me informaron de que era una costumbre de siglos reunirse todos los dias con su gefe para beber y hablar de los negocios del dia, y que cada familia cuando le tocaba por turno, hacia los gastos que causaba esta costumbre.

El *onalo* se hace de la raiz de un arbusto llamado *monchiri*, y la semilla de otro que se nombra *luco*. Se muele el *monchiri*, y cuando está muy delgado, se le echa en una caldera con una cantidad suficiente de agua. Cuando está muy caliente, se echa *luco*, y se deja todo herbir por algunos minutos. Se echa despues el licor en vasos, donde se deja fermentar. No está buena de beber hasta los tres dias.

Los negros del Golambolé que solo eran doce me dieron prisa para que les señalase cargas. Afortunadamente no lo hice, porque semejante operacion debia empeñarme en un trabajo inútil. Les mandé decir que esperaba la llegada de sus compañeros para hacerlo todo á un tiempo.

Esta resolucion no convenia con sus proyectos; insistieron en lo que habian

propuesto, y se alborotaron tanto, que ya iba á condescender, cuando ví que llegaban los demas negros. Mandé llamar al que se me habia dado á conocer como gefe de los primeros para que cuidase de la distribucion de los fardos que yo debia hacer entre aquellos, de quienes era él responsable. No se presentó, y en su lugar vino uno de los recién llegados.

No sabia que juicio formar de todo cuando los negros que habian acompañado á la jóven esclava, me digeron que los doce primeros no habian sido enviados por el Golambolé de Tamba. Como supiesen indirectamente que esperaba yo negros, formaron el proyecto de robarme doce cargas. “ Los conocemos, añadieron; pero no nos hemos atrevido á decirte nada, porque estos negros y sus compañeros que habitan en una senzala próxima á la ciudad del Golambolé son tan temibles, que jamas se la perdonan al que se ha opuesto á sus designios. Son tambien tan ladrones como intrépidos y mañosos. Es preciso que te favorezca muy especialmente Muta Calumbo cuando has escapado de sus tramas.”

Marché temprano el 17 con gran dolor del Sobá Megna Candouri, cuya parienta iba á entrar en territorio enemigo. Pero

en su sentimiento tenia mas parte el amor que la pena de verla en esclavitud. Lo miré en su dolor con la misma indiferencia con que pocos dias antes habia insultado la amargura que me atormentaba.

Todo el terreno que se comprende entre Megna Candouri y el Golambolé de Tamba se halla cubierto de un espeso bosque, regado de trecho en trecho por claros arroyos. El árbol mas comun es el panda, cuya corteza usan los negros para curar las calenturas.

Los últimos negros que me habian llegado eran tan ágiles y vigorosos, que en poco tiempo atravesamos aquellos bosques. Entramos en la ciudad del Golambolé poco despues de la gente, que ocho dias antes habia pedido al Sobá de Tamba, y que venian para conducirme á la banza de aquel gefe. Se suscitó una disputa muy acalorada entre estos negros, y los que yo llevaba conmigo. Los primeros no querian hacer un viaje inútil, y pretendian llevar las cargas hasta la banza del Sobá de Tamba. Los otros decian que habian ajustado todo el viaje, y que no soltarian las cargas, y perderian la mitad de lo que esperaban; que estos negocios no se presentaban todos los dias.

Despues de largas contestaciones se

convinieron ambos partidos en pasar por lo que yo decidiese, pero no quise decidir aquel litigio por no grangearme la enemistad de ninguno de los dos partidos. Cedieron los de Tamba porque tenían menos fuerzas, pero prometieron á los otros muy buenos palos, cuando llegasen á su banza, y partieron el mismo dia para sus casas.

Quise salir al otro dia temprano; pero no fue fácil arrancar á los negros de sus chozas sin que antes hubiesen tomado el almuerzo, y bebido una buena dosis de *onalo*.

Seguimos las orillas del Gango en que se hallan una multitud de aldeas, rodeadas de pedazos de tierra cultivada, aunque la campiña en lo general estaba inculta, cubierta de un hermoso verde y de espesos bosques. Sin embargo, no corre por aquel canton ningun arroyo que vaya á enriquecer con sus aguas al Gango que camina entre dos colinas de 700 á 800 pies de alto, sobre rocas, y formando de trecho en trecho pequeñas cataratas que hacen imposible su navegacion.

En diferentes ocasiones que hicimos alto, envié unos veinte negros á buscar frutas en el bosque; pero nunca trajeron nada. Uno de ellos trajo una vez una ra-

ma con cierta fruta muy semejante á las ciruelas. Me dijo que era excelente, muy fresca y agradable.

Mandé traer al mono, le presenté esta fruta, la tomó y la arrojó lejos. Cogí otra, y despues de haberla partido en dos pedazos, se la dí, principió á dar grandes chillidos, y quiso escaparse. Juzgué por esto que conocia aquella fruta, cuando desde luego la habia tirado, lo que no hubiera hecho, si le hubiese sido desconocida. Supe despues que era un veneno muy activo, que causaba dolores de tripas, de que solia resultar la muerte. Se me dijo que ciertamente el negro me la presentaria con la idea de envenenarme.

Cuando me hallaba en la banza del Haco un accidente me hizo buscar un medio de asegurarme si las frutas que encontraba eran venenosas ó no. Discurrí que el mono podria satisfacer mis deseos, pues acostumbrado á vivir en los bosques, debia conocer la mayor parte de las frutas, que le habrian proporcionado su alimento, y distinguir de estas, y arrojar las que pudiesen serle nocivas. Hice coger dos monos, de que tuve un sumo cuidado, y que me prestaron servicios interesantes, como se acaba de ver, y referiré en adelante.

El caso que me ocurrió en el Haco fue

del modo siguiente. Paseándome por un bosque cogí una frutilla blanca que produce un arbusto bastante comun: me la llevé á la boca, y habiéndola encontrado de un gusto bastante agradable y fresca, comí mientras duró mi paseo. Me preguntó uno de mis negros si conocia yo aquella fruta, y esta pregunta me hizo reflexionar en lo que acababa de hacer. Me dijo el negro que aquella fruta se usaba como vomitivo, y que eran suficientes seis de ellas para producir una evacuacion abundante.

Habia comido como unos veinte granos. Me dijo el negro que no sentiria los efectos hasta las cuatro ó cinco horas. A eso de las once de la noche tuve vómitos crueles que me duraron hasta las siete de la mañana, y me dejaron tan rendido, que estuve por dos dias en una situacion bastante penosa. No sentia sin embargo un accidente que me podia ser muy útil para en adelante, y que me sugirió la precaucion que acababa de salvarme la vida.

Al acercarnos á la banza de Tamba, vimos un gran número de negros que parecian dispuestos á cumplir la palabra que habian dado á los míos la víspera. Estaban armados de palos, nervios de toros, láti-

gos y otros instrumentos que no indicaban intenciones pacíficas. Ví que mis negros iban á poner sus fardos en tierra, y á marcharse. Pedí una conferencia, y á poco volvió mi intérprete acompañado del gefe de la senzala. Me aseguró este que no experimentaria yo ningun inconveniente en mi marcha, y que por respeto mio, y porque no se estraviase ningun fardo, dexarian pasar á mis negros, y llegar libremente hasta la banza; "pero, añadió en voz baja, á la vuelta los esperamos."

Proseguimos muy tranquilamente nuestro camino. Dejaron los negros sus cargas cerca de la banza, porque no podia yo entrar en ella, ni pasar el rio sin una orden espresa del Sobá. Esto me dijo un page de este soberano, añadiendo que su señor se hallaba de caza. Pagué al gefe de mis negros, y los despedí. Conocí que temian volver á pasar por donde habian venido; pero tuvieron que hacer de la necesidad virtud, y con la cabeza levantada, la porra en la mano y el fusil al hombro, salieron con ánimo. El número de sus contrarios no les permitia pensar en defenderse con alguna esperanza. Cuando vieron que sus enemigos cargaban sobre ellos, echaron á huir por medio de los bosques. Varios alcanzaron algunos golpes: los mas

se libraron huyendo á todo correr. Sus contrarios volvieron á poco , y el gefe de ellos elogió el esfuerzo de los habitantes de la senzala , cuyo valor , añadió , es tan conocido , que con solo presentarse llenan de terror á sus enemigos.

CAPITULO V.

Recibimiento en la banza del gefe de Tamba. — Quiere obligarme este Sobá á recibir una de sus hijas. — Preparativos contra un ataque. — Visita de los generales enemigos. — Conversacion con el intérprete del Sobá. — Se me acusa de hechicero. — Contestacion mia. — Fiesta. — Nuevas vejaciones. — Lo que los negros llaman crimen. — Uso de los negros de Tamba. — Aspecto físico del canton. — Producciones. — Hormigas.

El page que habia venido á decirme que no podia pasar por el puente sin un permiso especial del Sobá, venia acompañado de un noble. Se quedó este á mi lado, y me informó de que su gefe no estaba de caza, como se me habia dicho, sino ocupado en vestirse de gala para recibirme con mas magnificencia.

A poco vino otro page á anunciarme que llegaba el Sobá, y que salia en persona á recibirme. Casi al mismo tiempo se presentó este seguido de una numerosa comitiva de nobles y de un inmenso gentío. Tenia un continente respetable, un aire orgulloso, mirar terrible, en que sin embargo se notaba mas afectacion que natu-

ralidad. Me saludó como á un igual, é inmediatamente se sentó á mi lado en la silla que llevaban espresamente para él. Me felicitó por mi feliz viaje, y me manifestó el placer que tenia en verme.

Observé que miraba con aficion los numerosos fardos que habia alrededor, y que aun se consideraba como dueño de ellos, cuando sin pedirme licencia, ni siquiera tomarme parecer, mandó á uno de sus nobles que cuidase de aquellos objetos preciosos, y los hiciese conducir á las casas de la banza que me habia destinado. Se levantó al momento, y me invitó á que le acompañase para llevarme él mismo á la casa que debia ocupar.

Pretendia este gefe hacer el papel de un soberano poderoso, y quiso ostentar cuanta magnificencia le fue posible. Nos precedia una banda de música, y un inmenso gentío, que nos acompañó al entrar en la ciudad bailando al son de los instrumentos. A poco se separó de mí el Sobá para dejarme tiempo de descansar.

El noble, á quien se encargó la comision de mis efectos, la desempeñó con toda la exactitud posible: no me faltó nada, sin que mis negros hubiesen presenciado la operacion. Ca la individuo era responsable de su conducta al soberano,

el que, con la esperanza de recibir grandes regalos, afectaba manejarse con una suma moderacion para no alarmarme contra él: tenia un proyecto reservado, en que se ocupaba particularmente.

Cuando tuve tiempo de reflexionar, observé que no podia convenirme habitar dentro del recinto de la banza, enteramente cercada por el rio. Conocí que encerrado en aquella isla dependeria del capricho del Sobá, que podria hacerme prisionero si me oponia á injustas demandas.

Pensé que desde luego debia buscar el medio de sustraerme á toda especie de vejaciones, y por consiguiente escusarme de habitar en la banza. Esta resolucion no podia ser mal interpretada, no habiéndose aun dado ningun motivo de desconfianza. Dí por pretesto una indisposicion producida por el ambiente espeso que se respira en la ciudad, y al otro dia salí de la banza para ir á habitar algunas cabañas de las senzalas, que se encuentran en las orillas del rio. Causó esto, sin embargo, un gran disgusto al Sobá, que se habia propuesto formar un registro de mis efectos, por haber tenido la imprudencia de abandonarme enteramente en sus manos. No trató de oponerse á mis designios por-

que aun no le habia hecho el regalo de uso, que suponía debia ser considerable, puesto que me miraba como á un monarca poderoso: hacía tiempo que sabia que no era yo un mercader. Apenas me hube establecido en mi nueva habitacion envié al Sobá diez y seis botellas de aguardiente, dos collares de coral dorado, cuyas cuentas estaban ensartadas en una cadena de plata, dos vasitos de cristal, un tenedor y un cuchillo de plata, algunas estampas, cintas, y diez piezas de diferentes géneros. Se manifestó muy contento con este regalo, y me envió un cabrito muy gordo. Al otro dia encargó á su intérprete que viniese á saber de mí, á darme quejas porque no iba á verle, y á asegurarme que él mismo vendria si no temiese incomodarme. El intérprete llevaba orden de pedirme el desayuno de su señor: por esta espresion entienden los soberanos de este pais dos botellas de aguardiente. Casi es un crimen negarlo, pues estan persuadidos de que hay obligacion de darlo.

Desde mi llegada no habian querido venderme muchas cosas que necesitaba, porque en el camino no habia querido dar á los negros el aguardiente que me pedian. Un pasagero entra sin etiqueta en

casa de un blanco para pedirle de beber, y se muestra muy impertinente si este se lo niega.

Por la tarde fuí á casa del Sobá decidido á no repetir mucho estas visitas, que, como ya he dicho, son muy costosas á causa del regalo que debe hacerse á un soberano. Le llevé algunas botellas de aguardiente, y varias piezas de géneros: no le hice una visita muy larga, que sin embargo se apresuró á devolverse, pues antes de entrar en mi casa supe que venia detras. Ya se vé que principiaba á quitarse la mascarilla.

Desde que llegué me invitó el soberano á escoger una de sus hijas para que viviese conmigo. Como estrañase que yo no me ocupaba en satisfacer sus deseos sobre este punto, le manifesté que lo verificaria otro dia. Esta dilacion le incomodó, pues queria recibir el regalo de costumbre en el caso que me llevase una ó dos á mi casa. En fin, para quitarme todo motivo de perder tiempo, me envió cuatro de las mas bonitas. El noble que las acompañaba me dijo de su parte, que podia quedarme con todas, si me parecia, ó devolver las que no me agradasen. El comisionado debia dejarme una por lo menos. Es sabido que mu-

chos pueblos bárbaros tienen costumbre de ofrecer sus hijas á los extranjeros que los visitan. El hecho de rehusarlas se considera como un insulto.

Apenas el noble salió de mi tienda, en que dejó una de las hijas del Sobá, de casi diez años de edad, aunque alta y bien formada, ví llegar á su mismo padre. Se manifestaba dispuesto á quejarse de mi indiferencia, pues me preguntó si lo consideraba como un pequeño gefe, cuando parecia que apreciaba poco la gloria de poseer á sus hijas. Le interrumpí diciéndole, que bastaba verlo para conocer que era un grande soberano; que mi falta de eficacia consistia en el estado de mi salud, que segun él sabia no era buena; que ademas iba á darle el regalo de costumbre cuando se admite una muger. Salió bastante contento porque habia bebido, y no llevaba las manos vacías.

Apenas se habia marchado cuando un negro describió la cortina de mi tienda, entró, y se puso en cuclillas en medio de ella pidiéndome de comer, esto es, un vaso de aguardiente. Lo mandé marchar, lo que no obedeció hasta despues de haber llegado á mí, y dádome un puñetazo. Esta osadía me irritó tanto que le dí en

las espaldas con un nervio de toro que tenia en la mano.

Al punto se suscitó un gran rumor en la ciudad, y se reunieron los negros para vengar el insulto cometido contra uno de sus compatriotas. No tardó el Sobá en saber el caso, que segun yo creo promovió, pues nadie se atreveria á insultarme sin ser estimulado por este gese. No tardaron en llegar sus hijos, dos principalmente á quienes habia regalado siempre que habian estado á verme, y que me esplicaron el motivo de aquel alboroto. En aquel momento llegó tambien un mensagero del Sobá, y me dijo de su parte que debia dar una botella de aguardiente al negro por indemnizacion del golpe que habia recibido. Le envié á decir que como aquel tunante me habia dado primero, tenia yo derecho á la proteccion del Sobá. Dije tambien que si regalaba á aquel pillo animaria á otros á seguir su ejemplo, y que estaba resuelto á morir antes que dar nada, aunque venderia muy cara mi vida. Estaba persuadido que de ceder en aquella circunstancia me veria perdido, pues cualquiera se atreveria á insultarme, solo por tener ocasion de exigir de mí algunos efectos.

Los hijos del Sobá aprobaron mi con-

ducta. Se burlaban del negro diciéndole: "Un blanco te ha pegado porque has querido insolentarte con él: no faltará otro que te corte las orejas." Irritado el negro de que su estratagema le hubiese salido mal, se dirigió contra los hijos del Sobá. Tomó su fusil, y lo disparó marchándose, para hacerles ver que los despreciaba.

Estos dos jóvenes, que siempre se condujeron muy bien conmigo, gobernaba cada uno una *libata*. Se llama de este modo una ciudad de segundo orden, cualquiera que sea su población. Aquellas en que mandaban los dos hijos del Sobá eran como arrabales de la banza: cada una de ellas contenía cerca de doscientas casas: la capital tenía casi el doble.

Por lo comun los hijos de los Sobás están encargados del gobierno de estas libatas, que á veces se encomiendan á los nobles. Se confiere esta dignidad segun ciertas reglas que varian. Ya hemos hablado de los derechos que ejercen los nobles, que son los gefes de un territorio.

Si un noble, ó un hijo de soberano, que en vida de su padre es gefe de una libata, comete contra el súbdito de otro alguna accion contraria á las leyes, y que merece pena de esclavitud, el gefe de la libata, cuyo habitante ha sido ofendido,

debe vengar una injuria que solo él puede castigar, y no el pueblo. El gefe hace suya la causa de su súbdito; se apodera, cuando encuentra ocasion, de un número suficiente de vasallos del otro gefe; los hace conducir á su libata sin cadenas, y al momento lo hace saber al Sobá delincuente. Si este reconoce la justicia de este procedimiento envia al gefe ofendido un número proporcionado de esclavos en indemnizacion del delito cometido: si no tiene esclavos, debe enviar al gefe ofendido personas de su familia que sean capaces de imponerles pena. Pero si el gefe que ha ofendido al súbdito de otro gefe, y de quien se hacen algunos prisioneros, niega el caracter legal de este acto, se dirigen las partes al Sobá para que resuelva la cuestion. Es muy raro que lleguen á tal extremo, porque en este caso es mayor el castigo, debiéndose pagar al Sobá la sentencia que pronuncia.

Las personas de que echa mano el gefe para obligar al culpable á que pague la multa que corresponde, se ponen en libertad. Si un gefe culpable no proporciona la libertad á los súbditos que se ven presos por culpa suya, se pone en el caso de quedar hecho esclavo. Pueden echarle mano los habitantes apenas cargan de ca-

denas á sus compatriotas, lo que sucede á los tres dias de haberlos cogido.

No salí de casa en los tres primeros dias despues que llegué á aquella banza. Me molestaba mucho la fiebre, que me habia vuelto á atacar con violencia. A muy poco tiempo se esparció la noticia de que el ejército de Bailundo se acercaba, y como no se conocian en Tamba las intenciones de este soberano, no quise ponerme en camino, aunque sí tomé algunas precauciones.

El Sobá de Tamba no debia confiar en la alianza de su vecino Bailundo, porque este podia romperla sin darle parte: debia, pues, prepararse á la guerra para no verse sorprendido. A las primeras noticias de que el ejército retrocedia, se oyeron en Tamba gritos de guerra. Se apresuraron á reparar las murallas de estacas, y á levantarlas nuevas en los sitios de menos resistencia. Se abrió el arsenal, y se sacaron fusiles y otras armas. A toda priesa fabricaban cartuchos: se suspendieron los trabajos ordinarios: se despacharon correos á todas partes para averiguar la marcha del ejército: se apostaron de trecho en trecho piquetes de soldados para que mas facilmente pudiesen comunicarse entre sí. Los gefes adiestraban á las tropas, y las

animában al combate. Ya se habia señalado sus puestos á los que debian romper el puente en caso de ataque, y de que se perdiese la batalla. Cada uno estaba impuesto en lo que debia hacer. Se construyeron reductos; se abrieron fosos; se reparó el puente que conducia al bosque inmediato, donde se habia tambien designado el parage adonde podian refugiarse en caso que el enemigo ocupase la ciudad. A aquel asilo corrian las mugeres con víveres, y alli se ejercitaban en abrir fosos anchos y profundos. Los niños no se alejaban mucho. Las reses y aves fueron encerradas en un sitio separado de donde debian retirarse los habitantes. Se llevaba á aquellos animales la comida á que estaban reducidos, mientras no se conociesen las intenciones del ejército de Bailundo.

El gefe de Tamba no habia obtenido la soberanía por derecho de herencia. La debia á la aclamacion popular, que habia querido premiar su valor y sus virtudes personales. Correspondió efectivamente á la alta opinion que habia sabido inspirar.

Aquella ocurrencia imprevista me proporcionó el medio de conocer los preparativos que hacen los negros contra la posibilidad de un ataque, que siempre tie-

nen motivo de temer. Así, pues, no me incomodó semejante circunstancia.

La noticia de la próxima guerra proporcionó al Sobá una ocasión para tratar de hacerme volver á la banza. Me manifestó el peligro en que estaba de perder cuanto tenía en caso de que llegase el enemigo. No sabia que desde luego que supe que se acercaba un ejército envié emisarios y un intérprete con regalos al general, pidiéndole que protegiese mi persona y mis efectos. Este jefe me envió al momento su cetro, que en aquellos países significa que se concede lo que se pide: es la prenda de amistad mas sagrada que se conoce.

Durante tres dias permaneció todo el pueblo en la misma agitacion é incertidumbre. Al amanecer del cuarto dia los puestos avanzados anunciaron que se acercaba el enemigo: cada uno voló á su puesto: los tambores y la música hicieron la señal: el ejército se puso en movimiento, y pasaba el puente para oponerse al enemigo.

Las tropas de Baílundo, que habian esparcido el terror por todas partes, se presentaron delante de la ciudad, y se dirigieron hácia el punto en que se hallaba mi tienda. Entraron, en fin, y el de mas

edad de todos los oficiales me manifestó que venian de parte de su soberano á darme las gracias por el regalo que le habia enviado , y asegurarme al mismo tiempo su amistad.

Les mandé dar aguardiente , y á invitacion suya envié á decir al Sobá de Tamba que muchos gefes del ejército de Baïlundo se hallaban en mi tienda , y deseaban hacerle visita. Manifestó el deseo que tenia de recibirlos , les hizo dar víveres , á que tiene derecho un ejército en un territorio amigo , y los despidió , encargándoles que manifestasen al Sobá de Baïlundo el placer que experimentaba de continuar en su amistad.

Vinieron despues estos embajadores á despedirse de mí , y á recibir el regalo que destinaba al general en gefe.

Se quejaron mucho de aquella campaña , que les dió menos esclavos que los años anteriores. No habian cogido ningun ganado , y se consolaron con la esperanza de que la próxima expedicion sería mas productiva.

Estuvieron cerca de dos horas en mi tienda , y en todo este tiempo bebieron tanto aguardiente , que cuando se marcharon iban borrachos. Estaban tan alborotados que me ví obligado á dejarlos solos.

Sentados en el suelo se disputaban hasta las últimas gotas que quedaban en las botellas. No trataron estos generales negros de volverse al ejército hasta después de haberse aporreado unos á otros, y de haber rodado por el suelo.

Por la noche llovió. Al otro día ví con admiración que el termómetro, que habia estado siempre muy alto, bajó mucho (1). Este cambio de temperatura, tan singular y repentino, me ofendió mucho, y aumentó la fiebre que constantemente me atormentaba.

Después que se marcharon los generales negros me fuí á pasear á la banza. Al entrar me encontré al intérprete del soberano, que apenas me vió desde lejos vino á saludarme. Como estaba solo tuvo ocasión de hablarme con libertad. Era también muy oportuna, pues acababa de separarse de su soberano, á quien habia enojado. Me habló de él muy mal, y lleno de cólera me dijo: "Es un monstruo, á quien obedezco solo por temor.

(1) A las 8 de la mañana 17° , á las 12 18° , á las 2 16° , á las 8 12° , á media noche 11° , y el día siguiente á las 5 de la mañana marcaba 9° . Se elevó gradualmente, y á las 2 de la tarde marcaba 28° á la sombra.

Sus vasallos se sujetan á sus caprichos, porque saben que si tratasen de oponérsele, no hallarian en sus compatriotas los mismos sentimientos contra la opresion. Hay quien por obtener sus favores sacrificaria su voluntad y su honor, y dispuesto á doblar el cuello al yugo, aun besaria la mano que lo castigaba. Cuando está borracho es una bestia feroz, y se emborracha todos los dias. Ya entonces no conoce á nadie, se abandona á toda la violencia de su caracter, y da de palos á cualquiera que le incomoda. Sus infelices mugeres llevan frecuentes palizas, de que por mucho tiempo conservan las señales en la cara, espalda y brazos.

„ Cuando está en ayunas es otro hombre. Discurre con juicio; da audiencia; despacha los negocios; oye las quejas de sus vasallos, y les administra justicia. Por desgracia no dura mucho tiempo este buen estado de tranquilidad, y á muy poco desarrolla las pasiones mas crueles.

„ Muestra siempre sin embargo injusticia en sus acciones, aunque manifieste equidad en sus juicios. Todos sus vasallos deberian ser iguales ante él, y tener igual parte en sus beneficios; pero sucede todo lo contrario: colma de dádivas á los cortesanos, y olvida á todos los demas. Los

primeros reciben trages nuevos siempre que el Sobá vende un esclavo, y los otros no tienen ninguno. Ved, me dice, señalándome un grupo de negros que jugaban á escondidas, ¡qué contraste tan singular! ¡Hay cosa mas chocante ni mas injusta? Ved allí algunos individuos cubiertos de telas, que bastarian para muchos, mientras que á su lado se encuentran otros absolutamente desnudos. Aquellos han recibido hoy nuevos regalos, mientras que los demas no pueden esperar nada.” Este hombre, que permaneció largo tiempo á mi lado, se quejaba del Sobá porque lo habia olvidado en la reparticion que habia hecho del producto de la venta de dos esclavos. En el momento de separarse de mí me dijo, que cuando me encontró iba á buscarme para decirme que el Sobá no podia facilitarme negros hasta pasado cinco dias, y únicamente despues de las fiestas que iba á celebrar por uno de sus mayores que se le habia aparecido en sueños quejándose del olvido en que se le tenia, y la poca amistad que se le manifestaba; lo que lo retenia á la orilla del rio de la felicidad que no podia pasar hasta que se le facilitase el camino por medio de fiestas dignas de él. Aunque esta tardanza me incomodaba, tuve que sufrirla porque

no tenia otro remedio. Recorrí una parte de la banza: los habitantes se ocupaban en diferentes juegos.

Al volver á mi tienda algunas horas despues, me encontré en ella al intérprete del Sobá que me estaba esperando. Principió por un largo preámbulo sobre las grandes cualidades y el poder de su señor. Mientras hablaba me parecia que estaba soñando, porque era el mismo que dos horas antes se habia espresado en un lenguaje en todo diferente. El motivo de esta variacion tan repentina fue el siguiente.

El soberano que habia notado el descontento de su intérprete, lo habia llamado y prometídole no olvidarlo en el próximo repartimiento. No fue menester mas para que este hombre mirase bajo otro aspecto las acciones de su señor, y colmase de elogios al que antes habia vituperado. No podria ser mas voluble en su opinion un cortesano europeo.

Me esplicó que los adivinos acababan de declararme por delincuente y acreedor á la pena de esclavitud como hechicero; pero que podia conmutarse esta pena con tres barriles de aguardiente. La acusacion y la pena se fundaban en las estampas que habia regalado al Sobá, y con las que este gefe habia adornado su casa. Pretendian los

sacerdotes que eran hechicerías, y que las espadas y fusiles que se encontraban en las estampas eran armas dirigidas contra la vida del soberano.

Conocí al momento el objeto del mensaje. El Sobá iba á dar una fiesta y necesitaba aguardiente: no tenia otro medio de proporcionárselo que vender un esclavo. Por desgracia en aquel momento no se encontraba en sus estados ningun mercader, ni tampoco en los inmediatos. La circunstancia era crítica para mí, pues no podía condescender sin verme espuesto á que en adelante inventase otra cualquiera estratagema para dejarme sin nada, si en esta ocasion le salia bien la cuenta. Inmediatamente tomé el partido de mostrar resolucion y firmeza. Me esponia á la verdad á un peligro evidente en un pueblo tan fanático como ignorante; pero preferia arriesgar mi vida por librarme de las impertinencias de aquellos bárbaros, antes que someterme ciegamente á cuanto exigiesen de mí.

“ Vé, dige al intérprete, y dí á tu señor que con malos procedimientos no se consigue nada de mí. Dile de mi parte que pues ha querido sacarme algo aparentando un derecho legítimo, no le daré nada. Solo tengo para él el desprecio que

merece su conducta: si se vale de la fuerza, sabré tomar venganza. Bien sabe que no me faltan amigos entre los soberanos vecinos, que se aprovecharán de una ocasión de saquear sus estados. Si los regalos que le he hecho lo asustan, que me los devuelva, y de este modo evitará el temor que puedan inspirarles. Si me cree hechicero, ¿cómo se atreven el y su pueblo á vestirse con mis telas, y á beber un aguardiente, que he podido emponzoñar.

Mi contestacion tuvo el éxito que debia esperar, y no volví á oír hablar de semejante asunto. Vino aquella noche á verme el Sobá, me aseguró su amistad, y concluyó por escamotarme un cuaderno de papeles que habia sobre mi mesa.

El 20 de julio desde temprano se reunió todo el pueblo en la banza, pues debia recibir cada uno un trozo de los bueyes que se habian muerto para las fiestas. Las descargas continuas de fusilería, el ruido de los tambores, y el sonido de la música se dejaron oír alternativamente: principiaron las danzas.

Como aquel ruido me era desagradable en la situacion en que me hallaba, me dirigí á las orillas del Gango. A media legua de la banza, me senté cerca de un ar-

royuelo cuya corriente convidaba á meditar, y donde me entregué á pensamientos que tenían para mí un encanto inexplicable. No sé todo el tiempo que hubiera permanecido de esta manera, pensando en mi vida pasada y en mi posición actual, si no hubiese despertado mi atención, y recordándome el sitio en que me hallaba el silvido de una serpiente.

Ya era tarde cuando volví á mi tienda. Se hallaban inquietos por mí, y aun algunos negros habian salido á buscarme por diferentes partes. Me dijeron mis intérpretes que habia venido el Sobá á hacerme visita, y que aunque le dijeron que estaba yo fuera, habia entrado en mi tienda seguido de una multitud de gentes, y metídose hasta la cocina, y agarrado casi todas las sillas y utensilios. Otros negros habian formado una maleta de cuero para llevarse los vestidos. El soberano se habia apropiado mis zapatos, y llevádose muchas piezas de telas.

Aunque semejante acto de violencia claramente anunciaba que mi seguridad se hallaba muy comprometida en aquella banza, consideraba que encontrándome solo en medio de bárbaros, debia sufrir con resignacion todas aquellas vejaciones. Pero no podia dejar de afligirme en es-

tremo haciéndome cargo de la triste situación á que me reduciría la pérdida de mis efectos, privándome del único medio de adelantar un paso en aquellos países. En este momento me advirtieron mis criados que tenía la comida preparada.

Acababa de sentarme á la mesa, cuando entraron dos negros altos y fornidos, y sin decir nada manifestaron consultar entre sí un momento lo que debían hacer; despues, como variando de resolución, y abandonando el plan que habían formado al principio, se dirigió á mi uno de ellos, tomó un plato de la mesa, lo llevó al suelo, se sentó al lado y se lo comió con su compañero. Cuando acabó, volvió á poner sobre la mesa el plato vacío, y me pidió de beber. Mandé á mi gente que diesen á aquellos hombres lo que pedían, y encargué á estos últimos que no me olvidasen si iban á caza al otro dia, porque me faltaban ya provisiones.

En la conducta de estos negros vi una combinacion formada en contra mia, suponían que trataría yo de castigar á aquellos insolentes, y se proponían aprovechar el tumulto que se causaría para asesinar-me. Reflexioné que un plato de mi mesa no merecía la pena de arriesgar mi vida. Asi es que sufrí con paciencia aquel nuevo insul-

to, que consideraba como una consecuencia de la entrada del Sobá en mi tienda, mientras estaba yo fuera. Supe al otro dia que habia escondidos en el bosque 700 negros, que debian auxiliar á los dos primeros, que llevaban intencion de buscar camorra, si les negaba lo que tenian orden de pedirme. Se hubieran aprovechado de la confusion para robarme algunas pipas de aguardiente y fardos de mercaderías.

Cuando se marcharon los do negros, hice tostar unos pedazos de raiz de yuca, y esto fue toda mi comida: no tomé otra cosa en ocho dias. Me ví reducido á este extremo por haber perdido once barricas de galleta al pasar un puente, que se hundia con las pisadas de mis negros. Conservaba con la mayor estimacion el único barril que me quedaba, para alimentarme con caldos y un poco de pan, si me repetian otra vez las terribles calenturas de aquellos paises.

Vivia lo mismo que los negros, de puches hechos de arina de raiz de yuca, cuyo alimento no se adaptaba al triste estado de mi salud.

Por último espiró el plazo que el Sobá me habia dado para facilitarme negros y me los envió apenas se los pedí. Con-

cluida la operacion de repartir las cargas para marchar al otro dia, miré por casualidad á lo lejos, y distinguí á un hombre que se llevaba un paquete. Mandé correr tras del ladron, y las gentes que se encontraban allí me aseguraron que era inútil seguirlo, porque en caso de que se quisiese valer de la fuerza para recobrar el robo, sería este bien defendido. Añadieron que podrian decirme el nombre del ladron y el motivo de su conducta.

Fuí á ver al Sobá que pareció sorprenderse de mi visita. Me recibió con mucha ceremonia y me obligó á tomar asiento á su lado. Me quejé del modo indigno con que habia sido tratado, y concluí manifestándole cuanto estrañaba el poco respeto que se guardaba á sus órdenes, y que sus vasallos se atreviesen á infringirlas públicamente. Le pedí que al momento fuese preso el ladron y conducido á su presencia. Consintió en ello, aunque conocí que no solo sabia el robo antes de que yo le diese cuenta, sino que aun lo habia tolerado.

No costó mucho trabajo echar mano al reo, pues se hallaba en la plaza y esperaba que se le llamase. Declaró que se habia llevado el fardo, para que no quedase ilusoria una acusacion que pensaba hacer contra mí, y para en el caso que no qui-

siese pagarle, cobrarse por su mano.

Expuso con mucho calor que cuando yo llegué al país me alquiló tres casas, una para mis intérpretes, y dos para mí, por todo el tiempo que permaneciese en la banza. Confesó que le habia pagado antes el precio que me habia pedido, pero que despues solole habia dado algunos vasos de aguardiente, y varios adornos para sus mugeres, proceder indigno de un personaje tan rico y tan ilustre. Sola esta circunstancia le daba un derecho para robarme. Sin embargo se prestaba á renundiar á él, y á contentarse con lo que yo le diese voluntariamente. Me dijo que tenia que hacer otra reclamacion bien diferente é importante, y que ciertamente no me atreveria á negarle. Le interrumpí para invitarlo á que se esplicase, porque era el único medio de saber si me parecia justa su demanda. Díjome entonces que habia yo cometido en su casa dos crímenes que le harian perder la propiedad, sino encontraba medio de purificarla de las manchas con que la habia profanado. Me preguntó en seguida si me acordaba de haber estado enfermo en su casa, y haber tomado en ella un vomitivo.

No necesité mas para conocer lo que queria. No se trataba ya mas que de pa-

gar una multa la menor que pudiese, porque estaba seguro de que el Sobá aprobaría su demanda.

Recordé que muchas veces habia preguntado por qué en aquella banza salian de sus casas para tomar un medicamento. Nunca me habian respondido, porque no querian que tomase las precauciones oportunas para librarme del pago de la multa, en que esperaban que habia de incurrir.

La parte contraria despues de haber espuesto con calor el crimen que habia yo cometido por haber caido enfermo en las tierras del Soberano, á quien por este delito debia pagar una multa, añadió: "Seria una injusticia que por culpa de este blanco perdiera yo mis casas: debia haber salido de ellas la víspera de su enfermedad. A este crimen se agrega el de haber profanado mi habitacion y la senzala misma, tomando un vomitivo dentro de su recinto. Ha cometido, pues, un doble crimen y ha sido causa ademas de que haya ofendido al Soberano á quien pertenece la ciudad. Por el primer crimen reclamo del blanco el valor de dos esclavos, y por el segundo una pipa de aguardiente y el valor de otro esclavo."

En seguida tomó el Sobá la palabras, y me preguntó si confesaba los crímenes

de que se me acusaba. En otro caso debia decidir la cuestion el adivino.

Habiendo contestado que todos sabian que habia estado enfermo, pues que lo estaba todavía, y que tomaba todos los dias medicamentos para restablecer mi salud, me condenó el Sobá á pagar al actor dos esclavos, exigiéndome un barril de aguardiente por gastos del juicio, y diciéndome que dejaba á mi generosidad hacerle un regalo por la imparcialidad con que habia administrado justicia.

Me conformé con la sentencia, mandé traer un fardo á la banza y dí una pieza de tela al soberano y un barril de aguardiente. Aunque hubiese sabido antes la ley que prohibe tomar ningun medicamento en casa de otra persona, no por eso me hubiera cuidado menos, ni me hubiera espuesto al aire para librarme de pagar la multa que acababa de aprontar. Me consolaba al menos de aquel robo, haciéndome cargo que no sería el último que tendria que sufrir de semejante especie. Me figuraba que serian mayores las impertinencias y vejaciones á proporcion que me fuese alejando de la costa.

Solo llevaba conmigo una gran cantidad de géneros para dar á los que me pi-

diesen, y de esta manera proporcionarme los medios de atravesar los países desconocidos, donde pensaba penetrar. La codicia insaciable de los negros me armaria lazos, que muchas veces no podría evitar. La ignorancia de sus leyes y usos debía esponerme con frecuencia á incurrir en acciones que mirarian estos pueblos como crímenes. Resignado á pagar las multas que se exigiesen de mí, el único inconveniente de aquel espolio, era que siendo muy frecuente me veria obligado á andar menos de lo que me habia propuesto recorrer.

Antes de salir de la banza, fui testigo de la distribucion que se hizo de cuanto se me habia quitado. El Sobá sacó dos terceras partes de los efectos, que repartió entre sus mugeres y algunos nobles, reservando muy poco para sí. Hubiera corrido gran peligro no mostrándome generoso, pues tenia que atravesar dilatados bosques antes de salir de los estados de aquel gefe, y en ellos podian robarme y asesinarme. Necesitaba, pues, su proteccion por muchos dias. No teniendo ningun pretesto para atacarme, estaba yo persuadido de que no se atreveria á hacerlo, temiendo que un soberano vecino tomase mi defensa, y lo atacase. Me separé de él, despues

de haber bebido á su salud, y de manifestarle que le deseaba toda clase de prosperidad.

Aunque sufria continuas calenturas que destruian mi robustez, no dudaba un momento en continuar mi viaje. En ninguna parte podia estar peor que en aquella ciudad, donde muchas veces al dia sufria vejaciones capaces de aumentar mi enfermedad. Pensaba en buscar un parage mas á propósito para restablecer mi salud, y hacer al mismo tiempo nuevas observaciones.

Los naturales de Tamba son altos y robustos. Solo comen una vez al dia, á las cinco de la tarde. Por la mañana beben onalo para desayunarse, y no toman mas hasta la tarde. Sus casas por la mañana parecen unos ventorrillos. Beben aguardiente como agua, y en gran cantidad sin emborracharse. Rara vez tienen menos de cuatro mugeres: no las compran como sucede en las posesiones portuguesas, y basta solo que un hombre pida una joven á sus parientes: despues que estos se la conceden, ya es suya como si fuera una esclava. Puede vender sus mugeres, quando se harta de ellas. Queda libre sin que merezca ninguna reprehension de los parientes, ni adquiera una mala reputacion que

le impida en adelante unirse á otras mugeres.

Nunca hablan de pie; se ponen en cuclillas, y mientras hablan hacen señales con el dedo en el suelo, ó sobre su cuerpo, si quieren espresar alguna cosa que les toca personalmente. Por ejemplo, se muerden el dedo para dar á entender que han hecho alguna cosa que merezca castigo. Marcando dos líneas paralelas sobre el estómago, y una horizontal en el cuello, se indica que tal accion merece pena de muerte. Entienden por ella la muerte civil, que trae consigo la esclavitud: no conocen la pena capital.

Hay entre los negros una union admirable. Reparten todo lo que tienen. Si estuvieran doscientos reunidos, todos habian de probar de un solo vaso de aguardiente que se les diese. Cada cual se contentaria con mojar los labios para que hubiese para todos. Esta costumbre es sagrada para ellos; y el que falte á ella, merece el desprecio de todos por el egoismo que ha mostrado. Hasta el mismo soberano distribuye al pueblo las telas que recibe por los esclavos, y tambien se reparte aguardiente los dias de festividades públicas. En ellas se mata un puerco en honor de los dioses, y se come la carne de alguna res muerta en la caza.

Comen los negros todos los dias sin excepcion hipopotamo. Les gusta mucho el pescado, pero son muy perezosos para ir á pescar. Vencian su indolencia por causa mia, y por ganarse algunos pedazos de géneros bonitos. Regularmente me proveian de todo el pescado que necesitaba.

No saben los negros ordeñar las cabras. En general tienen tanta repugnancia á beber leche como á comer huevos. Gustan mucho de la carne de puerco y de las aves. Son sobrios en la comida, pero en la bebida unos borrachos perdidos.

Adoran en aquel canton gran número de ídolos, entre los que hacen el primer papel Muta Calumbo, Quibuco y Zambí. Al menor contratiempo corren los negros á ver al mágico, que les hace beber una copa que contiene el cocimiento de una planta llamada quibechi. Causa esta bebida una especie de embriaguez que es la felicidad para estos pueblos. La he bebido muchas veces y siempre he experimentado una exaltacion, que esparcia en todos mis miembros una sensacion agradable. Olvidaba todos mis cuidados, y concluia por dormirme.

He pintado ya muchos pueblos negros del Congo como muy supersticiosos. En esto tal vez ninguno iguala al de Tamba.

Nadie emprende ni la menor faena, sin que antes haga un sacrificio á sus dioses. Queriendo saber si sería mayor la supersticion que la golosina, me valí de la prueba siguiente.

Mandé llamar á un cerragero que vivia muy cerca de mi habitacion para que viniese al momento á componerme una cadena que estaba rota. Le dije que si me concluia la obra en una hora, le daria una botella de aguardiente, ademas del precio que me habia pedido. El tiempo que le fijaba era suficiente para la obra si la principiaba desde luego.

Me contestó este artesano que no le era posible, porque el sacrificio de uso en semejante caso exigia mas de una hora. Mis palabras fueron inútiles. Prefirió perder la botella de aguardiente, y se preparó á ejecutar las ceremonias acostumbradas. Lo acompañé á su casa, donde lo esperé mientras que fué á buscar las yerbas necesarias para el sacrificio.

Cuando volvió, tomó una gallina y la degolló sobre el parage en que debia trabajar. Untó con la sangre sus martillos y fuelles; la presentó á su ídolo que se hallaba en un extremo de la casa; la desplumó despues y la puso á hervir en una olla para comérsela. Limpió la sangre que ha-

bia en el yunque con yerbas olorosas que habia cogido en el bosque: las partió y las dejó posar en un vasito, que colocó en el umbral de la puera de su tienda.

Si tratase un artesano de ejecutar una obra de gran importancia, sacrificaría un cabrito y un cerdo, y no principiaria su faena, hasta despues de haberse regalado bien y divertido con sus amigos, bajo el pretesto de hacer fiestas á su dios.

Antes de sembrar, antes de la recoleccion, y antes de emprender un viaje, hacen los negros sacrificios que terminan en un festin. El que ocupa á un artesano es el que paga estas funciones, porque se exige de el una retribucion proporcionada al gasto que ocasionan las ceremonias.

En este pais, como en otros muchos habitados por negros, se espia continuamente cuanto hacen los blancos, para tener un pretesto á la menor cosa contraria á las leyes, para apoderarse de cuanto poseen ó hacérselo pagar en cierto número de esclavos.

To ar á los pedazos de madera que se hallan sobre los sepulcros anuncian á uno la muerte de un pariente; dejar entrar en la ciudad un esclavo cargado de cadenas, no impedir que su esclavo toque á una persona libre, ofrecer á alguno para sen-

tarse una caja en que haya hierro, entrar en un templo cuando no está el adivino, mirar con atención á cualquiera que se encuentra en un camino, se reputan por delitos entre los negros, y son los que comete con mas frecuencia el mercader blanco que atraviesa su pais.

Me aproveché de la enfermedad de una de mis esclavas para llamar á un médico y conocer los medios de que se valen para curar las enfermedades. Cuando vió á la enferma, declaró, como ya habia yo visto practicar en otras partes, "que no podia hacer nada sin que antes se consultase al adivino, á fin de conocer la causa de la enfermedad." Lo acompañé casa de de este, á quien hice el regalo de costumbre. Principió su operacion por llenar una olla de un licor de color amarillo oscuro. En seguida hizo gestos y contorsiones espantosas, pronunció palabras mágicas, hizo como que leia en la olla, y dijo que la enfermedad de mi esclava provenia de la pena que le causaba salir de su pais, donde dejaba á un hombre que amaba mucho.

Antes que el oráculo hubiese hablado ya habia yo pagado al médico. De vuelta á mi casa, tratando de aplicar los remedios necesarios, puso una olla al fuego, y

echó en ella agua, y una poca de harina de yuca. Cuando hirvió esto, lo echó en una paleta de hierro hecha ascuas para que se secase y lo dió á comer á la enferma. Despues tomó unos cuernos de cabrito, y la hizo muchos signos sobre el estómago suplicando á los dioses que le diesen la salud.

El médico que va á ver á un enfermo sabe de las personas que se hallan presentes las circunstancias de la enfermedad, y los síntomas que han precedido, de que informa despues al adivino. Pronuncia este su oráculo segun estos informes y por consiguiente acierta alguna vez.

Puede un blanco asistir á las consultas en casa del adivino, pero solo él médico puede comunicar con el. Es muy buena esta precaucion, porque si un blanco consultase á los adivinos pronto seria despreciado su arte. Yo habia dicho mi opinion al médico sobre la fingida enfermedad de mi esclava: esto mismo le dijo al adivino y era preciso que acertára.

Si todos los remedios que administran aquellos truanes fuesen tan inocentes como el que se usó en esta ocasion, no serian sus efectos tan temibles.

Se halla Tamba á los $15^{\circ} 42' 17''$ de longitud, y $10^{\circ} 43' 10''$ de latitud sur, y á

667 toesas sobre el nivel del Oceano. La diferencia que hay de la altura de esta ciudad á la de Pungo Andongo es solo de 400 y tantos pies.

La falda del Gango, entre Tamba y su concurrencia con el Couenza es de mas de 333 toesas, aunque entre dos puntos haya solo una distancia de menos de treinta leguas de norte á sur, y esten casi bajo el mismo grado de longitud. Pungo Andongo se halla á 166 toesas sobre el Couenza. Aunque la distancia tenga en línea recta únicamente tres leguas próximas, no debe esto llamar la atención, porque, como ya he dicho, se halla este presidio sobre una antigua montaña volcánica, que ha cubierto los alrededores de las materias que ha arrojado.

Luego que se pasa el Couenza, principia otra vez á subir el terreno, lo que me hizo pensar, que se halla Tamba situada en el primer terrado de las montañas, que se encuentran mas lejos al sudeste. La disposicion de las colinas y montecillos todos ligados entre sí, muestra que se está al fin de las ramificaciones de aquella cadena. Alejándose de la costa, se eleva el terreno mucho mas á los 13° de latitud sur, que á los 7 ú 8.

El calor de Tamba es escesivo, aun

en invierno. En esta estacion el término medio del termómetro á las ocho de la mañana es de 22° ; á medio dia de 23° ; á las dos de 24° ; á las ocho de la noche de 21° ; á media noche de 14° .

En el verano molestaria mucho una temperatura tan alta, si un viento fresco, que sopla por la mañana de diez á once, y por la tarde de tres á cuatro, no refrescase la atmósfera abrasada.

Es muy grande la humedad de las noches; con todo no es capaz de compensar la evaporacion que se verifica en el dia. La variacion de la brújula era en aquel parage de 14° oeste cuando en Trombetta era solo de 13° .

Tamba es un pais muy montuoso, en que no se encuentran dilatadas llanuras. Los bosques son muy grandes y espesos, llenos de caza, principalmente de ciervos y viadis, y regados por innumerables arroyos.

El arbol mas comun es el panda. Entre los arbustos se distingue el sasa, que produce el *furili*, una semilla blanca de que se sirven los negros como de un vomitivo.

El suelo en general es arcilloso. Las tierras labradas estan distantes de los caminos reales. La única fruta que produce

aquel pais es el platano, y eso poco abundante.

Cultivan las judías, el maiz, el yuca y las cebollas. La tierra es fértil, y muy abundante de ganado menor.

Alejándome de las orillas del Couenza he encontrado roca á muy corta profundidad.

En algunos espacios bastante dilatados se encuentra á algunas pulgadas de la superficie una tierra amarilla muy untuosa.

Cuando me lo permitia el buen tiempo me paseaba por los bosques inmediatos: en ellos se hallan muchos gatos monteses. Una infinidad de negros, que iban á coger miel á los huecos de los arboles, se ofrecieron á acompañarme. No vuelven nunca de estas expediciones sin traer algunos panales de miel que abunda mucho. Pero los que no quieren ocupar en estos dias enteros, hacen unas cajas á manera de colmenas de tres pies de largo, y uno de diámetro. Las abejas las encuentran mas cómodas que los troncos de los árboles, y construyen en ellas sus habitaciones.

Antes de que principien las lluvias para echar á las abejas encienden al pie del arbol leña verde. El humo obliga á estos

;

industriosos animales á dejar su habitacion para ir á construirla en otra parte. La miel toma un gusto de humo muy desagradable.

De ella se hace migundo, bebida agradable, pero que emborracha facilmente. No es dificil la preparacion del migundo. Se echa en un vaso igual cantidad de agua y de miel, se pone esto al sol por ocho ú diez horas. Acabada la fermentacion queda el licor muy claro.

En ninguna parte se encuentran tantas hormigas como en esta parte del Congo.

En los bosques de este pais pueden examinarse á todo placer estos insectos aboriosos.

Las unas abren en la tierra sus nidos como las nuestras, otras construyen sus habitaciones á veces hasta á diez pies de altura, otras hacen sobre la yerba sus nidos, distribuidos en celdillas como las de las abejas y tapados con una cubierta, formada, lo mismo que el nido, de hebras de paja.

Otras estan siempre en el camino, y parece que solo se paran para devorar cuanto encuentran. Hay unas de color encarnadino que atacan hasta á los animales dormidos que encuentran al paso, y se los comen sin dejar mas que el esqueleto. Los

monos, á pesar de su ligereza extraordinaria, manifiestan temer mucho á estas hormigas (1).

Entre los demas insectos de este pais el mas temible, y tal vez el que mas abunda es la termite. Se encuentra por todas partes. Construye en el suelo caminos cubiertos con bóvedas.

Basta poner en el suelo un objeto cualquiera, aun en parages donde no se presume que exista este animal, y al punto aparece. Aunque es muy chico, roe los troncos mas duros.

Cuando queria verlo, no era menester mas que extender una estera en el suelo. A las dos horas habia millares, que devoraban la estera.

Partí el 24, dirigiéndome hácia el sudeste. Hasta dos dias no llegué á las orillas del Enlo que cerca de allí se reúne al Gango. En aquellos dos dias solo anduve por bosques de pandas. Parece que la próvida naturaleza ha querido porporcionar al negro casi á cada paso un remedio que le es necesario. El mal estado de mi salud, que me hacia temer que me diera el sol, no me permitió observar como queria, el interior del aquel bosque.

(1) Al fin de la obra se dará la descripcion de ellas.

El 26 aun no me habia levantado, cuando llegaron á mi tienda unos veinte hombres pidiéndome el desayuno, esto es, aguardiente. Para evitar altercados, les mandé dar dos botellas: querian la tercera que no les dí desde luego, para que no me pidiesen la cuenta. Se marcharon tranquilamente despues de habérsela bebido.

A poco de haberse marchado levanté el campo, y llegué temprano á la habitacion del Sobá cusulo que me esperaba fuese de la banza, por temor de que no fuera á acamparme mas lejos. Le presenté el regalo de costumbre, y me metí en cama, pues en toda aquella jornada me habia atormentado la calentura.

Apenas habia tenido el Sobá tiempo para beberse el aguardiente que le habia dado, cuando vino á pedirme mas.

A fuerza de gritos é insultos queria obligar á mi criados á que me digesen que queria hablarme: pero como les habia prohibido que entrasen en mi tienda con ningun pretesto, se negaron absolutamente á lo que pretendia.

Estalló aquella tarde la tempestad que hacia dos dias nos amenazaba. La miré como el anuncio de las pequeñas lluvias, aunque la estacion estaba poco adelantada: no suelen principiar hasta fines de setiembre.

Por la tarde me hizo visita uno de los nobles del Sobá que me manifestó cuanto extrañaba que le diese tan poco aguardiente, cuando en mi país me habian ratificado para que regalase á mis hermanos negros.

Que le importaba poco que le hubiese adquirido de esta ó de la otra manera, y que pues estaba yo en su casa debia él tener derecho á una parte, por consiguiente que debia enviarle un barril. Esta era la cantidad que tenían derecho á reclamar los soberanos poderosos, cuando yo lo habia tratado á él como á un pequeño Sobá. Añadió que, si le negaba lo que legítimamente podia tomar sin necesidad de pedírmelo, me haria ver que era grande y fuerte.

Esta fanfarronada no me causó ni admiracion ni temor, porque conocia con quien me las habia. Lo envié á su señor diciéndole: "Sin duda el Sobá es grande y poderoso, si el poder y la grandeza consisten en beber bien; pero en cuanto á su fuerza real, le haré ver que es muy poca, si trata de robarme. El ejército de Bailundo, que está en Enlo, me dará auxilio y proteccion si se la pido."

Esta contestacion produjo el efecto que

yo esperaba. El Sobá me dejó muy tranquilo. El temor del ejército de Bailundo contrapesó á su pasion por el aguardiente. Sabia que entre esta tropa habia un gran número de jefes de poco poder.

Que buscaban las ocasiones de enriquecerse á costa de sus vecinos y haciendo tributarios á los Sobás que sometian. No ignoraba que estaba conprehendido en el número de los que debian perder su existencia política. Temia á los soldados de Bailundo altos, robustos y muy agueridos.

Se hallaba este cuerpo de ejército á dos leguas y media de la banza.

Queriendo descansar un dia en este sitio, me importaba que no viniese el Sobá á incomodarme, pero el ruido del pueblo me mortificaba mucho.

Creyendo este gefe que debia yo partir al dia siguiente temprano, vino antes de amanecer á despedirse de mí, y recibir el regalo de costumbre. Le dije que permaneceria todo el dia, y entonces me pidió de desayunar. Figurándome que si lo achispaba, me dejaria descansar, le mandé dar dos botellas de aguardiente, una para él, y otra para sus nobles y pueblo. No quise que repartiese esta última, sin haberse bebido antes lo suyo.

Contento de esta propuesta, que le pareció en extremo agradable, se bebió en dos vasos su botella. Quiso después repartir otra entre sus vasallos; pero el pulso le temblaba. Se marchó á la banza, donde se acostó y durmió hasta la noche.

A poco tiempo, instruido el pueblo del estado en que se hallaba su Sobá, se irritó fuertemente y me acusó de haberlo envenenado. Se reunieron alrededor de mi tienda, y se principiaba ya á invocar contra mí la ley del talion.

Salí con serenidad, y dije á la multitud que su gefe no estaba envenenado sino borracho por haber bebido con exceso. Dijetambien que si querian seguirme iriamos todos á verlo.

El pueblo se convenció de su error, y por un movimiento espontáneo exclamó: viva el blanco! ¡es hermoso y bueno! Ya hemos dicho que esta es la manera de expresar el contento en la lengua bunda.

Me encontré al Sobá en un estado de embriaguez que lo privaba absolutamente de sentido. Lo mandé tapar con un paño, después de haberle hecho tomar agua con algunas gotas de álcali volátil. A las pocas horas volvió á su acuerdo, y vino á pedirme de beber. Ya se deja conocer que tenia un buen motivo para no satisfacer

sus deseos. Le dije que su pueblo habia querido quitarme la vida por haberle dado aguardiente. Se encolerizó contra los que le rodeaban; les dirigió las injurias mas groscras y les prohibió que en adelante se mesclasen en sus negocios. Se marchó no satisfecho de mí, pero muy irritado contra sus nobles que eran la causa de que le negase la cena.

Hacia dos dias que bajaba la temperatura considerablemente. En este dia á las 8 de la mañana marcaba el termómetro 14° ; á medio dia 16° ; á las 2 17° ; y á las 8 de la noche 12° . Dos causas contribuian á esta diminucion de calor, las lluvias y la elevacion del terreno. Desde que salí de la banza de Tamba observé que el pais se elevaba gradualmente. La pendiente del Gango era de 17 toesas por legua. En su curso observé muchas cataratas, sobre las cuales se precipitaban las aguas con una rapidez admirable, y un ruido espantoso. En algunos parages habian penetrado por entre rocas muy duras, y corrian á mas de 200 pies de profundidad. Los negros habian colocado un puente sobre una de aquellas rocas; pero la nube de vapor húmedo que se elevaba continuamente del fondo, mojaba los pies de los caminantes.

Seguí el curso del Gango, que corre por un valle, cortado transversalmente por una cordillera de colinas de roca, cuya altura medí: es de 200 pies sobre la orilla del rio. Mas allá observé que el valle, volviendo á subir, se elevaba mucho, aunque gradualmente.

Observé tambien, que en la parte mas baja de la campiña, es muy ancho el rio antes de cortar la colina de rocas; que las grandes rocas amontonadas en la orilla estaban fuera de su sitio, y que su cáuce es mas profundo en aquel parage que mas arriba. Sus aguas forman un remolino, que las arroja lejos sobre las dos orillas. Debe haber en este sitio alguna olla en que se precipiten las aguas, pues su superficie presenta una especie de embudo, á la verdad poco profundo y sin hacer ruido.

Era claro que la estension que yo habia andado hacia dos dias, formaba la falda de una montaña situada hácia el sudeste. Ademas los rios y arroyos venian todos de aquella parte. Siguiendo en aquella direccion, se eleva el terreno cada vez mas, hasta llegar á una altura verdaderamente prodigiosa. La ciudad de Cusulo está casi á 1000 toesas sobre la de Tamba. El Enlo que se reune con el Gango cerca de la primera, corre con una gran rapidez.

Despues de haber pasado un dia en examinar los alrededores de la banza de Cusulo, y tomar una série de alturas barométricas para conocer el declive de los rios y la elevacion del terreno, me preparaba á continuar mi viaje.

Cuando vieron los habitantes que nos preparábamos á marchar, salieron en tropel de la banza, y se dirijieron á mi campo, en que me sorprendieron los gritos repetidos de mas de doscientas personas. Indicaba esta gente quererse oponer á que me marchase, si antes no les regalaba algunas botellas de aguardiente. Toda la parentela del Sobá, hombres, mugeres y niños corrieron al momento á aumentar la concurrencia. En fin el Sobá y sus nobles seguian de cerca á estos últimos. Manifesté no echar de ver que se hallaba presente toda aquella multitud. Dí mis órdenes á los gefes de escuadra. Los pombeiros y mis intérpretes se colocaron á la cabeza de mi caravana que desfiló en buen orden. La reserva únicamente se quedó conmigo. Cuando estuvo cada uno en su puesto, di la señal de partir, y al mismo tiempo regaló mi gente algunas botellas de aguardiente al Sobá y á los nobles, y yo tiré al pueblo puñados de abalorios: mientras que se los disputaban, me alejé en

mi tipoí. Apenas habia andado algunos pasos, cuando me hicieron volver la cabeza los gritos de las mugeres del Sobá, que salian de la banza. Desesperadas de haber llegado tarde, corrian con todas sus fuerzas detras de mí, con esperanza de alcanzarme.

Celebré escapar siquiera una vez de los gritos importunos de estas mugeres, de quienes no habia podido verme libre ni aun á fuerza de regalos. Unas veces para pedir, y otras para dar gracias, daban unos gritos capaces de aturdir, pues parecia que trataban de probar las fuerzas de sus pulmones, ó aventajarse unas á otras.

Los caminos estaban muy resbalosos con las lluvias. Los que llevaban las cargas no podian andar. Aumentaban los obstáculos los troncos de árboles atravesados en el camino, y las ramas, que obligaban á tener que inclinarse para pasar. Ocultaban la bóveda celeste las espesas ramas de los bosques. Las continuas sinuosidades del camino impedian que los de la caravana se viesen unos á otros, y los esponian á caer en los lazos que les hubiesen armado.

Como convenia estar preparados, envié á uno de mis criados para que fuese delante, y entonó la cancion de marcha,

por cuyo medio se consigue que no se separen los negros, que gustan de cantar reunidos. En caso de ser atacados, les bastaría dar un grito, que repetido al punto por todos los demas, todos correrian á su socorro. Fue inútil esta precaucion, pues atravesamos el bosque en cuatro horas, sin encontrar un sér viviente, ni monos siquiera, aun cuando los que yo llevaba conmigo no dejaban de chillar de un modo espresivo, probablemente para hacer entender á los de su especie que habian llegado al honor de ser conducidos en tipoï, pues los llevaba amarrados sobre el mio.

Me hallaba todavía á mas de una legua de la banza de Gouenge, cuando encontré al Sobá que salia á recibirme. Sabiendo mi intencion de pasar por sus tierras, habia querido únicamente disfrutar del regalo que aguardaba á nuestra primera entrevista, sobre todo cuando yo viese su anhelo por hacerme los honores. Efectivamente recompensé su atencion de tanta mejor gana, quanto que me pareció menos grosero que sus cohermanos. Despues que hubo bebido algunos vasos de aguardiente, mandé continuar nuestra marcha y llegamos á la banza, cuyos habitantes estaban ya muy inquietos por la

ausencia de su Señor, que habia salido, acompañado de un solo Macota, sin haber dicho á nadie á donde iba.

Son estos negros altos y bien formados. Las mugeres, sin ser bonitas tienen mas atractivos que cuantas habia visto hasta entonces.

Observé que mientras mas me acercaba á Bailundo, mas risueña aparecia la campiña. Regaban los valles numerosos arroyos, y la vegetacion era mucho mas rica que en los cantones que habia visitado antes. La poblacion parecia mas considerable, las aldeas mas inmediatas unas á otras, y la tierra mejor cultivada.

Al otro dia caminando hácia Bailundo, observé que el terreno se elevaba con bastante rapidez. Era mas alto que el otro por donde acababa de viajar. Al Este y Oeste se veian ramificaciones de montañas, que parecian terminar en un punto situado al Sudeste de aquella banza. No tardé en llegar á villas bien pobladas. Sus habitantes, lo mismo que los de Gouenge, eran altos y bien formados, y tenian un cierto aire vivo y marcial. La curiosidad que manifestaban por verme iba acompañada de una especie de arrogancia. Ni aun las mugeres manifestaban asustarse. No era este un pueblo indolen-

Fue como los que hasta entonces se habian ofrecido á mi vista, desde que puse el pie en el continente africano: eran hombres activos, trabajadores é industriosos. A proporcion que me acercaba á Bailundo, tuve mas ocasiones de repetir la observacion de que aumentándose la elevacion del terreno con respecto al nivel del mar, se aumenta la fertilidad de la tierra, y disminuye el calor.

Aunque el Sobá de Bailundo tenia fama de ser altivo y orgulloso, no dejó por eso de salir á recibirme á las puertas de su banza. Despues de los saludos y cumplidos de estilo, me condujo á las casas que me habia hecho preparar. Le envié de regalo doce botellas de aguardiente, y dos piezas de indianas muy finas. Me anticipé con el fin de que abreviase su primera visita, y me librase de un inmenso gentío que se hallaba cerca de mi habitacion. Le rogué al mismo tiempo diese órden á su pueblo de que no me aturdiese con sus gritos en lo que aun restaba de dia, y se alejase, porque me sentia malo.

Estaba muy cansado, pues aunque el calor no era grande, habia padecido mucho. Esperimenté un abatimiento general, y á muy poco unos escalofrios muy fuertes me anunciaron la fiebre que me

atormentaba, desde que me atacaron por segunda vez las fiebres de Angola. Se puso el tiempo tempestuoso, tronaba á lo lejos, y llovía á torrentes. Bajó la temperatura: el termómetro solo marcaba 10° á las 2 de la tarde; pero á las 6, euando me hallé en estado de tomar razon, estaba á 12°.

La agitacion que me habia causado la fiebre no me permitia trabajar mucho tiempo. Pensé permanecer algunos dias en casa para restablecerme completamente, si era posible, y continuar despues mi viaje.

Supo el Sobá no sin pena que yo estaba malo, no por interés que tuviese por mí, sino porque el estado de mi salud lo privaba de los continuos regalos, que hubiera exigido, si hubiese podido visitarme. En fin, á los cuatro dias, ya no pudo resistir mas á su pasion por la bebida. No se contentó con enviar veinte veces al dia á saber de mi salud, sino que vino él mismo. Me encontró en la cama, lo que le pareció muy mal. Despues de los cumplimientos de estilo, y una conversacion indiferente, concluyó por decirme: «Con que, hermano, vivir ó morir: esto es lo que hay que hacer. Padecer es terrible; antes vale mas morir mil veces. Volveré

á verte esta noche, ó mañana por la mañana.»

Efectivamente vivir ó morir era el lenguaje que debia usar, pues tanto en un caso como en otro debia prometerse grandes ventajas, que no podia esperar en mi enfermedad. Si yo vivia, le haria grandes regalos; si moria, quedaria por dueño de cuanto yo poseía.

El tiempo, que hacia dias estaba lluvioso, no me permitia recobrar mis fuerzas, dando unos cortos paseos por mañana y tarde. Cuando aclaró me levanté, y me dirigí al camino que conducia á las casas del Sobá. Como continuamente me venia espías, supo al momento que habia lo salido, y vino á encontrarme para felicitar-me por mi mejoría. Le hice traer el regalo de costumbre en semejantes circunstancias, rogándole me dispensase de hablar con él. Me encontraba tan abatido que no tenia fuerzas para ello. Andaba agarrado de los brazos de dos negros de mi guardia, y á pesar del cuidado con que trataban de sostenerme, tuve que enviar á buscar mi tipoï para volverme á casa.

El termómetro solo marcaba 11° á las 2 de la tarde, y cerca de las 6 bajó á 10°. Esta temperatura baja me incomodaba, y lo atribuia á la lentitud de mi convale-

cencia. Me hallaba completamente limpio de calentura, sin haber usado en este último ataque ningun otro medicamento mas que el cocimiento de la corteza del panda, que me pareció de mas eficacia que la quina que habia traído de Europa. Continué bebiendo dicho cocimiento, y en breve me encontré en estado de continuar mis observaciones.

Deseando saber si los negros de este canton eran tan supersticiosos como sus vecinos, aproveché mi convalecencia para asegurarme de ello.

Cerca de las casas que yo ocupaba, vivia un carpintero, que tenia un aspecto muy marcial. Le habia hecho muchas visitas, y me habia parecido de talento, y que tenia mucho deseo de instruirse. Lo escogí para hacer una prueba.

Iba á su casa, en el momento que abria la puerta de su cabaña, y le dije que me hiciese dos pequeños taburetes, exigiéndole que los principiase en mi presencia para estar seguro de que no me haria esperar. Al punto me dijo, que no; y como le diese prisa, me dijo, que iba á complacerme en el momento que acabase las ceremonias necesarias para el buen éxito de su trabajo.

Salió á buscar yerbas olorosas, que

machacó con aceite, y de que puso una porcion en un vasito que colocó delante de la imágen de su dios, pronunciando palabras en que pedia que no le acaeciese ningun mal en su trabajo. Puso otra porcion de las yerbas á la puerta de su taller para impedir á los espíritus malignos que entrasen á interrumpirlo. Echó lo que le quedó sobre la madera que debia usar, y los instrumentos de que debia servirse. Cuando acabó su trabajo, mató una gallina en presencia de su ídolo, y con la sangre pintarrageó los taburetes, á fin de preservarse de las enfermedades que podria tener el que se sentára en ellos.

Las casas de la capital de Bailundo, y aun las de todas las ciudades de estas comarcas estan construidas con mucha solidez con sus estacas revocadas por fuera con tierra, y encubiertas por dentro con cañas. Estan cubiertas de paja, y tienen figura piramidal. En el fondo hay una tarima de cañas. Sobre ella estiende el negro su estera para dormir.

Cuando mi salud me permitió salir recorri los alrededores de la banza, y aunque salí por la misma puerta por donde habia entrado, no conocia ya la campiña, pues en ocho dias de lluvias se habian mudado completamente los caminos. Cuan-

do llegué se hallaba el terreno árido y seco, y cuando salí parecía la campiña un soberbio jardín esmaltado de flores. Los arbustos, antes devorados por el Sol, principiaban á reverdecer: algunos tenían ya hojas bastante crecidas: toda la naturaleza se mostraba agradable y risueña. Las infinitas pirámides, formadas por las hormigas en toda la estension de los bosques, desaparecian en medio de una abundante vegetacion. Las sendas poco frecuentadas no se conocian. La yerba estaba ya tan alta, que los cabritos podian comer la que nacia, sin temor de que las fieras les descubriesen desde lejos. Las gallinas no se atrevian á ir á buscar su sustento por medio del laberinto que cubria el suelo. El ganado mayor espresaba con berridos su gozo. No esperaba en vano el cazador, porque estos animales carnívoros se alejaban de los bosques y se creian seguros en medio de tierras labradas, al abrigo de troncos muy elevados, donde sin embargo los amenazaba una muerte segura. Las negras trabajaban alegremente.

Como quisiese examinar de cerca las pirámides que las hormigas construian en los bosques, me mandé hacer un vestido de piel, con el cual y una careta, que me defendia el rostro, me dirigí sin te-

mor á hacer este examen. Abrí con un cuchillo una pirámide, y todas las hormigas salieron de sus celdillas, y en un momento me ví cubierto de millares de estos insectos. Cada celdilla contenia comida, huevos, y algunas hormiguillas blancas, incapaces todavía de seguir á sus madres.

Despues que deshice completamente la pirámide, observé que se prolongaba mas abajo del suelo. Arranqué con cuidado la separacion, que consistia en una corteza de una pulgada de grueso, formada de tierra embadurnada de una especie de betun. Vi las mismas celdillas que en la parte superior, y observé que las hormigas de este subterráneo eran mas grandes y mas fuertes que las de la pirámide. Siete pulgadas mas abajo hallé una nueva habitacion con una pequeña boca, que comunicaba á otras habitaciones. En esta última separacion estaban cubiertas las hormigas de pelo blanco y tenian alas: andaban muy despacio. Las paredes interiores del hormiguero estaban embetunadas de una mezcla muy compacta, que las preservaba de la humedad. En el centro de la habitacion inferior habia una reunion de celdillas, separadas enteramente de las demas, y mucho mas grandes.

Observé que las hormigas se dirigian

hácia otra parte, y las seguí. Marchabau de cuatro ó cinco de frente. Casi á cada veinte hormigas habia una de las grandes que encontré en la habitacion subterránea, y como á cada cincuenta iba una cubierta de bello blanco y con alas.

Estas hormigas se precipitaron sobre mí con mucho furor y en el mayor desorden. Cada una defendia su propiedad y su vida; pero en todo reinaba el mayor órden. Cada hormiga ocupaba su puesto, y parecia seguir á su gefe. Cerca de cien pasos mas allá, vi que entraban en una pirámide que se hallaba abandonada. Observé que las que tenian alas se quedaban á la entrada.

Muchas se me habian metido debajo de la ropa. Sus picadas me causaron vivos dolores que me duraron muchos dias, y aun hubiera tenido que padecer bastante tiempo, si no me hubiese frotado un negro con una yerba medicinal.

En los meses de agosto y setiembre se verifica el paso de la langosta. Vuelan estos insectos en grandes bandadas que muchas veces eclipsan los rayos del sol. El paso dura de cuatro á cinco dias, y este corto espacio basta para que devasten cuanto se halla al paso. Al oscurecer se echan al suelo, y pasan la noche unas so-

bre otras. En algunos parages forman capas de 3 á 4 pulgadas de grueso. La época de su emigracion es muy ventajosa para los negros bajo otro respecto. Hacen muy buenas comidas de estos insectos, que prefieren á todos los comestibles.

En mis diferentes excursiones tuve ocasion de convencerme de que habia en aquella provincia muchas minas de hierro. Está edificada la ciudad á 1166 toesas de altura absoluta sobre rocas ferruginosas. Los naturales saben sacar partido de una riqueza que tan liberalmente les ofrece la naturaleza. Hacen balas de fusil que llevan á los paises vecinos. Pero se contentan con explotar los fragmentos ferruginosos esparcidos por el suelo. Abunda tanto esta materia, que todavía no han tenido necesidad de abrir minas en las rocas. Fabrican tambien hachas y azadones, que llevan á pueblos muy distantes y aliados para cambiarlos por telas. Los negros del Bailundo son los mas industriosos que hasta entonces habia visto.

Abunda el Bailundo en toda clase de comestibles. El buey, la vaca, el carnero y la cabra pastan en los alrededores de todos los pueblos. Los corrales estan llenos de toda clase de aves. El javalí, el cabrito, el ciervo y el elefante abundarian mu-

cho mas en aquellos bosques, si el leon y la pantera no les hiciesen una guerra continua.

Cultivan las judías, el yuca, el mijo, las lentejas y las cebollas. Siembran tambien trigo y tabaco. De la primera especie se coge muy poco, pues los negros no saben sacar partido de esta semilla para su subsistencia, pues solo la emplean en hacer la bebida llamada *onalo*. En quanto al tabaco, solo cogen para su uso, y no sale bueno por que no saben cultivarlo. Esperan que la semilla esté madura para cortar las hojas. Las secan al sol, las lian, y las hacen polvo, cuando lo necesitan. Se hace esta última operacion barriendo las cenizas del fogou, y poniendo las hojas para acabarlas de secar en aquel suelo abrasado: las ponen despues en un pedazo de olla de barro, y las machacan con una piedra redonda. Todos toman el tabaco en polvo, pero no lo fuman porque les parece demasiado fuerte. Lo prefieren á la hoja del pangué (cáñamo) que se cria naturalmente en aquel pais. El modo que tienen de fumar es el mismo que se usa en los pueblos de Tamba, Mussendé, Quinqué y otros muchos cantones inmediatos. Abren un agujero del tamaño de la boca en la estremidad mas estrecha

de una calabaza. Abren otro agujero mas chico á un lado de la calabaza, clavan un cañon de pipa en la parte superior, y llenan de agua la mitad de la calabaza. Cuando quieren fumar, ponen un carbon hecho ascuas sobre hojas de cáñamo, dentro de una pipa, cuyo cañon entra en la calabaza: ponen el dedo en el agujero abierto al lado de la calabaza, y chupan por el agujero que se halla en el extremo mas delgado de la dicha calabaza un humo fresco, porque pasa sobre el agua, y que dejan salir por el agujero donde tienen el dedo grueso.

Los negros del Bailundo reconocen un dios que ha criado el cielo y la tierra, y que cria diariamente á los niños, viniendo al mundo. Pero hacen poco caso de él, porque segun su creencia, no preside ni á la conservacion ni á la destruccion de las cosas, porque nunca oyen hablar de él, y porque les parece que no se cura de ellos. Respetan y veneran mucho á sus ídolos, que todos los dias pronuncian oráculos, contestando á quanto se les consulta, y prediciendo las desgracias que han de acontecer.

Gangazumba es el ídolo que honra mas este pueblo. Lo representan bajo la figura de un anciano en una actitud indecente

con un jóven. El sacerdote de este dios es un hombre de edad, que no puede tener mugeres, y que vive con un jóven. Pronuncia oráculos. Su templo es pequeño, y regularmente se halla al lado del de Quibuco que es vasto y adornado. Una jóven, consagrada al servicio de este último templo, es el órgano de las decisiones del dios, que tambien es muy venerado.

Como alguna vez los sucesos confirman las predicciones de los sacerdotes y sacerdotisas, tiene el pueblo en ellos tan gran confianza, que cree que su felicidad depende absolutamente de la observancia estricta y rigurosa de sus oráculos.

Hay á un lado de la puerta de cada casa una pequeña capilla, llamada la casa de las enfermedades, donde colocan las imágenes de los dioses que preservan de ellas, y en vasos los medicamentos que emplean para curarlos. Al otro lado hacen tambien una pequeña capilla de paja, colocada sobre un palo de cerca de dos pies y medio de alto, y que encierra dos vasos con medicamentos, y la imagen del dios que preserva del escorbuto, que es una enfermedad muy comun en todos aquellos paises.

Creo que produce esta enfermedad el uso de la carne seca ó salada, que es el

alimento diario de estos pueblös, y cuya preparacion es muy sencilla. Cortan en pedazos largos, de una pulgada de grueso, la carne de todos los animales muertos en sus cazerías, como tambien la de los bueyes, y la ponen á secar al sol. De este modo se conserva bien. Principian á salar la carne por echar una poca de sal á la de cerdo.

Los funerales de aquella provincia se diferencian en cosas de muy poca importancia de los que observé en el reino de Angola. Cada pariente ó amigo del difunto debe tirar un tiro de fusil en el momento de enterrarlo, y al fin de las fiestas volver cerca del sepulcro para darle un eterno á Dios disparando otro tiro de fusil.

En quanto á las danzas que se acostumbra en semejantes ocasiones, solo diremos, que las mugeres se ponen á un lado y á otro los hombres; pero formando un círculo que despues al son de dos ó tres batoukes ó tamtanves, y cantando, dan palmadas, volviéndose unos á otros, que un hombre y una muger, principian-do por los parientes mas inmediatos del difunto, salen al medio del círculo haciendo contorsiones estravagantes con los brazos y con todo el cuerpo. Cada uno, an-

tes de volver á su sitio, hace varias piruetas sobre un pie. Otros siguen despues, y los demas sucesivamente, hasta que todos hayan ostentado su agilidad y destreza.

CAPITULO VI.

Carácter de los habitantes del Bailundo. — Salida de este país. — Nos acometen en el camino. — Pruebas de adhesión que me da mi caravana. — Nos vemos acometidos por segunda vez. — Llegada á Quibul. — Quissange. — Aspecto del país.

He hablado antes de los negros del Bailundo, y he dicho que eran activos é industriosos. Pero por desgracia se oscurecen estas buenas cualidades con innumerables defectos. Son pícaros, mal intencionados y crueles, inclinados al robo, y como todos sus vecinos, unos borrachos perdidos. Estos vicios se compensan con un valor que raya en temeridad. Son los primeros en atacar; y muchas veces un hombre solo penetra por robar en las tierras de un gefe vecino. Si de improviso se le oponen diez ó doce enemigos, en vez de huir, se arroja sobre ellos, sin que le contenga la superioridad numérica de sus adversarios. Sorprendidos éstos de tanta osadía, retroceden con frecuencia y huyen. Alguna vez no corona la gloria las empresas de estos hombres valerosos. Tie-

nen por rivales á los habitantes del Bihé, cuyo territorio se encuentra al sudeste de Bailundo, y que les aventajan en la fuerza corporal y en el número. Con todo en 1826 no titubeó el Bailundo en declarar la guerra al gefe del Bihé para obligarlo á devolverle algunos hombres que le habia quitado y vendido contra el tenor de un tratado de amistad que existia entre ambos pueblos. El Bailundo hizo alianza con muchos pequeños gefes de aquellas inmediaciones, que le dieron cuantos hombres tenian en estado de tomar las armas, y se pusieron al frente de ellos contra el enemigo comun. Cada gefe tenia un insulto particular que vengar. Habiendo solicitado la alianza de Bihé, les contestó éste con orgullo ofreciéndoles su proteccion: esto les ofendió en extremo.

El Sobá de Bailundo mandaba el ejército aliado, y contaba con una victoria segura. El Sobá del Bihé esperaba al enemigo en las fronteras de sus estados, donde se dió la batalla, no en un bosque en que la astucia venciese al valor, sino en una llanura dilatada. Por ambas partes se hicieron prodigios de valor, luchando con un encarnizamiento increíble. El Bihé mostró una calma imperturbable. Sus tropas defendieron á palmos su

territorio la mayor parte del día.

Cansado el enemigo de tan reiterados ataques, principiaba á replegarse sobre una aldea inmediata, cuando los soldados del Bihé lo cercaron por todas partes, haciendo tan horrorosa carnicería, que no escapó ninguno de los gefes.

Esta cruel derrota, en que perdió la vida el Sobá de Bailundo, no desanimó á un pueblo tan guerrero. Apenas el nuevo soberano tuvo tiempo de organizar otro ejército, volvió á campaña. En esta ocasion se encaminó al Norveste, y penetró en el territorio sometido á Portugal, en que no halló la misma resistencia que en el del Bihé.

La ambicion de los del Bailundo se dirige á apoderarse del pais que se estiende entre su territorio y la orilla del mar. Han sometido ya á muchos gefes; pero aun les faltan algunos, á quienes no sera fácil subyugar, pues no lo han conseguido los portugueses, sin embargo de llevar á la cabeza de sus batallones muchas bocas de fuego.

No es de admirar que los negros del Bailundo hayan inventado todos los medios posibles para robar á los que van á comprar esclavos á sus tierras. Han llegado al extremo de hacerles pagar las mul-

tas que debian otros, reservándoles la facultad de entenderse con los que legítimamente las debian. He presenciado el caso siguiente. Convidado á comer en casa de un comerciante de esclavos, ibamos á sentarnos á la mesa, cuando á la fuerza entraron en su casa como unos cuarenta negros, y le quitaron dos barriles de aguardiente y dos fardos de telas. Cuando salieron, dijo uno de ellos: "Somos de una libata (aldea) vecina. Estas mercaderías nos servirán para cobrarnos el valor de ocho esclavos que me debe un negro de la senzala (pequeña ciudad) inmediata. Ahora, despues que me he hecho pago con los géneros que me llevo, él es tu deudor."

El comerciante fue á quejarse al Sobá, que contestó, que los negros habian debido portarse de aquel modo, pues temiendo á su deudor, era natural que buscasen alguno mas fuerte que ellos, á quien endosasen la obligacion de cobrar, que sin embargo iba á encargarse á algunos de sus macotas que tomasen conocimiento de este negocio, y justificasen si los negros habian tenido derecho para obrar de aquel modo. Concluida la justificacion declararon los macotas, que los negros se habian conducido conforme á la ley, y pidieron por su trabajo un barril de aguardiente, y un

ter fardo de telas, cuyas pretensiones juzgó el soberano por moderadas. El comerciante perdió lo que le habian robado, y ademas tuvo que pagar la mitad del valor del robo á la comision encargada de examinar la legitimidad del hecho. El crédito contra el deudor se litiga y examina ante jueces competentes: pero éste no paga nunca; y si el comerciante pide contra él, tendrá que darse por bien librado si el negro deudor no lo acusa de hacer una demanda injusta, y no lo obliga á pagar otra nueva multa, ó á beber con él el bulungo ó copa de pruebas.

El territorio de Bailundo es de una basta estension. A la manera de los demas pueblos de estos paises, el mismo Sobá administra justicia, y esto le proporciona el medio de hacer esclavos por cualquier friolera á los súbditos que le incomodan, pues la ley clasifica como crímenes muchas acciones que apenas merecen el nombre de faltas. Una equivocacion se castiga con la pena de esclavitud. Tenia yo un cocinero, que fué vendido por haber dejado caer en el suelo alguna pólvora, de la que el gefe de Tamba le habia dado para que la tuviese en un pañuelo: al momento le dieron garrote.

Una mañana, mientras hablaba con

el Sobá, vinieron á decirle, que un negro del canton inmediato pedia permiso para llevar un esclavo al mercado. Lo hizo venir el Sobá, le preguntó como se habia hecho dueño de aquel hombre, y sin esperar contestacion, le dijo: "En la cara te conozco que lo has robado." Al punto mandó que lo amarrasen, y que los dos fuesen vendidos por cuenta suya. A esto se espone el que penetra en los estados de otro gefe.

Me ocupaba un dia en poner una cubierta de cuero á muchos cuadernos de papel, para preservarlos de la lluvia, cuando de improviso entró el Sobá en mi casa. Manifestó alegrarse mucho de que tuviese yo pieles, infirió que debia saber hacer zapatos, y me rogó que le hiciese dos pares. No pude persuadirle de que no era yo zapatero: insistió con el mayor empeño, y concluyó diciéndome que no seriamos amigos hasta que lo complaciese.

Deseando terminar esta conversacion, que era ya molesta, mandé traer una botella de aguardiente, y otra de ginebra. Segun costumbre del pais, las probé antes, y despues se las dí al Sobá. El licor produjo el efecto que yo deseaba: tomó el Sobá la botella de ginebra, se la bebió, y se fue tan contento con la de aguardiente,

:

que dió á un noble para que se la guardase.

Se incomodó el Sobá, cuando principié á hacer mis salidas á los alrededores de la banza, pues mi ausencia lo privaba de los buenos vasos que en mi convalecencia se bebia á cada momento. Por indemnizacion me envió á pedir un barril entero de aguardiente. Como le invitase á que me procurase negros para conducir mis cargas, me los negó, diciéndome, que no podia consentir en perder la compañía de una persona que le era ya necesaria.

Muchas razones contribuian á que apresurase mi marcha. Los vapores que exalaba la tierra cerca de mi casa me incomodaban mucho. Con todo, á pesar del deseo que tenia de marchar, encontraba muchas dificultades para hallar negros, porque ninguno queria seguirme sin el previo consentimiento del Soberano. Impaciente por allanar los obstáculos que se oponian á mi marcha, escribí una carta á un Sobá vecino, que habitaba sobre el camino que debia yo seguir, rogándole que me enviase la gente que necesitaba para llegar á su habitacion. No tardó en saber el Sobá de Bailundo, que algunos de mis negros y un intérprete iban á salir con esta carta. Conoció entonces que su obstinacion iba á hacerle perder el re-

galo de marcha, y que no podria retenerme contra mi voluntad. Se decidió á concederme lo que pedia, y me envió á decir, que al dia siguiente tendria los hombres que necesitaba.

El 4 de agosto, despues de haber regalado al Sobá seis botellas de aguardiente, y dos piezas de telas, salí disfrutando de buena salud. Muchos de los gefes, que habian dado negros, quisieron acompañarme mucha parte del camino para tener ocasion de volver á beber del licor delicioso.

Mi caravana iba delante con uno de mis intérpretes, y con mis criados y pombeiros. Solo se quedaron conmigo algunos criados y negros con cargas y ocho hombres de la guardia bien armados. Caminaba muy tranquilamente observando la campiña, cuando un tiro de fusil despertó mi atencion, y vi detras de los árboles cuatro negros que nos dirigian la puntería. Tomé un fusil de manos del que lo llevaba, y le quebré las piernas á uno de estos tunantes, que cayó al suelo dando gritos agudos. Mis negros corrieron tras de los ladrones, y aunque los siguieron hasta muy lejos, no pudieron coger ninguno.

Creyeron estos bandidos, que aterrados mis negros al primer tiro, echarian

á correr. Solo eran siete y tuvieron la osadía de acometer á veinte y nueve, y con ellos un blanco, á quien todos los negros miran como de una destreza superior, tanto en el ataque como en la defensa.

Dejamos en el bosque al negro herido, y proseguimos nuestro camino sin ninguna dificultad. A las once llegué á la orilla de un riachuelo, donde hallé mi caravana esperando mis órdenes. Habian ya levantado chozas, y se ocupaban en preparar la comida. Hasta mi cocinero estaba afanado, figurándose que descansaria yo en aquel parage, pues para encontrar agua corriente en aquella jornada, era preciso andar una distancia de mucha consideracion.

Apenas entré en mi tienda, me rodearon mis negros para referirme que habian sido atacados, y que habian defendido sus cargas. Me digeron que solo uno habia dejado la suya, porque sin duda estaba de acuerdo con los ladrones, y creia que los demas seguirian su ejemplo; que se habian repartido la carga de este para evitar que se perdiese.

Supe apreciar una accion tan rara entre negros, y comprendí el motivo de haber preparado sus cabañas con tanta precipitacion. Esperaban una fiesta. No se

frustraron sus esperanzas, pues les di algunas botellas de aguardiente y un buey que mandé comprar á un gefe vecino. Mi generosidad los dejó satisfechos. Algunos se ofrecieron á acompañarme hasta el Bihé, y aun mas allá, si yo queria.

Luego que quedaron todos tranquilos, fuí á examinar una colina, que me habian pintado como muy rica. Se hallaba casi á media legua de nuestro campamento: estaba formada de eschitas micáceas en hojas del grueso de seis líneas próximas: cuando les daba el sol, parecian hojas de lata: esto habia exaltado la imaginacion de aquellos hombres groseros. Se halla esta colina cortada perpendicularmente en muchos parages. Su lado occidental está bañado por un arroyo, que corre hácia el oeste, regando un valle poblado de magestuosos árboles: el aspecto de este sitio es magnífico.

En el fondo de este arroyo se veian muchas piedras transparentes, capaces de ser labradas. El agua es blanquizca, aunque la tierra inmediata es amarilla: tambien es un poco amarga. En aquella expedicion maté una corza, que vino á beber al arroyo.

El resultado de mis observaciones barométricas me admiró, cuando reconocí,

que la llanura en que me encontraba se hallaba 300 pies mas baja que la otra en que habia estado por la mañana: sin embargo no habiamos bajado ninguna altura ostensible.

Por la tarde me hicieron visita algunos Sobettás de las inmediaciones, que no habian oido con indiferencia que atravesaba yo su territorio. Fueron muy moderados en pedirme, ó mas bien, se contentaron con lo que yo les dí.

Al dia siguiente me sorprendió mucho ver mi caravana pronta á marchar, cuando descorrí las cortinas de mi tienda, aunque no eran todavía las cinco de la mañana. Uno de mis pombeiros vino á pedirme licencia para marchar, porque querian llegar temprano á las orillas del Cuvo, á fin de pasar el rio aquel mismo dia si era posible. Me dijo que uno de los gefes habia salido dos horas antes á fin de que los barqueros estuviesen prontos para cuando yo llegase. Encantado del celo de mis negros, les dí la órden para marchar, encargándoles que no pasasen el rio antes que yo llegase.

Los negros que me acompañaban se dieron prisa á doblar mi tienda para seguir á sus compañeros.

Determiné caminar á pie para gozar

de la hermosa perspectiva que ofrecia el camino, y de la frescura de la mañana. A una muy corta distancia encontré en el camino un precioso pedazo de amatista, y deseé saber si encontraría mas. Pero ninguno de mis negros los habia visto nunca. Un Sobettá me informó, cuando llegamos á las orillas del Cuvo, de que habia muchas amatistas en las montañas que veíamos al norte. Se hallaban estas muy distantes para que pudiese ir á reconocerlas sin variar el plan que me habia propuesto. Verificado el paso del rio, nos acampamos en el territorio del Sobá Quibul, que es uno de los ladrones mas osados de este país.

Se encendieron grandes hogueras, se cercó nuestro campo de una estacada, y se colocaron las centinelas para evitar una sorpresa. Estaba esperando que viniese á visitarnos alguna cuadrilla de ladrones, pues no podia ignorarse mi llegada, ni las mercaderías que llevaba. Sin embargo ni aun las fieras interrumpieron nuestro sueño.

Nos pusimos en camino temprano, y atravesamos la parte septentrional de un bosque, conocido por una guarida de ladrones. Es muy espeso, y está cercado por todas partes. Nos acampamos á las

once de la mañana á las orillas de un arroyuelo, y los cazadores salieron á buscar caza por el bosque.

Nos amaneció el día siguiente sin haber visto mas criatura viviente que algunos monos y dos serpientes. El tercero y cuarto día se pasaron del mismo modo; pero al quinto por la mañana en el momento de ponerse en camino la caravana cayó muerto uno de mis negros de un tiro de fusil que le levantó la tapa de los sesos.

Los demas, viendo muerto á su compañero, dejaron los fardos y persiguieron á los bandidos que huian á todo correr. Cogieron dos, á quienes mandé cargar de cadenas. Las proximidad de la banza del Sobá Quibul me hacia creer que serian vasallos suyos aun cuando lo negaban absolutamente.

Conforme á la ley del pais que condena á esclavitud á cualquier hombre cogido en fragante delito eran esclavos míos los que acababa de apresar. Pensaban hacer con ellos un regalo al gefe, á cuya banza ibamos á llegar. Ninguna otra ocurrencia nos inquietó en el resto del viaje, hasta que llegamos á la banza del Sobá á eso de las dos de la tarde.

No admitió dos esclavos que le ofrecí

y me dijo: " Si yo los recibiese seria para darles la libertad porque son mis súbditos; pero esto no me es ya posible pues se ven cargados de cadenas: solo ellos pueden recobrar su libertad ó escapándose, ó matando á sus señores."

Le mandé dar varias piezas de telas y aguardiente que le gustó mucho.

Mandó traer comestibles para mí me y me ofreció guías que me acompañasen adonde quisiese ir mientras permaneciese en su banza.

Yendo de Bailundo á Quibul me acerqué á la costa, y observé que el terreno bajaba. La banza de Quibul está á 340 toesas sobre el nivel del oceano. Se aumentaba el calor considerablemente, aunque nos hallábamnos en invierno (1).

En mis paseos por las cercanias de la banza de Quibul, ví la fuente del Ynhandagna, que es un pequeño rio, que desemboca en el mar. En las colinas próximas á esta fuente se encuentran muchas piedras finas susceptibles de labrarse, la mayor parte son transparentes.

(1) El termómetro marcha 21° á las 8 de la mañana: 22 á mediodia: 23 á las 2: 20 á las 5; y 18 á las 8 de la noche.

Los innumerables colores que ofrecen los dilatados bosques que cubren las colinas inmediatas presentan una perspectiva admirable. Anduve por ellos sin descubrir ni un árbol ni una planta que mereciese la atención.

Solo estuve tres dias en Quibul, y salí para Quissange. El terreno que se halla entre las dos banzas está poblado de inmensos bosques, muy espesos y regados de trecho en trecho por arroyos que corren á aumentar las aguas del Catumbela. No nos habia ocurrido nada, ni aun habiamos visto ninguna fiera cuando cerca de dos horas antes de llegar á Quissange descubrieron mis negros en el bosque un elefante hembra, seguido de una cria. Todos á un tiempo dejaron sus cargas y con el fusil en la mano persiguieron por el bosque á aquellas fieras, y muy pronto las alcanzaron. Digeron el sitio en que las mataron y volvieron á tomar sus cargas para continuar su marcha. La presencia de una fiera escita á los negros un deseo ardiente de matarla, á que no pueden resistir.

Cuando llegamos cerca de la banza de Quissange, una parte de mis negros se ocuparon en construir las cabañas, y disponerlo todo, y los demas volvieron atras para ir á buscar los elefantes. Volvieron

por la noche y se ocuparon en cambiar lo que les tocaba de esta cazaría por los objetos que necesitaban. La mayor parte de lo que me pertenecía de derecho lo envié al Sobá.

En dos dias no nos dejaron los habitantes de la banza que venian á mi campo por carne de elefante. En las conversaciones que tuvimos me dieron motivo para creer que eran malos y feroces, y que estos eran sus caracteres distintivos. Son ademas ingratos, porque olvidan un beneficio á poco de haberle recibido. Muy supersticiosos, y ejercitados en dar venenos conocen perfectamente las plantas que pueden favorecer sus inicuos designitos, y saben hacer uso de ellas. Son amantes de la caza, en la que son muy diestros.

Dados á la poligamia como los demas negros, apenas pueden conservar el buen orden entre sus mugeres.

El esceso de calor me incomodaba mucho en mis observaciones. Tambien me hacia dañola insalubridad de Quisange, situada entre un pantano y un desierto.

Todas las alturas inmediatas á Quisange son calcáreas, y ofrecen muchas petrificaciones, huesos fósiles, hermosas

dendritas, y señales de pescados muy enteros. Se encuentran tambien en algunos huesos admirables cristalizaciones de bastante regularidad. Abundan mucho las madriporas; parece que se dirigen sus capas de sur á norte y que han experimentado algun trastorno: las conchas de mar se encuentran al lado de las de agua dulce: los pescados junto á huesos de animales terrestres, todo indica grandes convulsiones en la naturaleza. Las montañas vecinas presentan las mismas apariencias, mientras que sus faldas desnudas de yerba, facilitan las investigaciones del observador.

Los naturales aunque de alta estatura son flojos. Tienen el cabello menos espeso que los demas negros del Congo: se lo dejan crecer; se hacen trenzas, y se lo adornan con coral falso y abalorios.

CAPITULO VII.

Salida para Benguela.—Vuelta hácia el interior.—Desierto.—Sobá Nauo,—Costumbres de los habitantes.—Modo de cazar al Leon.—Salida para Quiáca Quibanda.—Ejército.—Llegada á la capital del Bih.—Habitantes.—Modo de hacer la guerra.—Animales.—Descripcion de la capital.—Temperatura.—Salida.—Historia del Bihé.

Habiendo tomado razon de los víveres que me quedaban, conocí que no eran los suficientes para continuar mi viaje. Determiné, pues, dejar mi caravana en Quissange, mientras que iba á Benguela á comprar los efectos que necesitaba. El Sobá me dió habitaciones seguras en que deposité mis géneros. Los negros que debian guardarlos se alojaron en casas bajo la vigilancia de mi principal intérprete, y de algunos criados. No quise llevar conmigo mas que la gente que necesitaba para traer lo que iba á comprar.

A los nueve dias de haber salido de Quissange llegué á Benguela muy cansado aunque bastante bueno de salud que para mi era lo principal. Recobré mis fuerzas,

y todo me anunciaba un éxito feliz en mi empresa.

En dos dias concluí el asunto que habia llevado á Benguela y me volví á Quissange por el mismo camino. Podria haber tomado otro, pero entonces tenia que atravesar un pueblo que segun me informaron era de mala intencion, feroz, é inclinado al robo, y yo no me consideraba con bastante fuerza para resistirlo.

El pais que se estiende entre Quissange y Benguela tiene poco arbolado. El terreno descende continuamente hácia el oeste por una pendiente insensible. El Catumbela tiene una de doce á diez y ocho toesas por legua ; en algunos parages es menos rápida, y á veces llega á dos toesas, cuando mas. Apenas se ven correr las aguas mientras que en otros sitios se precipitan con impetuosidad. En general, el declive hácia la costa es de cerca de diez y seis toesas.

La tierra es arenosa y poco fértil, produce muchos juncos. Los negros que habitan aquel pais obedecen á diversos gefes. Enemigos estos pueblos unos de otros se harian una guerra de muerte, si les fuese posible.

Cuando volví á la banza de Quissange vi que el Sobá me habia cumplido fielmente su palabra. Me proporcionó negros

y partí para el Bihé dirigiéndome hácia el sudeste.

El 24 de agosto, despues de tres dias de fatiga que empleamos en atravesar un espeso bosque en que no habia caminos abiertos, llegué á la orilla del Catumbela, cuya direccion seguí, por huir de un pequeño desierto. La arena estaba blanda y ardiente. Cuando lo descubrí un viento bastante fuerte agitaba la superficie del rio. Empleé un dia en recorrerlo sin descubrir otros vegetales que algunos arbustos espinosos, cuyas hojas estaban secas y negras.

En algunas tierras bajas se encuentra agua á catorce ó quince pulgadas de profundidad. Cuando sacaba un vaso, hervia por mas de un minuto, y tenia el gusto de una disolucion de cal.

Creo que es el agua del Catumbela que se filtra por la arena; porque en cuantas partes la ví observé que el suelo estaba mas bajo que el nivel de las aguas del rio.

Siguiendo el Catumbela nos encontramos al segundo dia unas mugeres que venian á sacar agua. Eran de una aldea que pertenecia al Sobá Nano, y me invitaron á pasar en ella la noche para evitar que me acometiesen las panteras que infestan

las cercanías; pero como era muy lejos del parage por donde se pasa el rio, determiné acampar cerca de allí para atravesarlo al dia siguiente, y llegar temprano á la habitacion del Sobá. Tambien debia temer los excesos á que podrian entregarse mis negros en una aldea famosa por la buena calidad del onalo, segun nos informaron las mugerés.

Apenas habiamos acabado de establecer el campo cuando se presentaron una multitud de gentes en la orilla opuesta. Uno de mis intérpretes, á quien envié con veinte hombres armados para que reconociese á aquellos negros, y les impidiese desembarcar si mostraban intenciones hostiles, volvió á poco diciéndome que era el Sobá Nano que venia á hacerme visita, seguido de muchos de sus macotas y vasallos.

Le rogué que pasase el rio solo con algunos de sus nobles para evitar las contestaciones que podrian suscitarse entre los suyos y mis negros, pues habiéndonos acampado únicamente para pasar una noche, se hallaban esparcidas sin orden todas las cargas y encargada cada una al cuidado del negro que la llevaba, que no dejaria de matar al que tratase de robarle. Le envié tambien á decir que al otro dia iria á dormir á su banza.

Vino acompañado de solo dos macotas. Me manifestó alguna desconfianza, aunque los blancos tienen el concepto de respetar al que no les ofende. Estuvo un momento, y al marcharse le mandé dar dos botellas de aguardiente y cuatro piezas de indiana cuyo regalo lo alegró mucho. Se separó de mí, diciéndome, que me esperaba al día siguiente.

Poco despues me envió un carnero gordo, una binda (calabaza) de onalo, y cuatro pintadas.

El rugido de los leones y panteras nos tuvieron siempre alerta. Dormimos poco, aunque no ocurriese cosa particular. Cuando amaneció, un negro que penetró en un sitio muy espeso del bosque que se dirigia hácia el sur, fué sorprendido por panteras que lo hicieron pedazos antes que hubiese sido posible socorrerlo.

Pasamos el Catumbela muy temprano, y en el mejor orden, á fin de evitar una sorpresa. Al mediodia llegamos á las casas que el Sobá me tenia preparadas. Estaban bien provistas de leña, agua y onalo.

Las mugeres se hallaban casi desnudas. Se adornan el cabello con cintas y cuentas de abalorios. Una tira de tela atada en lo mas alto de la cabeza, les caia sobre la espalda.

Se frotan estos negros el cuerpo con el sebo de los animales que comen. Esta costumbre es necesaria en un clima tan ardiente para que no se abra el cutis.

Los hombres son altos, robustos, y bien formados. Se ponen alrededor de la cintura las pieles de los animales que matan. Se cubren la espalda con otra piel cuyas patas se atan por debajo de la barba. Tienen la cabeza pelada, á escepcion de un mechon de pelos que se dejan sobre cada oreja. Llevan regularmente el fusil á la espalda, el hacha al lado derecho, una cartuchera á la cintura, y la caja del tabaco á la izquierda. Se sientan poco, hablan de pie á las personas con quienes tienen que tratar algun asunto, y se ocupan continuamente en la caza.

La manera que tienen de cazar el leon es muy singular. Cuando descubren las huellas del leon, abren hoyos muy profundos al pie del tronco de un árbol donde amarran una cabra ó un carnero. Tapan despues con cuidado todos aquellos agujeros, y se van á esconder á un sitio, desde donde puedan ver cuando llega el leon. Al momento que lo ven caer en el lazo, van á tirarle algunos tiros de fusil, y no se atreven á bajar al hoyo hasta que estan seguros de que ha muerto. No se alejan por

temor de que las yenas no vayan á devorar el cadaver. No es de admirar que los negros de esta banza sean muy amantes de la caza del leon, pues se conserva religiosamente una antigua ley que obliga al Sobá á dar cuatro piezas de tela al que le presente la piel de estos animales. El que mata ocho gana el título de noble.

Naturalmente veneran mucho estos negros al dios de la caza, al que sacrifican todas las semanas varios cuadrúpedos, ó por lo menos un ave. Creen en la metempsicosis y el fatalismo. Comen poco y beben mucho. Tienen un respeto sumo á su gefe y rara vez lo desobedecen.

Por lo demas son muy vengativos é irascibles y unos grandísimos ladrones. No perdonan ocasion de ir á robar en el territorio de sus vecinos. Esperan en los caminos á los comerciantes de esclavos para robarlos.

A pesar del poco tiempo que estuve en esta banza pude conocer las malas cualidades de sus habitantes. El Sobá salia muy poco de mi tienda, aprovechando los momentos en que no me veia muy ocupado para pedirme de beber. No quise decirle cuando me marchaba por evitar sus molestas despedidas. Levantamos el campo por la mañana temprano,

y antes que abriesen las puertas de la banza, ya estábamos lejos.

El pais que se estiende entre Nano y Quiaca es bastante montuoso, está poblado de árboles y bien regado. Delante de la banza de Quiaca, que se halla á 67 toesas sobre el Nano, se encuentran enormes masas de granito aisladas, todas las cuales forman masas de gran consideracion.

Los negros de Quiaca superan en malicia á los de Nano y ademas son insolentes y embusteros.

Pero se compensan estas malas cualidades con el respeto que tienen á los muertos. Respecto de los sepulcros tienen las mismas costumbres que hemos ya descrito. Muchas familias tienen cementerio particular. Una vinda se muestra por el término de tres meses, en las pocas ocasiones que se deja ver, cubierta de unos andrajos de color azul; en este tiempo no asiste á ninguna fiesta. Debe salir tres veces al dia á horas determinadas para hacer ver á cualquier extranjero que ha perdido su marido, y que bien pronto se verá libre de aquella situacion. Hasta que espire este término no puede entregarse á otro hombre.

De Quiaca pasé á Quibandú que se halla poco distante. Los Sobás de estos

pequeños territorios, aunque independientes en la administracion de sus estados, deben contribuir al Sobá del Bihé con un contingente de hombres en caso de guerra.

Llegué muy temprano á la habitacion de Quibandu que me aguardaba con impaciencia. Esperaba que mi presencia lo libraría de la visita del ejército de Bailundo que debia pasar cerca de la banza de vuelta á sus hogares. Apenas supe que se acercaba un ejército enemigo envié al general que lo mandaba un intérprete acompañado de diez hombres para pedirle su proteccion. Al momento que recibió este gefe mi regalo manifestó á mi intérprete que tenia intencion de venir en persona á hacerme una visita, y dió las órdenes mas terminantes para que se respetase mi persona y cuanto fuese de mi pertenencia. Me envió veinte soldados para acompañar y proteger mi caravana y otros veinte para que me siguiesen á todas partes y ejecutasen mis órdenes. Esta precaucion era muy necesaria, y nos libró de que nos robasen los merodeadores de su ejército.

El cuerpo del ejército se dirigió sobre Quibera, donde solo se detuvo para tomar los víveres que debia facilitarles cada aldea amiga.

Los negros de Quibandu me parecie-

ron en general mucho mas altos que los que habia visto hasta entonces. A manera de los de Nano se ponian alrededor de la cintura las pieles de los animales que cazaban. Se cortan el cabello en forma de casco, y cuando van con su fusil á la espalda deben inspirar terror á sus enemigos.

Observaba que á proporcion que me acercaba á la capital de Bihé encontraba hombres de mayor estatura.

A poco tiempo conocí tambien que eran cada vez mas feroces, lo que no debe extrañarse sabiendo que pasan su vida en los bosques persiguiendo las fieras ó bien en hacer continuamente la guerra de pueblo á pueblo. El aspecto belicoso que los distingue es un resultado de este género de vida. Las mugeres estan casi siempre en rencillas unas con otras y con frecuencia se van á las manos: en su mirar en su gesto y continente se observa la misma fiereza que en los hombres, y á la verdad no les ceden en mala intencion. Me sorprendió mucho encontrar trigo entre los vegetales que cultivan estos negros que ciertamente no saben sacar mejor partido de él que los de Pungo Andongo: usan de un mazo para machacarlo. El trabajo que se necesita para que el trigo sirva de alimento es mas penoso que el que exige

el maiz, por manera que se contentan con esta última semilla aunque conozcan que es mas delicada la harina de trigo. El producto de la corta cantidad de trigo que se coge en el Bihé prueba la utilidad que se podia sacar si se sembrasen tierras de mas estension. He cogido muchas espigas que tenian de ochenta á noventa granos: El término medio podrá ser de setenta. Por la primera vez he visto trigo en estos paises á la altura de mas de setecientas toesas sobre el nivel del oceano.

La banza de Quipeiu, á donde iba despues se halla á 656 toesas sobre el nivel del mar. El aire que se respira es fresco, y el calor siempre moderado.

En el mes de setiembre marca el termómetro regularmente 17° á las ocho de la mañana, 19 á mediodia, 23 á las dos de la tarde, y 16 á las ocho de la noche. Por las noches se deja sentir el frio: es tan abundante el rocío que por las mañanas se podia creer que habia llovido.

No me detuve mucho tiempo en la banza de este Sobá. En tres dias recorrí espesos y dilatados bosques en que vimos un gran número de cebras y huellas de elefantes. Caminamos muy tranquilamente y los negros sin embargo de estar cansados iban contentos.

Siguiendo adelante observé que el terreno se elevaba conocidamente, y me lo confirmaba la rapidez con que corrían algunos arroyos. Al tercer día de marcha era la diferencia de cerca de trescientas toesas. La vegetación me pareció mas hermosa que en los cantones próximos á la costa, y el suelo mas fértil, cubierto de una yerba menuda y espesa.

Cuando llegué á la banza del Sobá del Bihé ví con placer que me tenía preparadas varias casas donde alojarme. Recibió muy bien á mis enviados, los admitió á su corte y los hizo hospedar en casa de uno de sus principales nobles.

Envié á este Sobá un barril de aguardiente, diez piezas de géneros y algunos adornos para sus mugeres. Vino al momento uno de sus nobles para darme las gracias en su nombre y anunciarme su visita. No tardó en venir á hacérmela acompañado de casi todos sus nobles y de una multitud inmensa. Me ofreció varios comestibles y entre otras cosas un novillo y varias pintadas. En seguida hizo señal á los músicos que ejecutaron diferentes trozos de su composición. El pueblo se puso á bailar, y cuando se acabó el baile se levantó el Sobá y marchó muy satisfecho de mí.

Mis barriles de aguardiente me pro-

porcionaron la visita de este soberano por mañana y tarde. Sin embargo no se me presentaba nunca sin pasarme antes recado y preguntarme si podia recibirle. Escogia la hora de comer; se sentaba en mi mesa, no comia nada y bebia mucho.

No cesaba de hacerme preguntas, pues deseaba conocer las leyes europeas. No podia concebir de que fuese mi pais tan poblado que se necesitasen cultivar todas las tierras. Se admiraba de que el número de propietarios fuese menor que el de los trabajadores. Le pareció esto injusto y vituperable. No podia creer que se entregasen los hombres á trabajos duros, mientras que las mugeres estaban descansadas. Tampoco podia imaginarse que un hombre no tuviese mas que una muger. »¿Por qué me preguntaba, se condena á la desgracia una gran parte de la poblacion? Se sorprendió mucho al oir que el número de individuos era casi igual en los dos sexos. Cuando le espliqué la estension de los estados europeos me atosigó con preguntas.

” ¿Por qué, me dijo, son tan poderosas vuestras naciones? ¿por qué vuestros reyes se rodean de tanta pompa? ¿por qué reina en vuestros pueblos mas orden que en nuestros paises? ¿por qué teneis tantas manu-

facturas? ¿por qué poseyendo tantos bienes pretendéis adquirir tierras en nuestros países? “

Multiplicaba las preguntas, y á proporcion que lo informaba de cosas nuevas para él, queria conocer otras particularidades y hasta las menores circunstancias; nunca parecia satisfecho. El vivo deseo que tenia de intruirse me probó que no era un hombre comun, y me persuadí de que si su aficion al aguardiente era uno de los principales motivos que lo llebaban á mi casa, no deseaba menos intruirse que beber, pues no desperdiciaba ninguna ocasion de hablar conmigo.

La banza del Bihé es uno de los dos grandes mercados de esclavos que hay en aquellos paises : el otro está en Cas-sange.

El hombre que lleva esclavos que vender, debe desde luego dirigirse al Sobá para obtener su permiso. Despues va al mercado que está situado fuera de la banza y que consiste en unas cien casas ó menos, colocadas á diferentes distancias de la empalizada que rodea la capital. Estas casas han sido construidas por los mulatos que vienen al Bihé á comprar esclavos por cuenta de los comerciantes portugueses. Cada casa está cercada de almacenes para

depositar las mercaderías, de cabañas para recoger los esclavos que compran, de un huerto y de un patio en que se hacen los negocios. La reunion de las habitaciones y dependencias de una casa toma el nombre de *pombo*.

El precio corriente del mejor esclavo es de ochenta pannos que casi equivalen á ochenta francos. El panno es una medida que corresponde á 30 pulgadas francesas, y que varia segun la diversidad de los pueblos. El valor de un esclavo en el Bihé se espresa por ochenta pannos de géneros de algodón, pero el pago no se hace únicamente en esta clase de tela. El que compra forma una escala en que regularmente se dá por un fusil 10 pannos, por un frasco de pólvora 6, por otro de aguardiente de 10 á 15, segun la voluntad del que compra, por botella 16, en fin tela de algodón por el resto.

El vendedor recibe siempre del comprador una cantidad de agujas y de hilo proporcionada al número de esclavos que vende. Un amigo del comprador que ha servido como de corredor para hacer el negocio, toma por su trabajo un gorro encarnado. A veces entran en el precio regulados por un cierto número de pannos y que se deducen de las bayetas ó de la

cotonia, balas, cuchillos, avalorios, papel y un chaleco ó una casaca de bayeta.

Las cotonias son blancas ó azules, ó rayadas ó á cuadros de diferentes colores, Su ancho es de 36 pulgadas y van de Inglaterra donde las tejen espresamente con arreglo á un modelo á que se sujetan con todo rigor, pues los negros que examinan cada pieza en particular, y con mucha atencion no recibirian la que tuviese una línea de diferencia en el tejido. Llevan siempre consigo una medida que consiste en una cuerda que estienden á lo largo de la pieza que se les presenta. No dejan nunca de pedir algunos pannos de indiana pintada de flores, ó pañuelos: por lo comun se les dá 4. Prefieren la indiana á los demas y géneros, aunque sea mas estrecha que los otros. Las bayetas son azules, encarnadas ó amarillas pero siempre lisas.

La manera de entablar y concluir el negocio de la venta de un esclavo de cualquier sexo que sea es del modo siguiente. El vendedor nunca presenta mas que un esclavo, á menos que no se trate de una madre con sus hijos de menor edad. Se acerca al *pombo*, acompañado de su amigo ó corredor: el uno ó el otro presentan el esclavo, sin ponderar su mérito, á menos que no sea una doncella en cuyo caso

se hace valer esta circunstancia para sacar del mulato un precio mas subido. Este último echa á los dos negros un gran vaso del mejor aguardiente que tiene que es el preliminar indispensable en esta negociacion que á veces dura mucho tiempo, y aun hasta mediodia. Cuando estan de acuerdo en el precio y en los objetos que lo representan, y despues de examinados estos cierra el trato el mulato dando una botella de aguardiente, que es tambien del mejor, y que al momento se la beben. De la borrachera de los dos negros se aprovecha el mulato para mezclar entre los géneros algunos de inferior calidad: el aguardiente que dá lleva la mitad de agua por lo menos.

Mientras que se hace el negocio tiene el mulato la facultad de examinar al esclavo que le presentan con toda la escrupulosidad que quiera, pero hasta el momento de concluirse la entrega de los efectos que se dan en cambio del esclavo no puede este separarse del vendedor para pasar á poder del comprador. Este último no tiene derecho para desliar la cuerda que amarra las manos del esclavo, bajo la pena de verlo pasar de nuevo á la propiedad del vendedor. Este último es el que debe hacer esta operacion y entonces

pasa el esclavo á las cabañas del mulato.

El número de esclavos que se conducen todos los años al mercado del Bihé es de cerca de 6000, en la proporcion de 3 mugeres por dos hombres.

Por lo regular concurren unos cincuenta mulatos para comprar. Los envian á Angola ó Benguela, en pelotones de mas ó menos consideracion, bajo de la vigilancia de algun pombeiro acompañados de una escolta de varios negros que se reclutan en el camino. Se ha visto á estos infelices sublevarse contra los que los conducian y recobrar su libertad dándoles la muerte.

La mayor parte de los esclavos que se venden en el mercado del Bihé son del mismo pais. Lo que hemos dicho antes de los infinitos casos á que por la ley se aplica la pena de esclavitud esplican este hecho. Los negros del Bihé adquieren un gran número de esclavos en las escursiones que hacen sobre el territorio de sus vecinos.

Aunque las habitaciones de los mulatos esten muy distantes unas de otras, no por eso deja nunca el Sobá de ir casi todos los dias á hacer visita á estos comerciantes. Como tiene un derecho sobre cada cabeza de esclavo desea asegurarse por sí mismo de que no se le engaña.

Sus nobles tienen un sumo cuidado en

que se pague religiosamente esta contribucion de que disfrutan una parte considerable.

El que sea aprehendido en el acto de evadirse del pago de este derecho es condenado al valor de diez esclavos pagaderos en el acto.

Los mercaderes estan muy unidos: no tratan de perjudicarse en sus compras, y se sostienen unos á otros. Si se suscita algun altercado entre ellos y los habitantes del Bihé, se reunen contra estos. Uno de ellos tiene el título de capitán del mercado y decide las diferencias entre los comerciantes y el Sobá.

La manera que tienen los Bihenos de hacer la guerra es muy conforme á la naturaleza del terreno. Como los caminos son tortuosos, y en ellos solo puede ir uno tras otro, son los combates de hombre á hombre.

A una señal cualquiera de los combatientes puede huir si teme ó no se halla en disposicion de batirse. La espesura del bosque y las yerbas le permiten ocultarse impunemente. Sucede con frecuencia que los dos ejércitos hacen á un tiempo esta maniobra. Regularmente los ataques como sucede entre los demas negros se hacen por sorpresa á favor de la noche. Se acer-

can de día á una banza procurando no ser vistos y en medio de la oscuridad escalan las murallas y se arrojan sobre el enemigo. Consiguen siempre apoderarse de las mugeres, niños y ganados.

Cuando al acercarse á las murallas, ven que los habitantes estan preparados, se disponen á dar un asalto en regla: rodean la banza, y tratan de penetrar en ella por medio de las armas. Combaten con valor, y no dejan el campo de batalla hasta el último extremo.

Cuando á los negros del Bihé les es posible, escogen una llanura para dar una batalla, se forman en cuadro y se arrojan sobre el enemigo, recibiendo su fuego con una calma y una serenidad admirable. Hacen evoluciones con bastante destreza, y me figuraba que habrian sido enseñados por soldados europeos desertores de las posesiones portuguesas. Me confirmaron en esta conjetura los datos que adquirí despues. Manejan el fusil con una destreza admirable, y lo cargan con mas prontitud que los europeos.

Ocupan en la guerra mas de la mitad del año. Van á cazar diariamente, y al mediodia se reunen á beber con sus amigos. Las mugeres toman parte en estas francachelas. Sentados á la sombra se en-

tretienen en referir los hechos é historias de sus principales guerras. Hablan de los peligros de que han escapado, ó de las desgracias que por mucho tiempo han sufrido: ponderan las proezas del soberano: forman nuevos proyectos: recuerdan la historia de los tiempos pasados, y las acciones ilustres que han merecido á sus mayores la admiracion y el respeto de sus vecinos.

Son los Bihenos tan supersticiosos como los demas pueblos. El dios Hendé (amor) es objeto de su particular veneracion. Su templo, que se coloca siempre junto al del dios de la caza, es mayor que éste. Un mancebo y una doncella estan consagrados al servicio de este templo. A él va á consultar el que trata de tomar una muger. La jóven que quiere un marido, le hace regalos, le suplica que la haga fecunda, y le ofrece adoraciones. Si el dios admite propicio su homenaje, lo declara por boca de su sacerdote, ó de su sacerdotisa, si es un hombre que desea que su amiga le dé hijos.

La jóven que va á implorar al dios entra sola en el templo. Se acuesta en el lecho de la fecundidad, donde el sacerdote le hace las fricciones que se acostumbra. Pasadas algunas horas, va á reu-

nirse con su amante que la espera á la puerta del templo, y que la recibe con muestras de cariño. Entra despues éste último, si trata de tomar su primera muger, en la parte del templo en que se encuentra la sacerdotisa, de quien recibe las instrucciones necesarias para hacer feliz á su esposa. Despues se reune con ella, entran juntos en el templo al son de música, se cierra la puerta detras y consuman el matrimonio.

Salen despues á incorporarse con sus parientes y amigos, que los esperan, y se oye otra vez la música, que los acompaña hasta su casa. Los sigue todo el pueblo bailando y haciendo los gestos mas extravagantes.

Se convidan á la fiesta todos los habitantes de la aldea en que se celebra el matrimonio. Pasan aquel dia en diversiones. A media noche se sacrifica una víctima á los espíritus maléficos para prevenir los males que pudieran causar á los recién casados. Duran las fiestas ocho dias, en que se entregan á todo género de sensualidades.

Las mugeres, lo mismo que en otras partes, se mostraron muy curiosas por verme, pues estos pueblos me creian un monarca poderoso. Estan acostumbradas

á ver á los mulatos, á quienes miran como blancos; pero no los estiman tanto como á los blancos de ultramar.

La capital (1) del Bihé se halla sobre una meseta que parece pertenecer á las altas montañas que se ven al Este. He dicho ya que desde la costa subia el terreno continuamente. Su pendiente en el Bihé es muy conocida hácia el norte. Corren los rios por esta parte con bastante rapidéz, aunque formando muchas vueltas en un espacio de poca estension.

Las casas de la banza estan construidas de madera, revocadas de mezcla y cubiertas de paja. Su figura es cuadrada: en el centro se pone el fuego, y el humo sale por el techo que es de figura cónica. Cada muger tiene su casa particular, y cada negro otra casa en que guarda el *onalo*, sus provisiones, y algun ganado. Se cierran sus casas únicamente con un palo para que no entren los animales. No te-

(1) Está situada esta banza á los $17^{\circ} 14' 30''$ de longitud E., y $13^{\circ} 27'$ de latitud S. La calor media en los dias mas calientes es de 16° á las 8 de la mañana, 23 á mediodia; 27 á las 2; 21 á las 8 de la noche; 18 á las 10; 14 á las 4 de la mañana. En los dias mas frios hay cerca de 8 ó 10 menos.

men á los ladrones, pues basta la pena de esclavitud para que sean muy raros los robos entre los habitantes de una misma aldea. Pero robar á un blanco pasa por un acto meritorio y digno de elogios.

Los bosques de las cercanías de la banza estan llenos del panda. Descubrí en ellos otro árbol, cuya madera amarilla usan los negros para teñir la paja, de que hacen tegidos. La vegetacion es brillante, y el suelo muy fértil. La harina de maiz y la carne de los animales silvestres que matan en sus cazerías, forman los principales artículos de la subsistencia de estos negros, aunque tienen tambien animales domésticos. Aunque el calor no sea muy fuerte en el Bihé, pues se halla este canton muy elevado, estan los carneros cubiertos de pelo, como en los paises próximos á la costa, en que el clima es ardiente. Las cabras son mas pequeñas que las de Europa, y los machos tienen los cuernos corvos aunque puntiagudos. El buey y la vaca son de talla mediana. He dicho en otro lugar que los negros montan los bueyes lo mismo que los caballos: andan muy ligeros y con un paso muy seguro.

Los monos que ví eran bastante chicos, con la nariz negra y lo demas del rostro azul. El gato montés apenas tiene el ta-

maño de los gatos comunes de Europa; y es feróz en extremo. El animal conocido con el nombre de leon es igual á nuestros lobos sin tener melena. La pantera es tambien mucho mas chica que la que ví en el reino de Angola. Solo los ratones son muy grandes y los hay en abundancia. El elefante no se diferencia de los que yo habia visto en paises mas al norte. Las águilas son muy grandes y de color gris, y tienen un moño en la cabeza. Es tambien muy grande el gavilan y en extremo las pintadas. Las gallinas comunes son notables por lo chicas.

Al llegar al Bihé iban mis negros tan cansados que no podian andar. Hacia algunos dias que me habian manifestado una sumision extraordinaria, conformándose á hacer marchas forzadas para atravesar los bosques. Les dí tiempo para descansar, y medio barril de aguardiente y un novillo que el Sobá me habia regalado. Me significaron su reconocimiento con aclamaciones.

Despues que descansaron de sus fatigas, traté de despacharlos, conforme al ajuste que teniamos hecho. El Sobá me prometió darme de sus vasallos, de quienes me respondia: la esperiencia me demostró que no se equivocaba.

Los muchos fardos que encontré en la banza, á donde los habia enviado seis meses antes de salir de Loanda, exigian muchos negros, y no me costó trabajo proporcionármelos. Como los que acababa de despachar habian quedado contentos, hubo competencia entre los habitantes de la banza sobre quien entraria á servirme: el Sobá solo tuvo el trabajo de escoger.

Debía estar muy satisfecho de este jefe. Cuando llegaron los negros que conducian mis cargas, les señaló casas para que las depositasen, y prohibió á sus vasallos que pidiesen nada á mis pombeiros. Habia cuidado de que los encargados de aquella caravana no hiciesen gastos extraordinarios. Su prevision y sus atenciones merecian una recompensa.

Me gustaron los negros que me eligió. Altos, robustos, animosos y de un mirar intrépido hubieran inspirado confianza al viajero mas tímido. Con algunas pieles á la cintura, la cartuchera por delante, la masa, el hacha ó el arco en la mano, y el fusil al hombro tienen un aspecto verdaderamente marcial. Con tales hombres me prometia un éxito favorable en mi empresa, y viendo el anhelo que todos tenían por continuar el viaje, anuncié al Sobá mi determinacion. Aunque sintiese

verme partir, me manifestó, al recibir mi regalo de despedida, que me deseaba toda especie de prosperidades, y me acompañó hasta casi media legua para beber una botella á mi salud.

Yendo del Bihé hácia el norte se pasa por muchas aldeas. La mezcla de la lengua bunda con la benguela indicaba que este pueblo habia tenido relaciones con los que habitan mas al norte.

En la cuarta aldea ví unos ancianos, que sentados bajo un árbol, no manifestaron ninguna curiosidad al pasar yo. No hablaban, y estaban como pensativos. Mandé parar mi caravana, y fuí á sentarme al lado de ellos.

Despues de una corta conversacion, les ofrecí un vaso de aguardiente. No pudieron disimular la sorpresa que les causó este rasgo. Les hice algunas preguntas sobre su pais, é insensiblemente, sin manifestar querer adquirir noticias, pues en este caso hubieran temido decir algo que les hubiera perjudicado, averigué lo que deseaba saber.

Me dijo uno de ellos que en tiempo de la conquista del pais de Angola por los portugueses, formaba el Bihé una parte del reino del *Itumbé Yenené*, que se estiende muy lejos al S. E.

El Itumbé Yenené vió con dolor á su aliado el rey de Angola en guerra con los portugueses, y aun quiso armar á todos sus vasallos para volar á su defensa. Conocia que la ruina de aquel príncipe arrastraria la de otros muchos, que aislados no podrian resistir á los europeos; y reunidos serian capaces de castigar á los extranjeros.

Todos los habitantes de las provincias del Itumbé, á escepcion de los del Bihé, tomaron las armas y se pusieron en camino; pero muy pronto fueron llamados á combatir contra sus hermanos. El gefe que gobernaba en el Bihé contestó á nombre de su pueblo, que sabia hacer respetar el territorio de su soberano, en caso de amenazar una invasion; pero que no queria esponerse á los peligros de una guerra contra una nacion que nunca los habia atacado, ni incomodado. Aseguraba, que probablemente triunfaria, y que entonces orgullosa con la victoria se arrojaría sobre los que la hubiesen provocado: que en este caso debia temerse todo de unos hombres armados del rayo y ardiendo por vengarse. Dijo mas el gobernador, que los negros tendrian propicios á sus dioses, contentándose con defender su pais, y que lejos de estos protectores, de-

berian temer verse abandonados, y obligados tal vez en una tierra estrangera á mendigar un palmo de terreno en que vivir; y que no correspondiendo á ninguna nacion, serian mirados como vagos, á quienes cualquiera podria hacer prisioneros.

Esta contestacion desagradó al Itumbé, que trató de que se hiciese esclavo al que se negase á tomar las armas. Esta disposicion severa encendió la guerra civil. Las provincias del norte marcharon contra las del sur, que pretendian ejecutar las órdenes del Itumbé. Este en persona se puso al frente de su ejército para animar á sus partidarios.

Aunque era superior en número á los sublevados, fue derrotado y obligado á pedir la paz. Los vencedores, que se disponian á atacarlo y arrojarlo de sus estados, le dictaron las condiciones.

El Bihé comprendia las provincias septentrionales del reino de Itumbé. Ni por su poblacion ni por su estension podian igualar á las que habian permanecido fieles á su soberano: solo por su valor consiguieron los habitantes del Bihé recobrar su libertad. Eligieron un gefe, que desde este momento se declaró independiente, sin reconocer otro superior. Este

nuevo estado tomó el nombre del Bihé, que era el del principal territorio.

El éxito de esta sublevacion despertó en este pueblo el amor de conquistas, y antes de soltar las armas quiso dilatar su territorio. Una diferencia que se suscitó entre dos cantones limítrofes que se declararon la guerra, le facilitó la ocasion de conquistarlos uno despues de otro.

Los bihenos, lejos de hacer esclavos á los pueblos que sometian, les conservaban su libertad, y los incorporaban á su nacion. Este modo de tratar á los vencidos les proporcionó infinitos amigos. Muchos pequeños pueblos limítrofes ambicionaron el honor de corresponder al nuevo estado, que se hizo poderoso y generalmente temido y respetado.

Por algunos años tuvieron los bihenos que sostener contínuas guerras. Las hostilidades tuvieron su término, y llegó el caso de no tomar las armas sino para ir á caza. De tiempo en tiempo muestran los bihenos que no han olvidado que su poder les permite medirse con sus enemigos. A veces el deseo de proporcionarse telas ó aguardiente, y de hacer esclavos los estimula á atacar países muy distantes. Hoy no tratan ya de dilatar su territorio, pues esto no los haria mas formidables. El so-

lo rumor de acercarse sus ejércitos hacia huir á los pueblos mas animosos y esforzados de aquellos bosques.

La conversacion de estos negros me sugirió la idea de pasar con ellos el resto del dia. Los animé á hablar, mandándoles echar de cuando en cuando algunos vasos de aguardiente. La atencion con que yo los veía, les hizo contestar con franqueza á mis preguntas. No acabó la conversacion hasta que los viejos, á fuerza de beber aguardiente, se pusieron completamente borrachos.

CAPITULO VIII.

Partida para Canjungas.—Bosques.—Salida para el Guengué.—Producciones.—Llegada á la habitacion del Sobá de Mena.—Rio Cutato.—Habitantes de las orillas de este rio.—Encuentro de unos negros errantes.

No teniendo ya ninguna razon para permanecer por mas tiempo en este punto, partí al otro dia por la mañana temprano encaminándome hácia el norte. Habiendo llegado á las orillas de un arroyo, que se precipitaba furioso sobre la campiña, quise pasar allí la noche. Me hallaba en una altura desde donde, dominando la vista una imensa estension, descubria en el horizonte dilatados bosques. El sol que iluminaba aquel hermoso cuadro se hallaba en la mitad de su carrera: ni un soplo de viento refrescaba la atmósfera: el calor era escesivo, y parecia que convidaba al reposo. Entre tanto habiendo observado una gran variacion en la brújula, traté de averiguar la causa.

Siguiendo las orillas del arroyo no tardé en encontrar piedras ferruginosas en tan gran cantidad que solo las que habia es-

parcidas por encima de la tierra hubieran bastado para dar trabajo á una gran fábrica por mucho tiempo.

Se hallaba el aire de tal modo cargado de las exhalaciones de la salvia, de romero, tomillo, mela y tonda que molestaba. Parecian los negros acostumbrados á estos olores fuertes, pues sazonzaban su comida con una buena dosis de estas yerbas y con pimienta.

Hizo mi gente una abundante provision para todo el tiempo que debiamos emplear en atravesar los dilatados bosques que teniamos delante.

El celo que mostraban mis negros no me permitia pensar en las dificultades que se presentarian. No se les ocultaban á ellos mismos, aunque sin embargo no dejaron por eso de tomar sus cargas con gusto al otro dia por la mañana.

Tuvimos que abrirnos un nuevo camino por entre la espesura de los bosques.

El tiempo estaba caliente y no encontramos un arroyo en que beber. Los árboles no tenian ninguna fruta que se pudiese comer. Como mi mono no quisiese comer las de algunas matas, me pareció lo mas prudente no comerlas tampoco.

Hasta los dos dias no encontramos ninguna cabaña, y entonces supimos que

no estábamos distante de la banza de Canjungas, Sobá dependiente del Soberano del Bihé.

A pesar de nuestras hogueras y de las descargas de mosquetería que hacíamos continuamente penetraron muchas veces en nuestro campo durante la noche las hienas y panteras.

La vista de las primeras casas de la banza de Canjungas nos causó un gran placer, porque nos prometia encontrar agua. Habíamos sufrido una sed tan extraordinaria durante aquella jornada, que nos habia sido bien penosa.

El Sobá de Canjungas no se mostró exigente. Sabia de donde venia yo, y que su Soberano me habia tratado con amistad.

Se contentó con los regalos que le hice, me prodigó mil obsequios y atenciones, y ordenó á sus vasallos que respetasen cuanto fuese de mi pertenencia y me proveyesen de los víveres que necesitaba.

Mis observaciones barométricas me hicieron conocer que Canjungas está un poco mas alto que Bihé. Caminaba al norte para ir despues al nordeste.

Hallé en las cercanias muchos troncos fósiles: ví cebras en los bosques y un gran número de viadis que iban á comer las

hojas de las judías y del yuca cerca de la banza.

El buen tiempo me permitió hacer algunas observaciones solares. Tomé muchas alturas para determinar la latitud. El Sobá tenia el mayor empeño de saber lo que yo hacia cuando miraba en mi horizonte artificial por el anteojo de mi círculo de reflexion. Aplicó el ojo al anteojo pero no pudo ver nada. Examinó mi termómetro y mi barómetro y no era posible que pudiese concebir el uso de estos instrumentos. Me preguntó despues con mucha calma si yo era hechicero, y que uso hacia de todo aquel aparato.

Para evitar en adelante preguntas de esta clase le contesté que tenia la vista debil, y que me servia de un instrumento para conocer, mirando al Sol, la hora que era: que no la podia ver sin el cristal de que me hablaba, porque el Sol estaba muy distante pero al contrario lo veia en mi horizonte artificial. En cuanto al barómetro y termómetro le dije que me servian para marcar mi edad, y que los blancos usaban estas máquinas cuando viajaban lo mismo que los negros.

Se servian de los árboles en que hacian marcas. Quedó satisfecho, y se olvidó de la ocurrencia de que yo era hechicero.

Al dia siguiente partí para Guengué. El camino de Bihé á Canjungas habia sido muy molesto pero mas allá mejoró bastante. Hallé pantanos casi impracticables. Llegamos bastante tarde y rendidos de cansancio á dos aldeas. Sus habitantes se nos mostraron afables y se apresuraron, por una moderada retribucion, á ir á buscar leña y encender fuego para preparar nuestra cena. Estan poco pobladas estas aldeas: sus habitantes muestran cierta languidez muy contraria á la fiereza de los negros que me acompañaban.

Continué mi camino al otro dia y experimenté las mismas dificultades que el anterior. Por todas partes encontrábamos pantanos que en la estacion de las lluvias debian formar un lago inmenso.

Recorrí los montes Caberabera que se dirigen de Sur á Norte, los dejé al oeste, y atravesé el rio Cubango antes de llegar á la habitacion del Sobá Caberabera que depende del gefe del Bihé.

Las aldeas donde estuve antes de entrar en la banza de Caberabera estan regularmente pobladas. La fisonomía de sus habitantes espresaba la fiereza y aun me pareció que tenian una cierta propension á robarnos; pero hubo de contenerlos el aire decidido de mis negros á quienes re-

conocieron por vasallos del soberano del Bihé. Muchos de ellos nos siguieron para ver de que modo nos recibia el Sobá, y saber como se habiau de manejar con nosotros.

Mandé acampar fuera de la banza para evitar una sorpresa. La multitud que nos seguía me hizo desconfiar, y me temia que al menor incidente se realizasen mis presentimientos.

Apenas supo el Sobá que me hallaba acampado, salió de la banza y vino á hacerme visita. La numerosa comitiva que lo seguia aumentó mis temores. Consulté al gefe de mis negros sobre las intenciones de aquella gente y me aseguró que tenian mas fanfarronadas que verdadero valor, y que me respondia de que ninguno se atrevería á exigir nada á la fuerza.

Mientras estabámos hablando llegó el Sobá á mi tienda y se sentó sobre una alfombra que mandé poner en el suelo. Toda su gente se mantuvo á una gran distancia.

Habiendo manifestado al Sobá el gefe de mis negros que era súbdito del Bihé, varió aquel gefe de conducta, se mostró mas afable, y declaró que era yo uno de sus amigos.

Le hize varios regalos y me envió ganado.

:

Al otro dia fuí á campar á las orillas del Cuvo, que en aquel parage es un arroyo bastante escaso. Separa las posesiones del Bihé de las del Guengué, y tiene su desembocadura en el mar al norte de Benguela. Los habitantes de dos aldeas situadas en la orilla meridional no manifestaron buenas intenciones. Si hubiera sido mayor su número ciertamente nos hubieran atacado. Consintieron sin embargo en suministrarnos comestibles, porque sus mugeres no querian perder tan buena ocasion de proporcionarse algunos adornos.

Tomé guias para ir á la habitacion del Sobá de Guengué. Aun tuvimos que atravesar pantanos, por donde era muy difícil adelantar. En una estension de seis leguas no se vé ninguna señal que indique la existencia del hombre. Hasta las inmediaciones de la banza no se ven cabañas ni campos cultivados.

Los muchos negros que antes que yo llegaron á la habitacion de este pequeño gefe, le hicieron concebir esperanzas de que recibiria grandes regalos. Pero mis barriles de aguardiente le sujirieron la idea de que sacaria mas ventaja enviándome antes un regalo para tener el derecho de venir al momento á pedirme de beber.

No habia acabado de establecer mi campo cuando lo ví salir de su banza, seguido de una multitud alborotada, y desplegando toda la pompa posible para hacerme formar una alta idea de su poder. El noble que acompañaba al regalo que me habia hecho, tuvo cuidado de decirme que su señor era pariente del Sobá del Bihé de quien efectivamente se reconocia tributario, sin embargo de no recibir órdenes de nadie.

No tardé en saber que este Sobá mas temido que amado ejercia una severidad escesiva, y que lo respetaban únicamente por temor al soberano del Bihé. Me digeron que hacia infelices á sus mugeres; que sus nobles eran pobres, porque les regalaba lo menos posible; y que les hacia pagar muy caro el honor de su rango, obligándolos á sufrir su mal caracter.

Despues que se marchó, se quedaron en mi tienda muchos nobles, y se quejaron amargamente de su suerte. Sus quejas eran fundadas porque andaban mal vestidos y miserables, se lamentaban de no corresponder á un soberano mas poderoso, rico y generoso. Acusaban de su desgracia á sus dioses, que se habian mostrado inferiores á los espíritus maléficos que en todo les eran contrarios.

Mis observaciones barométricas me hicieron conocer que el terreno bajaba. Caminando hácia aquella banza era el declive bastante considerable.

La tierra de las cercanías es árida. La calor secaba ya la yerba que habia brotado en la estacion de las lluvias: no se veian mas terrenos cultivados que las huertas que habia en medio de los bosques. Las casas son de figura cuadrada y estan contruidas con esmero; la cubierta es cónica. Delante de la puerta en unos haces de estacas se ostentaban las cabezas de los animales muertos en la caza.

Las gallinas y cabras son los únicos animales domésticos. El viadí es muy comun en los bosques. Las cebras no abundan tanto como en el Bihé. El elefante es gigantesco y muy feroz.

Los habitantes de este canton aman la caza, pero por pereza no se ejercitan en ella con mas frecuencia. Cada hombre tiene un fusil que saben componer: los desmontan, limpian las piezas y las vuelven á poner en su sitio. Esplotan las rocas ferruginosas y hacen balas de hierro para su fusiles, hachas, azadones, puntas para flechas, cadenas, y amuletos contra las enfermedades. Manifiestan inteligencia pero son crueles. Las mugeres parecen me-

nos sujetas que en otras partes á las órdenes de sus maridos, y aun muchas veces quieren mandar.

Caminando de Guengué al Cutato me ví obligado á dirigirme hácia el O. E. N. para huir de unos vastos bosques que segun me decian eran muy peligrosos por el gran número de leones y panteras que habitaban en ellos. Estaban absolutamente inhabitados y no se sabia si los regaban algunos arroyos.

El Sobá de Guengué me acompañó bastante lejos, y me dió por guias dos de sus nobles.

Fuimos á dormir á unas montañas poco distantes. Era tan espeso el bosque que atravesamos que tuvimos que servirnos del hacha para abrimos un camino por medio de los árboles entrelazados por infinitas lianas.

Apenas dí orden de hacer alto, se ocuparon algunos de los míos en levantar las cabañas y otros en buscar caza en los bosques inmediatos, porque eran muy escasas nuestras provisiones y nos faltaba carne.

La cazería fué feliz. Mis negros pasaron una noche muy agradable en asar la carne de un búfalo. Pero apenas se habian acostado cuando llamaron los centinelas:

dos yenas entraban en nuestro campo, á pesar de las grandes hogueras que estaban encendidas. Proseguimos al dia siguiente nuestro camino por medio de los bosques y llegamos temprano á cuatro aldeas poco distantes unas de otras. Dependien del Sobá de Guengué aunque rara vez le obedecen, y obran como si fueran independientes.

Muchos de mis negros encontraron en estas senzalas parientes y amigos que dependian del soberano del Bihé. Resultó de esto, que pude estar seguro de que no me robasen, porque previendo los habitantes que serian conocidos, se abstuvieron de un delito que hubieran purgado con la esclavitud.

Llegamos al otro dia á la habitacion del Sobá Mena aliado del Soberano del Bihé. El dia estuvo hermoso y atravesamos una muy buena campiña. Mi caravana caminaba alegremente al son de la música. Algunos amigos de mis negros habian querido acompañarlos para ayudarles á llevar las cargas.

Sabiendo Mena mi llegada me esperaba debajo de un gran árbol cerca de una senda que conducia á su banza.

Me ofreció onalo, que es un modo político de pedir aguardiente; despues me

acompañó, y se mantuvo á mi lado hasta que levanté mi tienda y le dí de beber. Sus vasallos aunque muy groseros respetaban sus órdenes. Temia alguna tentativa de robo porque era la última ciudad aliada del Sobá del Bihé; pero reinó el mayor orden. Se apresuraron á traernos comestibles para cambiarlos por otros géneros: las mugeres preferian á todo los abalorios.

Saliendo de Mena nos dirigimos á la banza del Sobá Quinhé que depende del gefe Butato: teníamos el proyecto de atravesar el rio de este último nombre por las inmediaciones de la senzala cagnala. Sabiendo que teníamos que caminar por bosques habiamos querido traernos por guias unos habitantes de Mena; pero no se determinaron á venir porque teniendo á la vuelta que atravesar un territorio enemigo, temian ser cogidos y hechos esclavos.

No conociendo los caminos, no tardamos en perdernos por el bosque. Lianas, abrojos y espinos nos cerraban el paso. La yerba que era muy alta no nos dejaba ver de lejos. Las hojas de algunos arbustos semejantes á las hortigas de nuestros climas producian en el que las tocaba una picazon muy viva. Los negros andaban poco, y tenian que llevar su palo por delan-

te: no sabíamos cuando saldriamos de este laberinto.

En fin á los dos dias llegamos á la orilla oriental del Cutato. Los habitantes de la senzala Cagnala situada sobre esta orilla son malos y feroces; querian incomodar á mis negros, pero habiendo conocido su firmeza tuvieron la prudencia de no hacer nada que pudiese irritarlos. Nos propusieron cambiar comestibles por los efectos que deseaban. Las mugeres querian principalmente adornos, y muy pronto los abalorios de color de escarlata reemplazaron á los granos del campo con que adornaban su piel negra.

Los hombres querian telas. Algunos me propusieron acompañarme para adquirir con su trabajo las cosas que apetecian. Me informaron de que miraban al Soberano de Cunhinge como á su gefe, pero que por estar muy distantes de su baaza, y próximos á la de otro Sobá se encontraban libres de la obligacion de obedecer á ninguno de los dos.

Al otro lado del Cutato habia otras dos senzalas bien pobladas, pero ninguno de sus habitantes se atrevió á pasar el puente, pues es muy grande el ódio que reina entre aquellos pueblos. Apenas principié á pasar corrieron á ayudarme.

El puente situado sobre un despeñadero del Cutato está formado de cuatro troncos gruesos de árboles sostenidos por estacas, y amarrados fuertemente. No puede pasar mas que un negro de cada vez. La impetuosidad de las aguas que se precipitan con estrépito amenaza á cada momento derribar las estacas comidas y sepultar al temerario que se atreva á pasar sobre aquel abismo. Es tal la fuerza de las aguas que una nube húmeda lo cubre continuamente y aumenta el peligro del hombre que cargado con un fardo, pisa una obra tan débil. Los negros estan tan diestros, que andan muy serenos por estos puentes que solo tienen dos ó tres pies de ancho, y que no estan defendidos por ningun parapeto.

Este puente ha sido objeto de sérias contestaciones entre las aldeas que baña el rio: ninguna queria componerlo. Hubo una conferencia y se injuriaron unos á otros: se siguió un altercado que llenó de rabia los corazones. Los odios se aumentaron en el silencio: el encono adquirió nuevas fuerzas y oponiéndose á cualquier proyecto que tenga por objeto la composicion del puente se llegará éste sin duda á destruir. En este caso no se volverá á levantar, y se concluirá entonces to-

da comunicacion entre las dos orillas.

Por la tarde del primer dia de marcha llegamos al pie del monte Cutato. Paré allí para dar á mis negros un dia de descanso, pues se hallaban muy fatigados de las penosas marchas que habiamos hecho.

Al ponerse el sol bajaron de la montaña y entraron en mi tienda unos veinte negros. Creí al verlos que habria alguna senzala por allí cerca. Habiéndoles preguntado, me contestaron que aunque eran muchos no formaban aldea ni pueblo, ni reconocian á ningun gefe; que cada cual vivia independiente, y que esparcidos por la montaña sin habitaciones fijas robaban las aldeas de la campiña.

El encontrar á estos hombres era para mi un acontecimiento singular, pues me ofrecia la ocasion de conocer usos y costumbres diferentes de las de los negros que vivian en sociedad. De sus contestaciones pude sacar el resultado siguiente. En cuanto á la religion no tienen ideas claras ni jamas se les ha ocurrido reflexionar en lo que serán despues de muertos. Creen que al enterrarlos todo se acabó ya para ellos.

Temen al rayo, no como á una divinidad, sino como á un enemigo que les ha causado grandes males destruyendo sus

provisiones y el botin que se habian proporcionado matando á veces á sus vecinos y á sus mismos camaradas. En fin instándoles á que se esplicasen sobre su odio al rayo digeron que creian que el ruido que se oia cuando estallaba el rayo era causado por el choque de los espíritus que se batian en lo alto; y que cuando les acontecia algun mal era producido por las armas de estos espíritus que caian sobre la tierra. Digeron ademas que no podian decir como estaban hechas las armas de estos espíritus porque nunca las habian visto. Construyen cabañas donde se recogen por las noches, y tienen rebaños que confian al cuidado de sus mugeres é hijos.

Les regalé abalorios y tuve gran cuidado de no darles á probar el aguardiente temiendo que si le tomaban el gusto tratarian de quitarme todo el que llevaba.

Pasaron la noche en mi campo, para estar prontos al otro dia para servirnos de guia en la subida de la montaña. La conocian tambien y nos condugeron con tanta exactitud que lejos de experimentar las dificultades que nos temiámos, subimos por una senda cuya pendiente era bastante suave: á mediodia llegamos á la cumbre sin

gran incomodidad. Nos acampamos cerca de un barranco donde se precipitaba un claro arroyuelo.

Pregunté á mis guias cuando me digeron mis negros que veian una gran multitud de gente salir de un bosque inmediato y me informaron mis salvages de que eran sus mugeres é hijos que venian á reunirse con ellos.

No tardó esta multitud en rodear mi campo, pero se estuvieron con bastante tranquilidad. Cambiaron ganados por abalorios y algunos pedazos de telas. No manifestaron intencion de robarnos. Encendieron grandes hogueras, mataron algunos carneros, y celebraron este dia con una funcion. Despues de comer principiaron las danzas que duraron hasta media noche.

Una desgracia turbó por un momento la alegria general. Un muchacho que estaba sentado cerca del fuego dejó caer sobre sus piernas una olla, llena de agua hirviendo.

Mientras que su madre volaba á su socorro corrieron al bosque muchos hombres y volvieron á poco con algunas hojas de una planta llamada zoza. Las machacaron y cubrieron con ellas las quemaduras del muchacho. Se renovó esta cata-

plasma por la noche y otra vez al dia siguiente por la mañana, y por la noche se la quitaron del todo. El muchacho no sentia ningun dolor, y solo tenia las piernas encarnadas. Me aseguraron que de una quemadura nunca se formaba llaga teniendo cuidado de ponerse la zoza.

Al salir la aurora di orden de marchar. Muchos negros salvages iban delante de mi caravana: otros iban entre mis negros y les ayudaban en los pasos mas dificiles, bajando por la espalda de una montaña, mucho mas escarpada que el lado opuesto. A veces era preciso saltar de roca en roca, y atravesar precipicios y concavidades peligrosas.

Esta montaña es calcárea. En los barrancos se encuentra mucho cristal de roca. A veces se pasa por debajo de vastas rocas que parecen colgadas y amenazar con una muerte inevitable al que se atreva á pisar aquellos lugares. En los parages mas desiertos se encuentran árboles, que parecen tan viejos como la tierra que los mantiene.

Los ahullidos y rugidos continuos de las fieras que habitan aquella montaña deben aterrar á los viajeros que se encuentran con bastante fuerza para rechazarlas. Se multiplican diariamente por

que rara vez le hacen la guerra. Los negros errantes por aquel canton se contentan con hacerlas huir de sus ganados.

No nos ocurrió sin embargo ningun contratiempo, porque los negros son tan mañosos, que se sirven de sus pies como los monos: se agarran á los troncos de los árboles, que sirven de puentes sobre los precipicios y los pasan con facilidad.

Cuando llegué al pie de la montaña, despedí á mis guias, despues de haberles hecho algunos regalillos. Sintieron separarse de mí, y algunos me siguieron hasta la habitacion del Sobá Quinhé, aunque muy distante de su banza y muy molesto el camino.

CAPITULO IX.

Quinhé.— Insurreccion contra la familia del Sobá.— Quinjola.— Odio del pueblo á los blancos.— Encuentro á los guias que me habian servido antes.— Ataque de una poblacion.— Gran número de prisioneros.— Aldea de Salvages — Sobá Cassandé.— Tentativa para asesinarme.— Combate.— Aspecto fisico.— Llegada á Cunhinga — Piedras finas.— Madera que embriaga.— Montañas.— Llegada al Cocianza.— Hechicero.— Divido mi caravana.

Los pantanos que nos separaban del Quinhé eran tan dificiles, que muchas veces estuvieron mis negros para dejar las cargas por salvar sus vidas.

El Sobá de Quinhé se hallaba enfermo, y aun desesperaban de su vida. Sin embargo no dejaron sus nobles de venir en su nombre á hacerme visita. Me hubieran robado, si no hubiesen temido la venganza del Sobá Cutato. Los habitantes de esta banza tienen fama de ser muy malos. Trataron muchas veces de robarme, pero fueron rechazados por la energía y firmeza que mis negros les opusieron.

Hubiera querido dar algun descanso á mi gente; pero me parecia mejor marchar por evitar las contestaciones que indudablemente se hubieran suscitado entre ellos y la poblacion de Quinhé.

A una corta jornada de aqui, encontré en una aldea dos macotas del gefe de Quinhé. Iban á la banza para deliberar con el pueblo sobre la eleccion del sucesor que debia darse al Sobá, y demostrarle la necesidad de llamar una nueva dinastia. Pretendian que la antigua habia perdido sus derechos por sus injusticias y crueldad. El heredero por línea recta no daba esperanzas de un gobierno mas paternal. Decian que era ya tiempo de concluir con los tiranos. Uno de estos nobles estaba muy querido, y se lisonjeaba de llegar al poder. Hacia grandes promesas, y adulaba al pueblo, y parecia contar con el oráculo del dios del rayo, que habia declarado que debian fijar los ojos sobre él. Los demas dioses, cuyo favor le habian proporcionado sus larguezas, se habian tambien declarado en su favor.

Queriendo conocer si seria mayor su ambicion que su golosina, hice un pequeño regalo á este macota. Al punto lo repartió al pueblo, gritando en alta voz, que los bienes del estado pertenecian al pue-

blo. Los habitantes de la aldea, que me parecieron de un carácter suave, lo oían con placer y lo aplaudieron.

Por la tarde, según costumbre, se quiso celebrar una fiesta en honor de los dioses. Rodearon el templo bailando y haciendo las contorsiones más extravagantes. A media noche degollaron una víctima, y arrojaron la sangre sobre una gran hoguera, en que echaron al mismo tiempo yerbas olorosas. Por medio de ramas de árboles introdujeron en el templo las nubes de humo que se elevaban de la hoguera. No dieron al dios más que humo, que efectivamente era bastante, pero á los sacerdotes un cuarto del animal sacrificado. Cuando se acabaron de comer la carne asada, colgaron los huesos de la víctima alrededor del templo, y la cabeza encima de la puerta. Concluida la ceremonia, declaró el sacerdote que los dioses reconocían al macota como la persona que debía gobernar, y á la antigua familia como privada para siempre de sus derechos. Todos los concurrentes dieron grandes gritos, dieron vuelta por tres veces alrededor del templo, y se volvieron después á sus casas. Una insurrección iba probablemente á escluir para siempre del poder á la familia reinante, que parecía haber abusado de su

autoridad. Si la opresion sublevaba á este pueblo, aun en la cuna de su civilizacion, era por que el hombre naturalmente no quiere ser gobernado de un modo arbitrario.

Llegué aquel dia á la habitacion del Sobá Quinjola. Me habian dicho que no lo encontraria en su banza porque se hallaba en la del Sobá del Quinhé, de donde yo venia, que era pariente suyo.

No tenia yo ninguna gana de verlo. Lo que me habian referido de su malignidad me hacia temer dificultades, en caso de encontrarlo. No sin placer supe que temia al Sobá Cutato, de cuyos estados atravesé una parte. Segun me refirieron, era Cutato enemigo declarado de los blancos, y cruel en extremo. Miraba á los blancos como nacidos para castigo de los negros, pues habian venido del otro lado de los mares solo para hacerles la guerra. Los trataba de cobardes, que no se atrevian á luchar cuerpo á cuerpo, y que tenian su confianza en el dios del rayo, que los ayudaba con todo su poder.

El pueblo imitaba á su soberano en el odio á los blancos. Miraban como un horror robar á sus vecinos, y entraban *sin escrúpulo de conciencia* en las aldeas de sus compatriotas, y se llevaban los víveres y

todo el ganado que podian , sin matar á nadie.

Saliendo de la banza de Quinjola, me interné en un bosque bastante espeso. Una senda abierta por los animales monteses, nos ofreció desde luego un camino facil y cómodo. Pero tuvimos que dejarlo bien pronto porque seguia una direccion opuesta á la que me convenia llevar.

Despues de muchas dificultades llegamos al pie de unas montañas, muy semejantes á otras que habia visto algunos dias antes. Los salvages que entonces me sirvieron de guias, vinieron de nuevo á ofrecerme sus buenos oficios. Conocí en aquel momento que me habian engañado los de la aldea inmediata al rio, haciéndome seguir el camino por donde acababa de llegar. Nos acampamos al pie de la montaña. Los guias, que la conocian perfectamente, se fueron á cazar, y me trageron muchos animales pequeños.

Llamará tal vez la atencion que sean tan tratables los negros salvages; pero debe tenerse presente que su corto número no les permitia atacarnos con ninguna esperanza.

Lo mismo que la primera vez, nos hicieron subir fácilmente nuestros guias á lo alto de las montañas. Me informaron al

llegar de que no parecian siete negros cargados que iban delante. Se presentaron á las cinco de la tarde, aparentando mucha tristeza. Desde luego les conocí que estaban borrachos. Refirieron que los habian acometido muchos negros, arrancádoles sus cargas, repartido los géneros, y emborrachándose despues: que entonces, aprovechándose ellos de esta coyuntura, habian agarrado sus cargas y echado á correr.

Me digeron mis guias que todo esto era increíble, pues en aquella parte de la montaña no habia ninguno de sus camaradas, por haber ido todos á las fiestas que se celebraban en honor del difunto Sobá de Quinhé, de don le no debian volver hasta que se elijiese al nuevo gefe. Para probar la verdad de lo que decian, se ofrecieron á acompañar á los negros al parage en que decian haber dejado dormidos á los ladrones. Los tunantes, que aun estaban borrachos, no quisieron consentir en esta proporcion. Su negativa me demostró que era una fábula cuanto me habian referido. Pensé que sería conveniente dar un ejemplo de severidad. Reuní á toda mi gente, y les hice entender lo que acababa de ocurrir, manifestando cuanto me habia desagradado. Pagué á los siete negros lo que les debia, y los despedí de mi

servicio. Todos los negros celebraron esta accion, declarando que habia yo sido justo, y los culpables confesaron su delito. A fuerza de ruegos, consentí en tenerlos como supernumerarios para ayudar á sus compañeros, y sin ganar mas que la mitad del salario.

Mis guias salvages quedaron muy contentos de esta determinacion, pues tenian el mayor empeño en grangearse mi estimacion con la esperanza de obtener muchas gratificaciones. Pasamos la noche sobre la montaña, y partimos al otro dia por la mañana muy temprano, á fin de llegar en aquel dia á una senzala en las orillas del Cutato.

Solo encontramos allí un botecillo de corteza de árbol, en el que solo cabia de cada vez un hombre y el barquero, de manera que no pudieramos acabar de pasar todos al otro lado hasta el anochecer.

Me mantuve con cerca de la cuarta parte de mis negros. Los habitantes de la aldea, que al principio no mostraron ninguna intencion hostil, parecieron dispuestos á atacarnos y robarnos, cuando vieron que se disminuía el número de los nuestros. Mandé formar con ramas una cerca alrededor de mi campo: se encen-

dieron grandes hogueras, se pusieron centinelas, y envié algunos emisarios para que se informasen de la fuerza que tenían los que demostraban amenazarnos. Mis comisionados volvieron á poco con la noticia de que solo habia en la aldea ciento y tantos hombres en estado de tomar las armas, y que no tenían mas armas que flechas, hachas y mazas. Contento con este aviso, exhorté á mi gente á que no temiesen á tales enemigos, aun cuando llegasen á atacarnos.

No habia acabado de hablar, cuando una andanada de flechas, acompañada de ahullidos, nos anunció que se acercaba el enemigo. Mis negros cargaron sus fusiles, se mantuvieron en buen orden y conservaron sus puestos. Cuando los aldeanos estuvieron casi á tiro, una descarga de mosquetería dejó por tierra un gran número de ellos: los demas que no esperaban hallar este recibimiento huyeron á todo correr. Hice bendar á los heridos, que fueron conducidos á mi campo.

El resto de la noche se pasó muy tranquilamente. Antes de amanecer se principió á pasar el rio. Nos llevamos con nosotros los heridos para que nos sirviesen de salvaguardia en caso de un segundo

ataque. Se trasportaron los efectos. Cuando solo quedaron unos veinte hombres, volvieron á presentarse los habitantes de la aldea, y manifestaron querer renovar las hostilidades.

Ya habia atravesado el Cutato, y volví á la orilla en que se hallaban nuestros enemigos, á quienes declaré, que si por segunda vez se dirigian contra nosotros, mandaría cortar la cabeza á todos los heridos, y que cien hombres pasarian despues el rio, quemarian sus habitaciones, y se llevarian á sus mugeres é hijos. Esta amenaza los contuvo. Apenas estuvieron todos los míos al otro lado del rio, les envié los prisioneros heridos.

Mucho sentia no tener guias para atravesar el dilatado bosque que se encontraba en el camino, y que suponía muy difícil de pasar. Pero afortunadamente, y con admiracion de todos, encontramos un camino abierto y libre de toda especie de lianas. A los dos dias llegamos temprano á un parage en que habia muchas aldeas, y cuyos habitantes se mostraron dispuestos á robarnos; pero el amor á su propia conservacion fué superior á su pasion por el robo. Supieron con asombro lo que habia sucedido á los negros de las orillas del Cutato. Veian nuestros fusiles, y cono-

cian los estragos que haria una descarga. Al dia siguiente pasamos por una aldea, cuyos habitantes eran pocos, pero tan feroces como los otros que dejábamos. Se contentaron con algunas cuentas de abalorios que les mandé dar en cambio de comestibles. Fuimos á hacer noche á las orillas de un pequeño arroyo que habia en el bosque. De allí pasé á Cassondé.

Hallé que la pendiente del terreno desde la banza del Bihé hasta Cassondé era de 280 toesas. Ciertamente habiamos seguido la de las montañas, cuyo nudo se halla al E. del Bihé. Apenas se encuentra un palmo de tierra cultivado. Por esta circunstancia no puede juzgarse de la poblacion, porque el negro consume en su subsistencia la cuarta parte que el blanco.

El Sobá Cassondé me recibió con benevolencia. Me dijo que dependia del soberano Cunhinga á quien pagaba un tributo en comestibles y fieras. Tenia este gefe grandes piaras de cabras, y vivia muy tranquilamente.

Los habitantes del canton en que me hallaba, aunque menores en número que los del Bihé, manifestaban tener un carácter tan guerrero como estos, aunque parecian mas salvages. Su lengua se diferencia poco de la del Bihé, con espresio-

nes que le son peculiares, y que segun me informaron correspondian á la lengua de otro pueblo que vivia mas al E.: sin embargo yo entendia sus discursos, y no encontraban ninguna dificultad mis intérpretes al hablar con ellos, cuando estaban de humor de contestar, porque son un poco taciturnos. Su mirar es vivo y amenazador. Solo se pelan la coronilla de la cabeza. Me parecieron poco supersticiosos, y dispuestos á no escuchar las órdenes de sus dioses, sino cuando lisonjeasen sus pasiones ó caprichos. Son muy vengativos, con mucho conocimiento de las plantas venenosas, de que saben hacer uso contra sus enemigos. Muy inconstantes en sus gustos é inclinaciones, y aun en sus hábitos, á la menor oposicion que encuentran emigran de una parte del territorio á otra. Diestros en atacar á los pueblos vecinos, se arrojan sobre sus aldeas por robar las mugeres: no las retienen mucho tiempo, pues apenas se hartan de ellas, las envian á sus casas, donde con mucha paciencia las aguardan sus maridos, sin inquietarse por su ausencia, y consolándose con robar las de las aldeas inmediatas.

El Sobá Cassondé que se me habia mostrado muy obsequioso, me convidó al

dia siguiente á la fiesta del *Nangui*, que es el dios protector de su poblacion. Vino á buscarme con mucha pompa, me condujo delante del templo, y me hizo sentar á su lado. Unicamente mi intérprete se hallaba cerca de mí, pues todos mis negros se quedaron bastante lejos. No tenia ninguna desconfianza.

Para principiari la fiesta se sentaron delante de la puerta del templo dos jóvenes bastante bonitas, que eran las sacerdotisas del dios. El Sobá les dirigió la palabra, y les invitó á que declarasen, si mi llegada al pais era de bueno ó de mal agüero; si venia para hacer bien ó mal; si se debia dejarme pasar ó sacrificarme.... Conocí al momento el peligro en que me hallaba; mis negros lo conocieron tambien; ya estaban en pie, y querian llegar hasta donde yo estaba: todo anunciaba un tumulto sério. Para evitar una catástrofe era preciso manifestar firmeza. Encargué á mis negros que se reuniesen y guardasen silencio.

Las jóvenes estuvieron bastante tiempo turbadas, sin proferir ni una palabra. Por fin se tranquilizaron, y declararon, que el extranjero era amigo del dios, y que todo el mal que se le hiciese caeria sobre su autor.

Todos los habitantes de las senzalas vecinas habian venido armados á las fiestas para ejecutar inmediatamente la órden del dios, pues esperaban que la sacerdotisa pronunciaria la muerte del extranjero. Quedaron muy descontentos del oráculo, murmuraron en altas voces, y por fin se calmaron viendo que mis negros estaban dispuestos á oponerles una vigorosa resistencia.

Una feliz casualidad habia traído la víspera cerca de mi tienda á una de las sacerdotisas. Segun mi costumbre le hice un regalo que consistia en abalorios, en una pieza de pañuelos y varias anas de cintas: esto probablemente me salvó la vida. Desde que entré en países habitados por negros independientes habia tenido siempre la precaucion de ganar la amistad de los ministros de los dioses, conociendo que su proteccion me seria muy útil viajando por pueblos sumidos en la mas grosera supersticion.

Me habia presentado en la fiesta sin ningun recelo, descansando en las pruebas de amistad que el Sobá me habia dado.

Supe despues que apenas habia sabido mi próxima llegada á su ciudad, lo habia preparado todo para sacrificarme, de forma que aquella pompa estaba destinada pa-

ra mi suplicio. Se habian sacado del templo las copas donde debia depositarse mi sangre, y estaban colocadas sobre los tajos de los sacrificios. La fiesta en fin debia ser tanto mas solemne y magnífica, quanto que todos mis negros quedaban hechos esclavos, y se repartian todos mis efectos. Verosimilmente toda resistencia hubiera sido inútil en medio de una aldea muy poblada, cuya poblacion se aumentaba con la concurrencia de todos sus vecinos, atraidos por el deseo de tomar parte en el festin que se tendria con mi carne, y en la distribucion de quanto yo poseia.

Cuando volví á mi tienda, envié secretamente nuevos regalos á las sacerdotisas, ofreciendo bonitos abalorios al dios, para conseguir de los oráculos que me protegiesen contra los ataques que pretenderian dirigir contra mí, cuando saliesen de la residencia de aquel miserable Sobá, que tan bien sabia disimular.

Al otro dia por la mañana me puse en camino bastante temprano. Apenas habiamos andado dos leguas por el bosque, encontramos una banda de negros en emboscada, bastante lejos de sus habitaciones. Atacaron á los de nuestra vanguardia, que sin intimidarse dejaron sus cargas, y contestaron con una descarga de fusilería.

Pero como eran pocos, al fin hubieran tenido que sucumbir, si sus compañeros no hubiesen llegado á socorrerlos. Muchos de los bandidos fueron heridos, y quedaron hechas prisioneras varias mugeres y muchachas que se habian ocultado en el bosque.

Dos de mis negros quedaron gravemente heridos de unas flechas. Afortunadamente se contuvieron á tiempo los efectos del veneno, aplicando unas yerbas medicinales.

Cuando llegamos á las habitaciones de los negros que nos habian acometido, las encontramos completamente abandonadas. Tomamos los víveres que necesitábamos. Mis negros querian pegar fuego á las cabañas, despues de haberse llevado el ganado y aves; pero conseguí persuadirles que nunca conviene arrastrar al enemigo á la desesperacion. Se ataron las manos á los prisioneros, se amarraron todos con cuerdas, y se les obligó á que llevasen nuestras provisiones. Era cincuenta y dos entre hombres, mugeres y niños. Prohibí que se les maltratase, pues estaba seguro de que el gefe Cunhinga, por cuya habitacion debiamos pasar, tendria noticias de nuestra aventura. Era de presumir que las circunstancias serian

desfiguradas ó exageradas; que probablemente me pondrian en mal sentido con este gefe, y que convendria que los prisioneros confiasen en la verdad de los hechos. Mandé que no se les dejase hablar con nadie: destiné cerca de ellos á uno de mis intérpretes, para que me diese cuenta de lo que digesen ó tratasen de ejecutar. Proseguimos nuestro camino, y fuimos á acamparnos cerca de una aldea, cuyos habitantes, aunque pocos, eran bastante salvages.

Mi entrada en el pais de Cunhinga no era nada satisfactoria. Debia temer ataques reiterados. Tomé noticias de la estension del territorio de este gefe, para atravesarlo por el camino mas corto y cómodo. Conocí bien pronto que llevaba buena direccion, pues sus estados, que se estienden muy lejos hácia el E. se terminan al norte en las orillas del Couenza.

Al E. y O. E. teniamos unas montañas, que se dirigian de N. E. á S. O. E.; y al N. las que hacia muchos dias que se descubrian en el horizonte: estaban bastante próximas para poder juzgar de su altura. Fuimos á acamparnos al pie de ellas con intencion de atravesarlas al dia siguiente.

Conocí que eran unas ramificaciones

de aquellas, cuyas cimas habia visto al E., cuando me hallaba en la banza del Bihé. Son de formacion primitiva. Los grandes trozos de granizo que se mostraban al descubierta en muchos sitios de la campiña, me parecieron haber caido de las cumbres, y rodado hasta los parages en que se encontraban.

Subiendo por aquellos montes descubrimos dos búfalos, que asustados al acercarnos, saltaron en un precipicio. Unos negros que encontramos nos informaron de que no nos hallábamos muy distantes de la banza del Sobá Hango, que habitaba en medio del bosque, situado al otro lado de la montaña. Se ofrecieron á servirnos de guias, y me dieron noticias muy útiles acerca de este gefe y de su pueblo, á quienes me pintaron como muy inclinados á acometer á un viajero blanco, y cuya constante ocupacion era esperar en el camino del Bihé á los comerciantes portugueses y robarlos. La idea del peligro á que se esponian, lejos de amedrentarlos, redoblaba su valor. Llegamos al otro dia bastante temprano á la banza de Hango, donde no quise que entrase mi caravana.

Era este gefe teniente general y pariente de Cuahinga, que lo honraba con su amistad y lo consultaba en todos los

negocios de importancia. Le hice un regalo considerable, á fin de evitar todo acto hostil, que me hubiera costado la vida. Me recibió con amistad; pero, segun las noticias que yo tenia, me manejé con precaucion. Me habló mucho de Cunhinga: me lo representó como un gefe muy poderoso, y me manifestó el peligro que corria dirigiéndome hácia su banza, sin haber obtenido antes su permiso; pues podia mirarme como un enemigo, principalmente despues de lo que habia ocurrido con los habitantes de una de sus aldeas, muchos de los cuales habian ido á quejarse á él.

Aprovechándome de estas noticias, mandé preparar un regalo que envié á Cunhinga. Mis comisionados debian anunciarle mi llegada á sus estados, y mi intencion de pasar á su banza, para asegurarle mi amistad. Partí al otro dia para la residencia de Cunhinga, sin esperar á que volviesen mis emisarios.

Me los encontré á poca distancia de la banza de Hango. Habian andado toda la noche, y volvian acompañados de varios nobles de Cunhinga, que traian el encargo de reconocer la fuerza de mi caravana, informarse del objeto de mi viaje, é intimarme que esperase las órdenes

de su señor. Les encargué de nuevo regalos para aquel gefe, declarándoles que iba como amigo, y que solicitaba su amistad y su proteccion mientras permaneciese en sus estados, para que no se renovasen los desórdenes que me habian obligado á apoderarme de cincuenta y dos de sus vasallos. Les referí la historia del combate que habíamos sostenido, y les dije que continuaria mi viaje hácia su banza, y que me detendria antes de llegar, porque estaba seguro de que su gefe no se negaria á ver á un amigo que le llevaba regalos.

Se marcharon despues de haber bebido una botella de aguardiente, y al dia siguiente los encontré muy cerca de la banza. Venian á decirme que su gefe me permitia recorrer sus estados, y me aseguraba su proteccion.

Esto era lo que yo deseaba, aunque no me conduge con menos cuidado y precaucion. Conocia cuanto debia temer á un Sobá poderoso, cuya codicia se despertaría con la vista de unas riquezas que parecerian inmensas al que nada tenia.

Establecí mi campo cerca de la ciudad, y no quise alojarme en las casas que el Sobá me tenia preparadas, porque se hallaban tan bien fortificadas, que pare-

cian unas fortalezas , en que yo hubiera estado como prisionero.

Este poderoso gefe , tan deseoso de verme como de recibir mis regalos , no tardó en venir á hacerme visita. Juzgó que debia prescindir de toda ceremonia por llegar desde luego al objeto que se proponia.

Como ya sabia que estos Sobás no hacen ningun escrúpulo de llevarse lo que mejor les parece , lo recibí á la entrada de mi tienda , en otra que para el efecto se levantó á fin de que no me molestára el sol. Me pareció este monarca negro lleno de orgullo , é infatuado con su limitado poder.

Le entregué los prisioneros que traia. Aprobó mi conducta , cuando supo como habian caido en mi poder. Los declaró por esclavos , y los confió al cuidado de algunos de los nobles que lo rodeaban.

Le hice varios presentes : se me manifestó bastante contento , aunque no dejaba por eso de mirar con aficion los efectos que habia en mi campo : al salir pareció que se marchaba á su pesar. A poco me envió ganado y onalo , y me ofreció de nuevo sus servicios y proteccion. Me envió despues á uno de sus hijos , y á su sobrino para que cuidasen de que todos

me tratasen con respeto. La presencia de estos dos personajes quitaba la esperanza de no ser conocido á cualquiera que tratase de incomodarme. Quedé satisfecho de esta muestra de atencion que me aseguraba de cualquier atentado. Por medio de algunos regalos gané la confianza de estos dos jóvenes. Me confesaron que Cunhinga estaba realmente irritado contra las sacerdotisas del dios *Nanguí*, por haber declarado que su voluntad era que se me protejiese; que este oráculo habia obligado á Cunhinga á abstenerse de todo mal procedimiento contra mí, para evitar que el pueblo lo acusase alguna vez de las desgracias que sobreviniesen á su pais.

Este pueblo es escesivamente supersticioso, y como los demas, de que ya he hablado, está ciegamente sometido á la voluntad de los hechiceros. Sacrifica víctimas humanas, ora para aplacar la cólera de sus dioses, ora para apagar su sed de sangre. Mira á los blancos como á sus enemigos, porque ha oido decir que sus padres los aborrecian, y solo piensa en hacerles todo el mal posible, no por vengar alguna injuria particular, sino porque en otro tiempo arrojaron de sus estados al rey de Angola. Se consideran los negros por tan inferiores á los blancos, que dos

de ellos no se atreverian á ponerse delante de un blanco.

Los negros de Cunhinga son mas pequeños y de menos valor que los del Bihé; pero son robustos y bien formados. Acostumbrados á vivir en medio de los bosques, no piensan mas que en robar. Hasta ellos mismos se roban unos á otros para apropiarse alguna cosa que desean.

Los dioses tienen templos, pero se hallan desiertos. Se les consulta mas por costumbre que por respeto. Ngnuvulu, el gran dios del rayo, inspira á estos negros un temor extraordinario por los estragos que causa continuamente. Una de las supersticiones mas singulares es la del tronco de la adivinacion ó verdad descubierta, sobre lo cual no he podido adquirir mas que unas nociones muy limitadas.

Bandu es el dios de la salud. Sucede con frecuencia, que mientras se le ofrecen sacrificios, muere el enfermo antes de que se le hayan aplicado los medicamentos que le hubieran salvado la vida.

No se barre la casa, como sucede en el reino de Angola, mientras duran las fiestas funerales. Si es un hombre el que ha muerto, la principal de sus mugeres se queda inmóvil en el interior de la casa,

y de hora en hora entona la cancion de los muertos. Cuando muere la principal muger de un negro, se sienta el marido cerca del cuerpo sin hablar una palabra. A media noche se sacrifica una víctima á los espíritus (Zambe); se trae en una media calabaza la sangre caliente, y la colocan al lado de la difunta. Ruegan á los espíritus de sus mayores, que suponen presentes, que le sean favorables; y cuando la sangre está fria, la ponen á cocer, y se la dan á un pariente del muerto. La toma éste, rogando á sus dioses que la incorporen con la suya, y que le proporcione la felicidad en el resto de su vida.

Principian las danzas alrededor de la casa. Todos los parientes del difunto comen y beben, manifestando cuanto desean que disfrute una felicidad eterna. De tiempo en tiempo se le llama por su nombre, y se le ruega que se acuerde de los que deja sobre la tierra, que interceda por ellos, que les prepare en el otro mundo habitaciones cómodas, hermosos jardines y compañeras amables, y sobre todo que les proporcione casas situadas á las orillas de rios claros y sombríos.

Al dia siguiente colocan al muerto sobre una estera nueva en medio de la casa: ponen sus dioses alrededor, y á su lado

en un banquito comida y onalo: lo invitan á que coma, y ruegan á los espíritus de sus mayores que sean testigos de que no le ha faltado nada en vida, pues le ha sobrado todo hasta despues de muerto. Si el muerto es un hombre, todas sus mugeres, escepto la principal, van á sentarse á la puerta, y cantan de tiempo en tiempo la cancion de los muertos.

A la media noche del segundo dia se sacrifica la segunda víctima, y se arroja al fuego la comida que se habia servido al difunto. Ofrecen la sangre de la segunda víctima á los dioses protectores que rodean el cadáver. Asan la carne del animal, cada uno bebe una gota de su sangre, y comen despues la carne asada. Dejan cuajar la sangre que queda, la ponen á secar al sol, al dia siguiente á mediodia separan á los ídolos, ponen delante de ellos la sangre seca, de que han hecho una bola, y acercan el cuerpo á la puerta de la casa. El olor que ya despide éste no permite que se esté cerca. Encienden una gran hoguera en medio de la habitacion, y en ella quemán de cuando en cuando yerbas olorosas, para que no sufra el pariente que se halla retirado en el interior de la casa.

Cuando llega la noche, suponen que

el espíritu ha abandonado completamente al cuerpo, y que se prepara á partir para el otro mundo. Se aumentan las danzas, y se oyen continuos gritos de gozo. Al otro dia por la mañana envuelven el cadáver en un pedazo de tela azul. Le ponen en las manos judías y maices, le doblan las piernas por detras, le cruzan los brazos sobre el pecho, le ponen sus ídolos al lado, y despues de haberle cortado todo el pelo, que guardan con cuidado en una hoja de árbol, y que dan al pariente mas próximo, lian la tela azul y se pone todo en una estera, que se cuelga á un gran palo que sirve para conducir el cuerpo á la sepultura.

Sacrifican un animal, lo asan, y despues de haberse divertido por espacio de algunas horas, toman los hombres el cuerpo y lo conducen al lugar destinado para la sepultura. Al mismo tiempo la principal amiga del difunto, acompañada de las demas mugeres, sale de casa y va al arroyo mas inmediato, donde practica la ceremonia de que ya hemos hablado. Ademas se laba la boca, bebe agua del arroyo y permanece dentro del agua hasta que producen su efecto las yerbas, de que ha tomado una infusion.

Se considera ya como purificada enteramente, se cubre con un pedazo de tela azul, y desnuda de adornos va á ocupar por dos lunas una cabaña, construida durante los dias de las fiestas delante de su antigua habitacion, que permanece todo este tiempo en el mismo estado que en el momento de la muerte del dueño. Estan persuadidos que vuelve éste siempre que canta su muger la cancion de los muertos, que entona tres veces al dia.

Los hombres que han ido á enterrar el cuerpo de su pariente, le erigen un monumento que adornan del modo que hemos descrito en otro lugar, y pasan el resto del dia en cantar y bailar alrededor de la tumba. A la noche dicen á Dios al difunto, y se vuelven á su antigua habitacion, donde hasta por la mañana se representa una escena no interrumpida de escesos y desórdenes.

Mientras está viuda no trabaja la principal muger, y las otras le llevan la comida. Hasta pasadas las dos lunas no puede admitir otro marido. Pasado este tiempo, los sobrinos del difunto se reparten sus bienes: los hijos no heredan nada. Despues que los sobrinos se han llevado lo que les ha parecido, quemán la casa,

como igualmente la que ocupaba la principal viuda. Suelen reunirse los parientes: cada uno lleva alguna cosa para la fiesta, en la que tienen parte todas las viudas, que regularmente toman un nuevo marido. Se emborrachan en esta fiesta, y por eso la llaman fiesta del *olvido*. En los países civilizados de Europa rara vez vuelve á casarse una viuda cargada de hijos. En Cunhinga sucede todo lo contrario: encuentra un marido con mas facilidad, mientras mas hijos tiene. porque estos estan obligados á trabajar en beneficio de su padrastro, y son responsables de sus crímenes.

En el pais de Cunhinga se circuncida á los niños á la hora de haber nacido. Recogen la sangre que arroja, la ofrece el padre á los dioses protectores de su casa, derrama una porcion á la puerta de su casa y en el fuego, y unta la olla en que debe cocerse el alimento de su hijo. Cuando la herida está curada, conduce el padre á su hijo al templo de *Ngnuoulu Yenené*, y le ruega que lo reciba bajo su proteccion. Despues ya no vuelve á acordarse de él hasta que tiene edad de ir á caza.

Jamas este pueblo declara la guerra sin consultar antes á su dios. El sobera-

no, revestido de su traje de ceremonia, y de los distintivos de su dignidad, seguido de sus nobles y de todo el pueblo se dirige al templo de *Ngnuvulu Yenené*: se sacrifica una víctima, que á veces es un hombre, segun las circunstancias, ó cuando creen que el dios lo exige. Se coloca el sacerdote sobre una gran piedra que se halla en medio del templo: se mueve mucho por algun tiempo, y despues con un tono grave pronuncia varias palabras interrumpidas é insignificantes, que se recogen con cuidado. Cuando el dios ha cesado de hablar por boca de su ministro, esplica éste el oráculo. Segun él se decide la paz ó la guerra.

La costumbre ha hecho á este pueblo tan hábil en conocer las distintas horas del dia, que un relox muy bien arreglado no indicaria con mas seguridad el curso del tiempo. La altura del sol, la direccion y longitud de la sombra de las plantas durante el dia, y la situacion de las estrellas por la noche, los guian y conducen en sus observaciones. Miran á la luna como el emblema de la vida del hombre. Se dilata, dicen, y toma fuerzas por algun tiempo; luego se estrecha, y desaparece para transformarse despues en un nuevo cuerpo. Por consi-

guiente tienen un gran respeto á este planeta, que miran como el protector de la vida, y le ofrecen una víctima cada vez que aparece.

La temperatura de este canton es muy varia y poco favorable á los europeos. La diferencia del dia á la noche es tan grande, que á hasta los mismos negros les incomoda (1).

La banza de Cunhinga, situada á los $9^{\circ} 48' 40''$ de latitud Sur, y $12^{\circ} 12' 15''$ de longitud Este, se halla en medio de una llanura, regada por el arroyo Cubango, entre dos cordilleras de montañas que se dirigen de N. E. á S. O. E.

No dejó el Sobá de hacerme muchas visitas, manifestándose muy eficaz en servirme. Sus vasallos no se atrevieron nunca á insultarme. Viendo el Sobá que reunia yo piedras bastante ordinarias, me ofreció llevarme á un parage, donde las encontraria mas bonitas: me puso por condicion que se las habia de pagar: convine en ello, y me dió un guia que me

(1) Termómetro á las 4 de la mañana, 10° ; á las 8, 13; á mediodia, 18; á las 2, 23; á las 8, 19; término medio los dias de tempestad. A las 4 de la mañana, 9° ; á las 8, 16; á las 12, 24; á las 2 27; término medio los dias buenos.

condujo á unas montañas que se hallan al N. O. E. de la banza.

Empleé un dia en recorrer la parte inferior de aquellas alturas, y encontré una gran cantidad de amatistas, hermosas ágatas, petrificaciones y dentritas muy preciosas.

Habiendo llegado á un parage bastante elevado, quise bajar á un valle. La naturaleza del terreno varió completamente. En algunos sitios era un calcáreo muy compacto; en otros encontré conglomeraciones y capas de granito muy fino que se dirigian de Sur á Norte: entre cada dos de estas capas habia otra de tierra amarilla, que aunque muy dura, no tenia sin embargo la consistencia de la piedra. La roca es perpendicular. Por la tarde levantamos cabañas para pasar la noche en aquellas montañas.

Me enseñaron mis guias, por granjearse mi amistad, la yerba con que envenenaban las flechas, y la manera que tenían de usarla. El jugo de las hojas no comunica al onalo, ni al agua ningun gusto desagradable, pero causa una muerte casi repentina. Produce este veneno en las partes vitales un entorpecimiento que paraliza sus funciones.

Sin saberlo los negros cogí muchas

hojas de aquella planta para asegurarme por mí mismo de la propiedad que le atribuian. Cuando volví á mi tienda, eché el jugo en un pedazo de carne que me habia preparado mi cocinero, y se lo dí á unos perros. No lo habian acabado de comer cuando cayeron sin movimiento.

Al mismo tiempo entraron en mi tienda el hijo y el sobrino del Sobá, y conocieron que aquel género de muerte era producido por el veneno que se estrae del Nangué. Se pusieron furiosos y me amenazaron terriblemente.

Conocí entonces las consecuencias que aquel caso podia producir en un pueblo perverso, y que se aprovecharia con gusto de aquella circunstancia para asesinar-me. Solo me quedó un medio de salud, de que me valí.

Ofrecí á los dos jóvenes un vaso de aguardiente, despues de haber bebido la mitad. Mandé traer varias piezas de géneros, y se las ofrecí, rogándoles que las aceptasen como una prueba de que no olvidaba los servicios que me habian hecho. Ví que se calmaba su cólera, y les dije, que solo habia dado aquella comida á los perros para conocer la virtud del Nangué, que no creia.

Uno de ellos se levantó al momento, agarró los dos perros y los arrojó al río, para que no supiesen sus amos como habian muerto, y no pudiesen ni aun sospechar de mí. Eché de beber á mis huéspedes, y conocí que quedaron muy contentos.

Quise tambien conocer la virtud de una madera, llamada *yuka*, que tiene la propiedad de embriagar. En media azumbre de agua hirviendo eché en infusion una onza de aquella madera, cortada muy menuda. A las cuatro horas tenia el agua gusto de espíritu de vino muy fuerte. Dí como dos onzas de esta infusion á mi cocinero, con quien habia hecho ya muchas esperiencias, y que no se negaba á ellas.

Un cuarto de hora despues se puso á cantar como un hombre que principia á sentir los efectos del vino ó de un licor espirituoso. A poco tuvo que acostarse, se durmió, y le duró la *mona* hasta el otro dia por la mañana.

Quise tambien hacer la esperiencia en mí mismo. Bebí una cucharada de la infusion, y á los pocos minutos sentí un gran aturdimiento, pareciéndome que se meneaba cuanto habia alrededor de mí. Experimenté una desazon general, en

cuyo estado permanecí cerca de dos horas. Miraba todo con la mayor indiferencia, y ni aun me hubiera defendido si me hubiesen acometido. Despues que recobré el uso de mis sentidos, me quedó por algunas horas una pesadez, que me tenia como embotadas mis facultades intelectuales.

No perdí de vista la continuacion de mi viaje. Pedí negros al Sobá, para poder despedir á los que habia traído del Bihé, cuyo soberano me los dió para llegar únicamente hasta Cunhinga.

Me envió el Sobá una porcion de gente, entre los cuales escogí. Pero en el momento de despedir á los del Bihé, veinte y siete me propusieron quedarse conmigo hasta que volviese á su pais. Esta prueba de afecto me presagiaba un éxito feliz en mi espedicion, pues me proporcionaba celosos defensores en caso de ataque, cuya suerte dependeria en adelante de la mia. Los que me habian seguido desde el Laco estaban ciertamente contentos, pues no hablaban de volverse.

Envié los demas negros del Bihé bajo la salvaguardia de dos nobles de Cunhinga, á quienes dí un regalo para su soberano. No me costó trabajo organizar á los nuevos negros, en cuya operacion

me ayudaron los que se quedaban conmigo. Mis pombeiros y criados, á quienes estaba confiado este cuidado, lo desempeñaron con mucha inteligencia. Solo me quedaba la incomodidad de terminar las diferencias que de cuando en cuando se suscitaban entre la nueva gente.

El 1.º de octubre salí de la banza de Cunhinga. Cuando vino este gefe á despedirse de mí lo acompañaban sus mujeres, con la idea de tomar algunas finezas. Cuando se puso en camino la caravana, me significó el Sobá cuanto sentia ver salir de su pais tantas riquezas. Seguia á mis negros con la vista, y lo ví muchas veces tentado de dar orden de retenerlos.

Teníamos delante las montañas, de las cuales habia recorrido una parte algunos dias antes. Despues de cuatro horas de camino por un bosque espeso llegamos cerca de un arroyuelo, que se precipita con gran estrépito desde una altura, que correspondia á un anillo de aquella cadena de montañas, y que debia yo atravesar para llegar á las orillas del Couenza.

Cuando llegué á donde estaban mis negros, los encontré tendidos, y casi rendidos de cansancio. No habian construido cabañas para guarecerse de la hume-

dad de la noche. Ninguno queria trabajar en preparar la cena para los demas.

Juzgué que se acostumbrarian insensiblemente á la fatiga. Dí orden de partir al otro dia por la mañana temprano. Nuestros guias, que eran inteligentes, nos aseguraron que podríamos, antes de la noche, llegar á las orillas del Couenza. Como no era tarde examiné la montaña con mis negros del Bihé, en los cuales podia confiar.

Caminando hácia el Este, tenia delante rocas blancas de bastante consideracion. Encontré en la direccion que seguia masas de pórfido, de mucho color, de las que varias puntas penetraban la tierra que cubria las rocas. En general el terreno parecia haber experimentado algun trastorno.

Las rocas blancas que yo habia visto eran cuarzo en menudos pedazos. Son muy espesas aquellas masas cuarzosas. Me pareció que formaban una capa inmensa por entre el pórfido que se veia por todas partes. Para volver á mi campo bajé á un estrecho valle á la espalda de las alturas que examinaba, y encontré micaeschitas que contenian cristales de feldespatos. Mas lejos observé calcáreos en pequeños pedazos: en seguida calcáreos

:

eschitosos parduscos, cortados transversalmente. Me pareció que las rocas calcáreas pasaban por debajo de las masas de pórfido, que habia visto sobre las alturas por donde primero habia pasado.

Al otro dia, siguiendo por barrancos que mis guias conocian perfectamente, llegamos en poco tiempo sobre la espalda de la montaña. A las 10 nos hallábamnos á dos leguas del Couenza. Quise ir á dormir á una aldea bien poblada, y situada sobre su orilla meridional. Dejé ir delante mi caravana, que parecia ir de mala gana, y me entretuve en examinar la pendiente de la montaña. Observé que los valles son muy profundos y escarpados, rodeados de calcáreos rojizos.

Estaban mis negros tan cansados, que ninguno reparó en mí cuando llegué á donde estaban. Los del Bihé que querian acompañarme hasta el fin de mi viaje, me aseguraron que los de Cunhinga no podrian continuar sirviéndome, y que en pocos dias mas se pondrian en estado de no poder marchar. Les habia costado mucho trabajo hacerlos andar.

Resolví, pues, hacerme de otros negros, y con este fin envié dos intérpretes con ocho negros á los gefes que habitan al norte del Couenza, y no se hallan su-

jetos á Cunhinga. No me creia en seguridad hasta que mis efectos se hallasen en sus estados. Al otro dia temprano principiámos á pasar el rio.

Esperando á mi gente , atravesé muchas veces el Couenza para examinar su orilla meridional. Los habitantes de la aldea , de que ya he hablado , no tenian el carácter perverso de los negros de Cunhinga. No trataban de robarme , ni de causarme el menor daño. Me acompañaron en mis escursiones , y me condujeron á casa del hechicero mas famoso de aquellos contornos, que habita á corta distancia de ellos.

A su casa van todos los negros del reino de Angola , de Benguela , de los estados de Humbé, Yenené, Bihé, Bailundo, Cunhinga, Cutato, Tamba, Quingné y otros , á hacer la prueba de las copas para descubrir la verdad. Se llama esto *beber el bolungo*. La reputacion de este hombre se estiende por todo el Congo, y solo le iguala el adivino de Cassange. De los dos se asegura que hablan familiarmente con los dioses , y que les revelan la verdad.

Me hallaba en su casa , pero no me permitió asistir á la operacion que iba á principiar. Me llamó profano y ene-

migo de los negros , y aun aconsejó á los que me acompañaban que me asesinasen.

Conociendo lo que debia temer sus insinuaciones pérfidas, volví á su casa al otro dia y le hice un buen regalo, en que entró una casaca de bayeta con vueltas amarillas. Se me mostró al momento muy complaciente, y me permitió ver las copas que tenia preparadas para los dos negros que habian ido á consultarlo. Las probé, y la una contenia una decocion de la corteza del panda sin mezcla de ninguna otra cosa ; pero aunque en la otra distinguí el mismo cocimiento, la pequeña cantidad que tomé me causó en la garganta un calor y una irritacion, que me produjo una tos violenta, que me duró algunos minutos.

Entretanto llegaron los negros que debian sufrir la prueba de las copas, y las tomaron con mucho valor. Pero apenas las habian bebido, cayó al suelo uno de ellos, agitado de horribles convulsiones. Sus parientes dieron al momento varias piezas de géneros al mágico, que le administró inmediatamente un contraveneño. A las dos horas recobró el infeliz su conocimiento, y se advertia sin embargo que habria padecido mucho.

Al volver á mi campo atravesé un pequeño arroyo, en que hallé topacios y pedazos de cristal de roca. Los bosques estaban llenos de yerbas aromáticas.

Mi intérprete llegó á los tres dias por la mañana con una porcion de negros. Como queria volver al reino de Angola para visitar sus provincias meridionales, mandé salir para Cassange á la mayor parte de mi gente bajo el mando de uno de mis intérpretes, cuya inteligencia y fidelidad tenia muy conocida. Le dí mis mejores pombeiros y los negros del Bihé, de los cuales tenia la mayor confianza, reservándome los que me eran absolutamente indispensables.

Despues de haberles encargado el mayor cuidado con las mercaderías, me despedí de ellos, deseándoles un viaje feliz. Al momento despaché á los negros de Cunhinga, y me dirigí al O. E. Los que se quedaban conmigo debian acompañarme hasta la banza de Itola Bambi, que habitaba á mas de treinta leguas en aquella direccion.

FIN DEL TOMO III.

INDICE

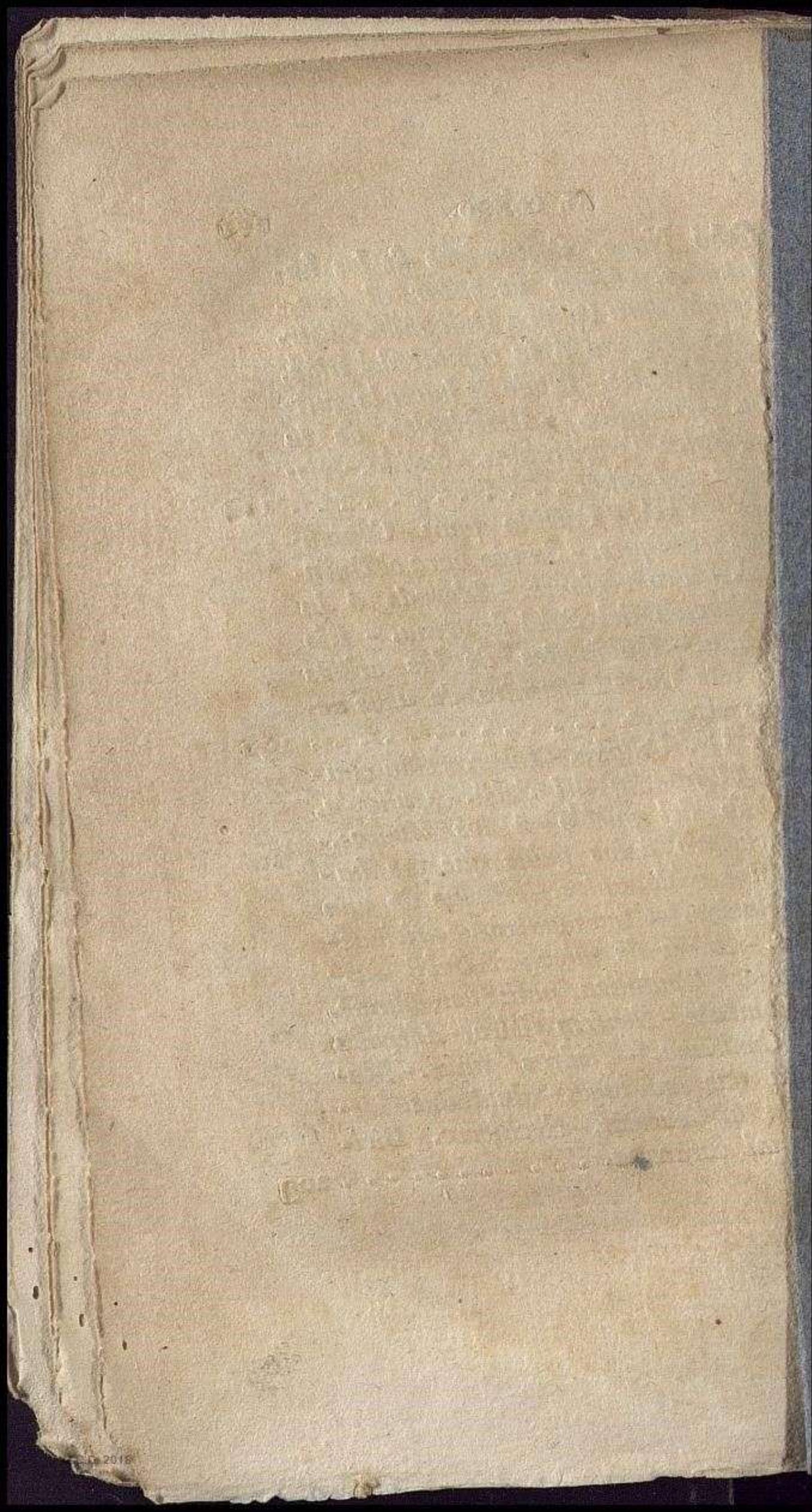
DE

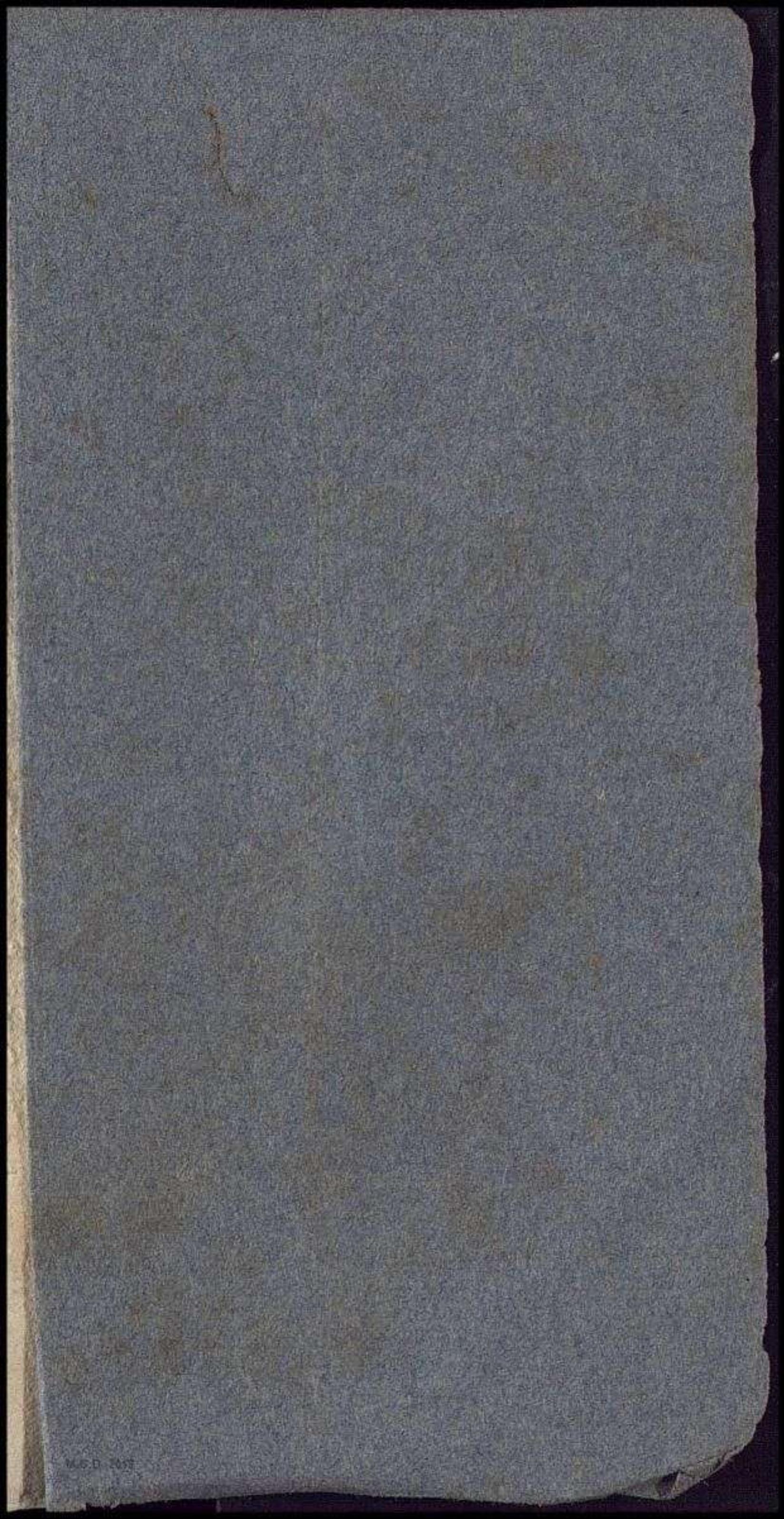
LOS CAPITULOS QUE CONTIENE ESTE TOMO.

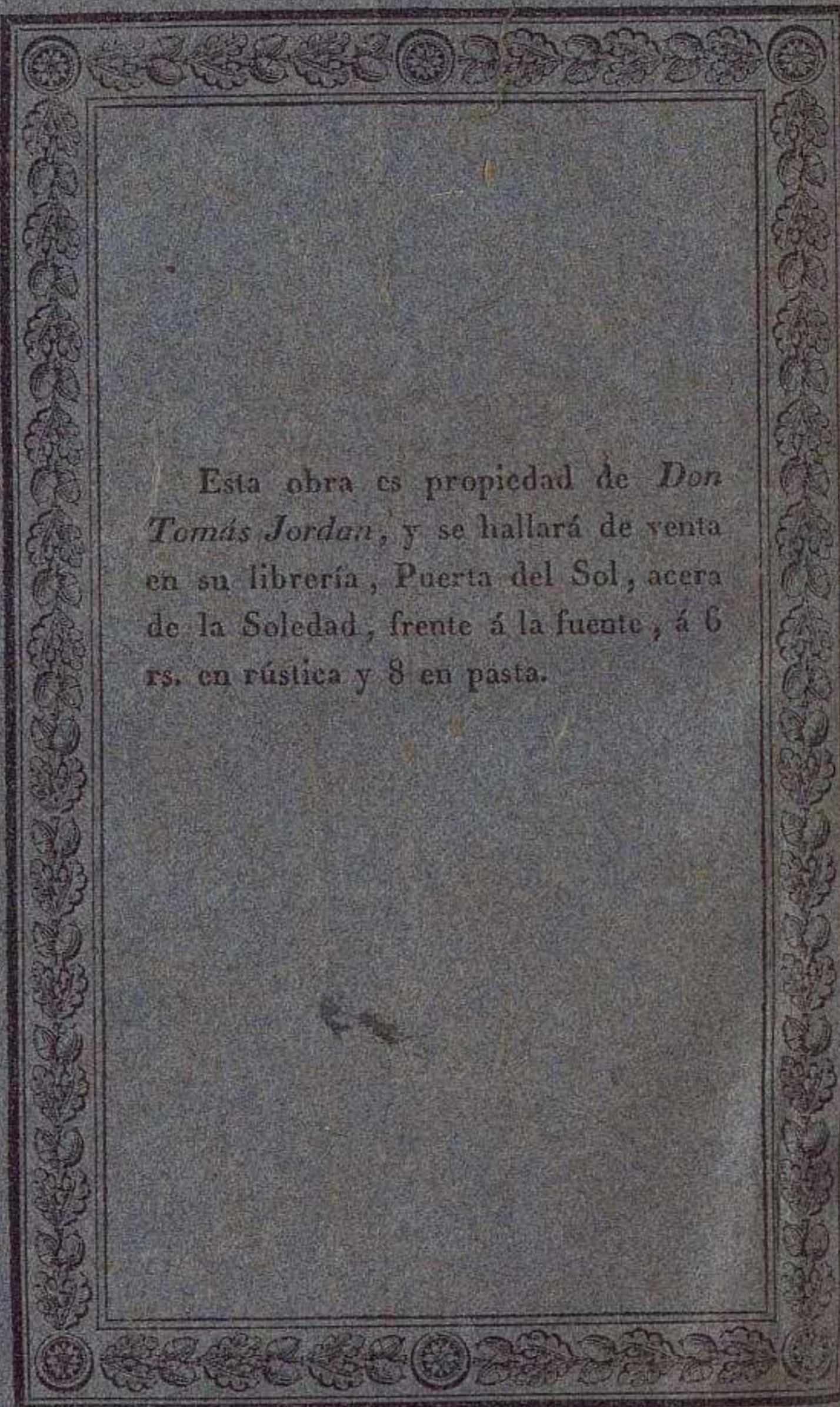
	Pág.
CAPITULO I. <i>Partida para el pais independiente.- Paso del Couenza.- Salida para Biringa.- Macota desgraciado.- Biringa.- Calinga Cavungi.- Aspecto del terreno.- Raices medicinales.- Llegada á casa de Bambia Cavungi, Soberano de Itaco.</i>	6
CAP. II. <i>Visita del Sobá Bambia Cavungi.- Ourrencias.- Temperatura de Haco.- Producciones.- Habitantes.- Usos.- Ciudades.- Negros.- Vida del Sobá de Haco.- Tributo.- Desprecio con que se mira al negro vasallo.- Nuevo ataque de fiebres.</i>	26
CAP. III. <i>Salida del Haco.- Llegada á Cambacca.- Ladron.- Naturaleza del terreno.- Quicusu.- Costumbres.- Naturaleza del suelo.- Salida para Megna Candouri.- Huida de mis negros.- Se agrava la enfermedad de mi muger.- Conducta de los negros.- Muerte de mi muger.- Su entierro.-</i>	
TOMO III.	16

- Picardias con este motivo.* 37
- CAP. IV.** *Descripcion del pais. - Ma-
nera de saludar. - Vuelta de mis en-
viados al pais de Tamba. - Nueva
maquinacion del Sobá Megna Can-
douri. - Salida del Haco. - Llegada al
pais de Tamba. - Desavenencia entre
mis negros. - Me salva la vida un mono
que llevaba. - Llegada á la capital de
Tamba.* 59
- CAP. V.** *Recibimiento en la banza del
gefe de Tamba. - Quiere obligarme
este Sobá á recibir una de sus hijas.
- Preparativos contra un ataque. - Vi-
sita de los generales enemigos. - Con-
versacion con el intérprete del Sobá. - Se
me acusa de hechicero. - Contestacion
mia. - Fiesta. - Nuevas vejaciones. - Lo
que los negros llaman crimen. - Uso de
los negros de Tamba. - Aspecto físico
del Canton. - Producciones. - Hormigas.* 79
- CAP. VI.** *Carácter de los habitantes
del Bailundo. - Salida de este pais. -
Nos acometen en el camino. - Prue-
bas de adhesion que me da mi cara-
vana. - Nos vimos acometidos por se-
gunda vez. - Llegada á Quibul. - As-
pecto del pais.* 85
- CAP. VII.** *Salida para Benguela. -
Vuelta hácia el interior. - Desierto. -*

- Sobá Nano.* - Costumbres de los habitantes. - Modo de cazar al leon. - Salida para Quiaca Quibanda. - Ejército. - Llegada á la capital del Bihé. - Habitantes. - Modo de hacer la guerra. - Animales. - Descripción de la capital. - Temperatura. - Salida. - Historia del Bihé. 112
- CAP. VIII.** *Partida para Canjunga.* - Bosques. - Salida para el Guengué. - Producciones. - Llegada á la habitacion del Sobá de Mena. - Rio Cutato. - Habitantes de las orillas de este rio. - Encuentro de unos negros errantes. 190
- CAP. IX.** *Quinhé.* - Insurreccion contra la familia del Sobá. - Quinjola. - Odio del pueblo á los blancos. - Encuentro á los guías que me habian servido antes. - Ataque de una poblacion. - Gran número de prisioneros. - Aldea de salvages. - Sobá Cassandé. - Tentativa para asesinarle. - Combate. - Aspecto físico. - Llegada á Cunhinga. - Piedras finas. - Madera que embriaga. - Montañas. - Llegada al Couenza. - Hechicero. - Divido mi caravana. 209







Esta obra es propiedad de *Don Tomás Jordan*, y se hallará de venta en su librería, Puerta del Sol, acera de la Soledad, frente á la fuente, á 6 rs. en rústica y 8 en pasta.



Universitat de València
Biblioteca Històrica

4

2817

~~78 / 29~~
*Esta obra es propiedad de D.
JORDAN, y se hallará en su librería
ta del Sol, acera de la Soledad
la fuente, á 6 rs. en rústica y*



VIAJE AL CONGO

Y AL INTERIOR

LA EQUINOCCIAL

LOS AÑOS DE 1828, 29 Y 30.

B. Douville,

*Academia de Geografía de Paris,
y las sociedades sabias nacionales
y extranjeras.*

La Academia de Geografía ha adjudicado
la impresión de 30 de marzo de 1832.

TRADUCIDO AL ESPAÑOL

por Francisco Perez de Anaya.

VOLUMEN TERCERO.

MADRID:

Imprenta de DON TOMAS JORDAN, calle del
Prado.

